

Benposta Nación de Muchach@s – Colombia.

“Llegar a una nueva ciudad, lejos de la familia, sin conocer a nadie no es fácil. Pero aunque al principio fue duro, hoy le agradezco enormemente al proyecto por darme esta bonita oportunidad para seguir estudiando y estar en un lugar donde me siento segura...”

Benposta Nación de Muchach@s nace en España en el año de 1956 y llega a Colombia en 1974 con la gira del circo “Los Muchach@s”. Desde entonces continúa con la misión de promover el reconocimiento de los Niños, Niñas y Adolescentes como sujetos sociales en una dinámica de restitución y vigencia de sus derechos. A lo largo de estos cuarenta y dos años Benposta ha venido implementando en el país Comunidades Educativas cimentadas en un proyecto pedagógico de “Entornos protectores” que fortalece la inclusión social, la incidencia política, la solidaridad, equidad, amistad y unidad, logrando así, que los Niños, Niñas y Adolescentes puedan gozar de sus derechos, sean una prioridad política, social, económica y participen activamente en la transformación de las realidades que les afectan.

Tejiendo sueños recoge historias sobre esta épica apuesta institucional que con su trabajo brinda una colaboración eficaz a la situación de la niñez en la actual coyuntura de nuestra sociedad.

www.benpostacolombia.org

Asociación Ben por la Infancia Abenin

Abenin se crea en el año 2003, en la ciudad de Alcobendas, Madrid -España- con el objetivo de promover los derechos de la infancia. Desde sus inicios ha desarrollado micro-proyectos en colaboración con otras instituciones para el mejoramiento de las condiciones de vida de los más desfavorecidos y potenciar las capacidades de aquellos que están en riesgo de exclusión social.

En España ha estado apoyando los Consejos de Infancia y participa en el Consejo de atención a la infancia y adolescencia. Asimismo, ha realizado actividades de sensibilización local en este país, donde la necesidad comienza a ser un problema serio para una gran parte de la niñez en estos años de crisis. En cooperación internacional ha desarrollado proyectos en Guinea Bissau, Bielorrusia, República Dominicana, Haití, Paraguay, India y en Colombia hace parte de un convenio de colaboración permanente con Benposta.

Agradecemos a los organismos públicos como el Ayuntamiento de Alcobendas, Comunidad de Madrid, a la Agencia Española de Cooperación Internacional, AECID y a las organizaciones como La Caixa, que siempre han estado apoyando nuestra labor. Extendemos nuestro agradecimiento a todos los voluntarios que han dedicado su tiempo para conseguir mejoras en un mundo cada vez más globalizado y complicado.

www.ongabenin.org



ISBN: 978-958-58069-3-1



www.benpostacolombia.org

Con el apoyo de



Tejiendo sueños • Silvia Arjona Martín

ALEGRIA
y
HERMANDAD
ES EL LEMA
DE NUESTRA
COMUNIDAD
BENPOSTA

Tejiendo
sueños

Silvia Arjona Martín



Tejiendo sueños

Crónicas y relatos de la comunidad protectora de los niños, niñas y adolescentes en el marco del conflicto armado y las violencias en Colombia

Silvia Arjona Martín

Silvia Arjona Martín

Tejiendo sueños

Crónicas y relatos de la comunidad protectora de niños, niñas y adolescentes
en el marco del conflicto armado y las violencias en Colombia

Autora: Silvia Arjona Martín
Dirección de la publicación: Cindy Higuera Archila
Corrección de Estilo: Sandra Monroy Quintero
Ilustraciones: Mario Orozco Monzón
Diagramación: Edinson Loaiza Díaz
Impresión: Soluciones Publicitarias
Primera edición: 500 ejemplares
Noviembre 14 del 2016
Villavicencio - Meta
Colombia - Sur América

Derechos Reservados: Benposta
ISBN nº: 978-958-58069-3-1

Agradecimientos especiales:
José Luis Campo
Mario J. Sánchez
John Trujillo
Juan Sebastián Campo

Proyecto: Red de Entornos Protectores: oportunidades
de prevención y protección de niños, niñas y adolescentes
en el marco del Conflicto Armado en Colombia.

Implementación



Socio local Benposta
Núcleo Buenaventura



Con el apoyo de



*La infancia tiene sus propias
maneras de ver, pensar y sentir;
nada hay más insensato que
sustituirlas por las nuestras.*

Jean Jacques Rousseau.



Índice

Prólogo 8
 Presentación 10

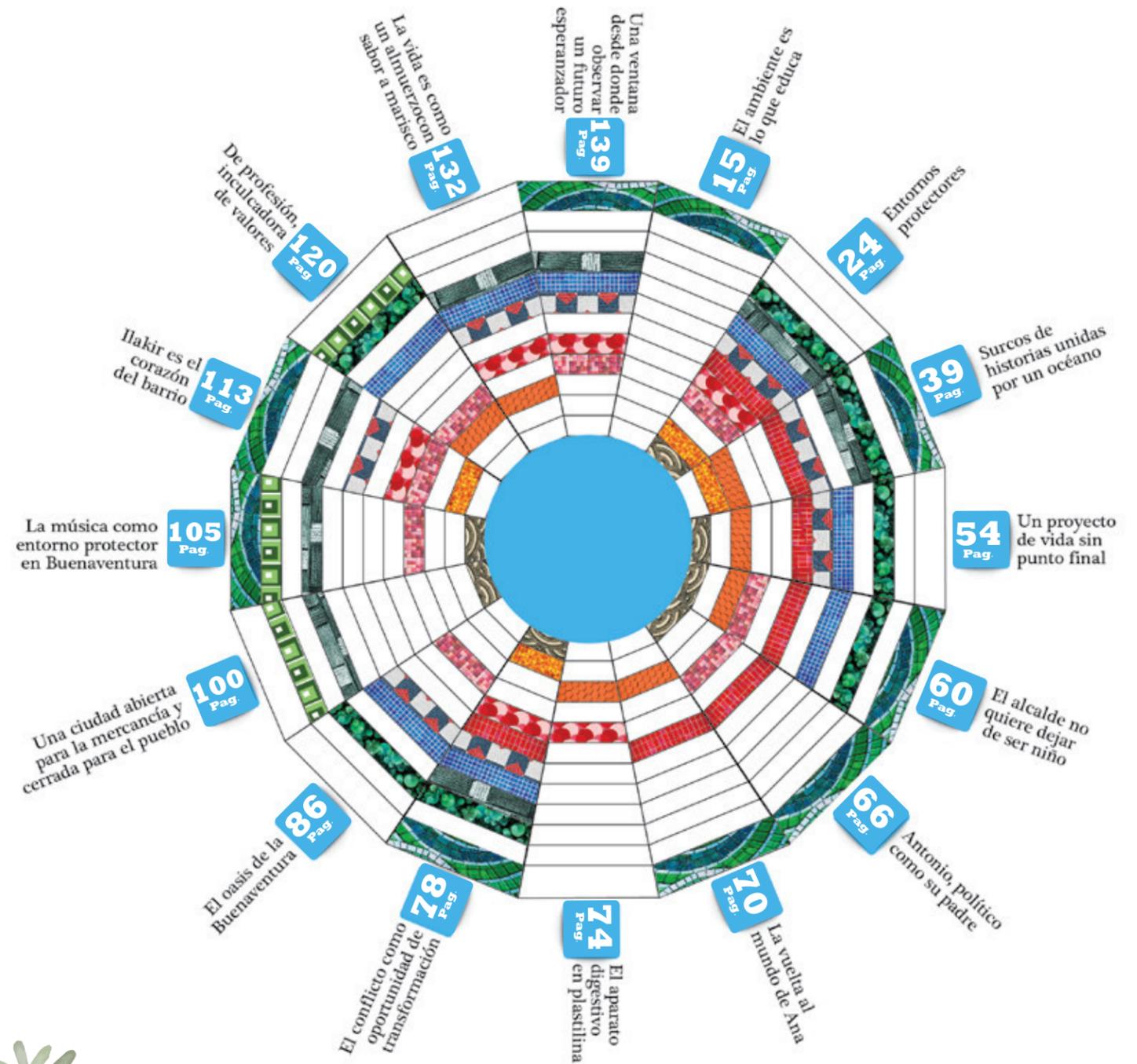
Parte I. Entornos Protectores
 • El ambiente es lo que educa. 15
 • “Trabajamos para que niños y niñas sean considerados como sujetos de derecho en diferentes espacios”. 24

Parte II. De Benposta
 • Surcos de historias unidas por un océano. 39
 • Un proyecto de vida sin punto final. 54
 • El alcalde no quiere dejar de ser niño. 60
 • Antonio, político como su padre. 66
 • La vuelta al mundo de Ana. 70
 • El aparato digestivo en plastilina. 74
 • El conflicto como oportunidad de transformación. 78

Parte III. Para Ilakír
 • El oasis de la Buena Aventura. 86
 • Una ciudad abierta para la mercancía y cerrada para el pueblo. 100
 • La música como entorno protector en Buenaventura. 105
 • Ilakír es el corazón del barrio. 113
 • De profesión, inculcadora de valores. 120
 • La vida es como un almuerzo con sabor a marisco. 132
 • Una ventana desde donde observar un futuro esperanzador. 139

Temas transversales

-  Autonomía y Participación
-  Desmovilización e integración social/ Desmovilización y reintegración comunitaria
-  Fortalecimiento comunitario
-  Proyecto pedagógico basado en el Arte y la lúdica
-  Acompañamiento a la familia/ Familias y conflicto armado
-  Estrategias de protección
-  Incidencia política de NNA
-  Protección y garantía de derechos
-  Apropiación y desarraigo territorial
-  Empoderamiento femenino y violencias de género
-  Reclutamiento forzado de NNA
-  Niñez y grupos armados / Vinculación de NNA a grupos armados



Prólogo

El texto que el lector encontrará a continuación relata historias de vida sueños y esperanzas- de niños, niñas y adolescentes que han sufrido en carne propia el conflicto armado en Colombia. Estas historias se encuentran entrelazadas por un núcleo común: la Red de Entornos Protectores. Así, el relato presenta a manera de conversación (entre entrevistas, crónicas, descripciones de situaciones, etc.), una iniciativa que Benposta Nación de Muchach@s viene adelantando en Colombia con el solidario apoyo de organismos de Cooperación Internacional. La propuesta a que hace referencia el texto, se enmarca en el proyecto Red de Entornos Protectores: oportunidades de prevención y protección de niños, niñas y adolescentes en el marco del Conflicto Armado en Colombia, proyecto financiado con recursos de la Agencia Española de Cooperación al Desarrollo (AECID) y de la ONGD española Asociación Ben por la Infancia – ABENIN.

Este proyecto es una muestra significativa de cómo los niños, niñas y adolescentes logran hacer resistencia a todas las situaciones que soportan a causa del conflicto armado. También es muestra de cómo ellos y ellas logran responder a las crueldades de la guerra con sus ritmos, danzas, tradiciones, familias y comunidades. El lector podrá constatar que, si bien la guerra es un fenómeno que ha permeado la cotidianidad de un país como Colombia, los niños, niñas y adolescentes han sido capaces de forjar dinámicas distintas y han logrado construir otras visiones del mundo desde su propia perspectiva. En este caso, la Red de Entornos Protectores se constituye como una propuesta que proporciona un espacio seguro, que da alternativas a las comunidades para pensarse dentro de una cultura de paz y, mucho más importante,

que ha servido como proyecto pionero para el empoderamiento de las comunidades más tocadas por la guerra en Colombia (como Norte de Santander, Valle del Cauca, Buenaventura, Meta, Córdoba, Cauca, entre otras).

Para la elaboración de este escrito, hemos contando con el apoyo de la periodista Silvia Arjona Martin, Máster en Políticas y Éticas Públicas para la Democratización y el Desarrollo de los Pueblos, quien cuenta con experiencias de comunicación en el Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos (CPDH) en Colombia, además de una rica trayectoria en España en los escenarios de cooperación internacional de la comunidad extremeña.

Invitamos a que se contemplen estas historias de vida con una visión desde el reconocimiento del pasado para la creación de un nuevo futuro. No se trata únicamente de lamentar y sensibilizarse por las situaciones aquí expuestas, sino de contagiarse también por estos esfuerzos de paz. El apoyo de iniciativas como los Entornos Protectores desde la Cooperación Española, ha sido clave para contribuir en la construcción de un mundo mejor, donde los niños y las niñas no sean afectados por el conflicto armado y sus vidas tengan el único determinante de su voluntad y las voluntades de las comunidades de las que hacen parte.

Juan Sebastián Campo
Coordinador del Proyecto:

“Red de Entornos Protectores: oportunidades de prevención y protección de niños, niñas y adolescentes en el marco del Conflicto Armado en Colombia”.

Presentación

Ahora que en Colombia el concepto de PAZ se define y se enmarca en un momento histórico donde podría finalizar un conflicto armado que dura ya seis décadas, es cuando la lectura de este libro es sumamente relevante. En éste se visibilizan acciones desarrolladas por la sociedad civil que representan la lucha por la convivencia y la búsqueda de las garantías de derechos que *Benposta Nación de Muchach@s* ha ido gestando a lo largo del tiempo para que niños, niñas y adolescentes (NNA), comprendan y dignifiquen sus planes de vida.

Desde que Benposta llegó a Colombia en Abril de 1974, después de un largo periplo por el Estado Español y otras partes del mundo, donde fue desarrollando la pedagogía que le caracteriza, su cometido ha sido velar por mejorar la calidad de vida de niños, niñas y adolescentes cuya situación de vulnerabilidad lo demandase, ante las deficiencias de un sistema que les ignora. Escribir sobre estas formas de resistir a un contexto duro y violento como el colombiano, es una manera de visibilizar no sólo el papel institucional de la Nación de Muchach@s, sino de todas las personas que han dejado sus huellas y sus esencias para construir una sociedad más fraterna, humana y solidaria.

En cada una de las historias aquí referidas, se evidencian diversos estilos literarios y se resalta el papel que desempeñan los entornos protectores tanto en las familias como en los planes de vida de cada uno de sus protagonistas.

Los contextos de los niños y niñas que aparecen en este libro son complejos y muy difíciles de interpretar, pero la intención no es re-victimizarles puesto que su función como sujetos de derechos es fundamental en la sociedad, así como el rumbo de su presente

y de su futuro. Por esta razón, los nombres de quienes figuran en cada historia son ficticios, con el fin de preservar la intimidad de cada uno de ellos y ellas. Su edad no es un inconveniente para apostarle a la PAZ y a la construcción colectiva bajo la armonía de una comunidad que desarrolla un sistema de autogobierno como forma de organización, dejando que cada quien desarrolle sus capacidades y destrezas en función de sus aptitudes.

Un entorno protector fuera de los territorios de cada joven implica muchas cosas a la hora de garantizar su desarrollo, pero esa es la labor constante que se ha de realizar para que los resultados concuerden con los objetivos que desde hace tantos años viene trabajando Benposta en Colombia. Y para los cientos de muchachas y muchachos de todos los rincones del país que han pasado por esta casa, la experiencia vivida ha valido la pena. Porque en medio de la añoranza por estar lejos de sus familiares y amigos, de su casa, de su entorno cultural y social... Benposta siempre ha sabido acompañar y apoyar, adaptándose a las necesidades de su base social: los niños, niñas y adolescentes víctimas de la violencia en Colombia.

Este texto se divide en tres grandes apartados. El primero, dedicado especialmente a que el lector pueda desentrañar lo que llamamos el **Entorno Protector**, un concepto fundamental que comprende la integralidad de la propuesta y lo clave de trabajar en la construcción de capacidades propias, así como el fortalecimiento de espacios en lo local, que brinden alternativas de vida a los niños, niñas y adolescentes y que permitan desarrollar proyectos viables para prevenir la vinculación al conflicto armado.

El segundo capítulo está dedicado a las historias de vida de personas que forman parte y lideran el proyecto histórico y político de Benposta, sus historias son importantes para comprender por qué los Entornos Protectores sí son una alternativa factible para

el futuro. En este apartado los relatos se entrecruzan con las historias de niños, niñas y adolescentes que permanecen en la sede educativa de Benposta en Bogotá, como medida de protección ante los riesgos que viven en sus regiones, teniendo en cuenta que este componente es parte esencial de la iniciativa.

El tercer apartado está dedicado a las historias de vida de las personas de Buenaventura, un lugar con una particular complejidad histórica, por la manera como se ha desarrollado el conflicto en esta zona portuaria del país. Este contexto atávico de abandono a las comunidades afrodescendientes por parte de los programas del Estado interactúa con la riqueza cultural, los sueños y las esperanzas de las personas incluidas en este proyecto. Los testimonios que el lector encontrará aquí están permeados por el color, el olor y los sabores de una cultura histórica y valiosa para Colombia: la cultura *bonaverense*. Se debe resaltar que uno de los componentes importantes de este proyecto, implementado a través del socio local de Benposta, Casa Cultural del Pacífico ILAKIR¹, se desarrolla acompañando a ochenta niños y niñas de las comunas 6, 7 y 12 de Buenaventura. Estos niños y niñas han logrado encontrar en el proyecto una alternativa para mejorar su calidad de vida y una forma para empoderarse de sus procesos comunitarios. Este proyecto también incidió en que sus familias y comunidades encontraran en ellos y ellas seres valiosos y capaces de recuperar la dignidad que la historia de este país les ha quitado, a diferencia de otros enfoques –basados en la fragilidad y la peligrosidad– que se contemplan en los escasos programas del Estado.

¹ La Casa Cultural del Pacífico Ilakir, es una asociación que sirve como entorno protector a niños, niñas y adolescentes que sufren el conflicto armado en primera persona. A través de talleres educativos, lúdicos y formativos la casa Ilakir, ha formado a centenares de jóvenes de las distintas comunas de la ciudad de Buenaventura, en materias de Derechos Humanos, bailes y danzas tradicionales, apoyo escolar, manualidades y deporte, entre otras. Fue fundada en el barrio San Francisco de Asís, de la Comuna 7, por el sacerdote Ricardo Londoño hacia el año 2004. Las relaciones que mantiene con Benposta sirven para fortalecer sus objetivos de cara a mejorar la calidad de vida de los niños, niñas y adolescentes que acompaña.

Cada una de estas secciones pretende entretener distintas historias que reflejan diversos contextos sociales que presenta Colombia en la actualidad, esos que los medios de comunicación convencionales no cuentan y que suelen pasar desapercibidos para las miradas que clasifican lo que es noticiable y lo que no.

Es por eso que desde estas líneas agradezco a todas las personas, grandes y pequeñas, que han ofrecido sus historias de vidas para ambientar este libro de relatos y crónicas con la intención de reflejar el camino realizado por Benposta en Colombia, cambiando vidas y sembrando esperanzas a cada persona que vive el entorno protector.

Espero que cada una de estas narraciones conmueva y dignifique las realidades heterogéneas que presenta hoy Colombia, para que se fortalezca la idea de que es necesario seguir apostándole a la armonía, la conciliación, la amistad y la calma desde la construcción colectiva; contando con todos los sectores de la sociedad, sea cual sea su edad, para que aquella esperanza que se otea en el horizonte sea una realidad de PAZ con JUSTICIA SOCIAL Y GARANTIA DE DERECHOS para toda la infancia y juventud colombiana.

Silvia Arjona Martín



Parte I.

Entornos Protectores

“No hay causa que merezca más alta prioridad que la protección y el desarrollo del niño, de quien dependen la supervivencia, la estabilidad y el progreso de todas las naciones y, de hecho, de la civilización humana.”

Plan de Acción de la Cumbre Mundial a favor de la Infancia, 30 de septiembre de 1990.



El ambiente es lo que educa

La tarde en la que Mauricio jugaba al balón frente a su casa, en un barrio a las afueras de una pequeña localidad de Nariño -donde las casas, salpicadas en el ambiente, se unían por caminos de tierra en los que siempre deambulaban perros huesudos en busca de algo que comer- se le acercaron dos encapuchados en motocicleta, dejando un rastro de humo negro a su paso y una ensordecedora furia que salía a trompicones por los tubos de escape, y le amenazaron: que si no iba a llamar a otros dos amigos suyos y regresaba a toda prisa, su hermanito pequeño pagaría las consecuencias.

Mauro, como le llamaban sus familiares y amigos, con los ojos como platos, paralizado y sin saber a qué venía ese cuento, no tuvo más remedio que obedecer. A los quince minutos volvió con sus dos amigos y en menos de un segundo, cogidos a tirones para subirles de cualquier manera en esos vehículos que rugían rabia, se encontraban saliendo del pueblo sin saber a dónde les llevaban.

Con lágrimas en sus ojos y muerto de pánico, Mauro miró como pudo hacia atrás, mientras se alejaban a gran velocidad, logrando de algún modo despedirse de su barrio, que seguía desértico a esas horas en las que el sol calienta tanto. Una mezcla de rabia e impotencia en sus adentros le avisaba que no regresarían.

...

Así empiezan muchos jóvenes colombianos vinculados a los grupos armados ilegales: sin quererlo y obligados. Casi como un secuestro, muchos, miles, han sido reclutados a la fuerza para llevarles lejos de sus familias y de un día para otro, convertirlos bien sea en guerrilleros, bien sea en miembros de bandas criminales o paramilitares. Y así hasta hacerse adultos, creciendo



con la convicción de que eran los elegidos para librar la *lucha* del pueblo colombiano.

Ésta fue una de las razones principales por las que *Benposta Nación de Muchach@s* empezó a trabajar hacia el año 1989 con niños y niñas excombatientes, apoyando así el programa especial del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar.

La mamá y el papá de Mauro, al igual que muchos otros en sus mismas circunstancias, no supieron qué hacer una vez se dieron cuenta de quiénes se lo habían llevado, ni siquiera obtuvieron respuesta por parte del Estado, por lo que toda la ayuda de Benposta por entonces sirvió para mitigar el sufrimiento y contribuyó en la búsqueda de información acerca de los pequeños.

Fue gracias a estas situaciones que José Luis Campo, presidente de Benposta, y el resto de miembros de la *Nación de Muchach@s*, dedujeron que era más efectivo trabajar en el área de prevención, además del ámbito de la protección de los NNA con riesgo de ser reclutados por los distintos grupos armados. Y así, surge la Red de Protección, en alianza con organizaciones amigas de diversas regiones del país; de esta forma, se va erigiendo la figura de “entorno protector” como marca *benposteña*, con la que se ofrece protección a niños, niñas y adolescentes.



En este sentido, la Red de Protección trabaja dos momentos: un primero, cuando el hecho victimizante se puede manejar y controlar desde las regiones; y un segundo momento, cuando pese a la implementación de buenos oficios locales, no se puede garantizar una estabilización de la situación y bienestar de los NNA, por lo que se requiere una salida inmediata. En estos casos son enviados y enviadas a la sede educativa de BENPOSTA en Bogotá, donde las tensiones del contexto se disipan y se puede trabajar la pedagogía referida, garantizando el goce efectivo de sus derechos (tales como la vivienda, la educación, la buena alimentación, entre otros), sin que la vida corra peligro.

Éste es el objetivo del proyecto *Red de Entornos Protectores: oportunidades de prevención y protección de niños, niñas y adolescentes en el marco del conflicto armado en Colombia*, financiado por la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID), a través de la ONGD española, Asociación Ben por la Infancia – ABENIN. Esta iniciativa está siendo implementada en Bogotá y en la ciudad de Buenaventura junto a la organización Ilakir², apoyando a ochenta NNA y sus familias, pertenecientes a tres comunas distintas; a través de apoyos educativos condicionados, mediante el acopio del modelo desarrollado por

² Véase Parte III.



BENPOSTA en Bogotá, salvo la vivienda, ya que los niños, niñas y adolescentes bonaverenses están en sus territorios.

El proyecto también pretende responder a situaciones particulares de cuarenta y cinco NNA donde el riesgo en el territorio es una amenaza, por lo que ofrece toda su capacidad instalada en Bogotá a quien tenga que salir de manera urgente de su territorio, siempre y cuando el muchacho o la muchacha desee permanecer un tiempo en el centro de la capital colombiana. Esto depende de que en las regiones se fomente la conciencia del riesgo, es decir, que haya capacidades para identificar cuáles son los peligros más amenazantes para los NNA y que afecten su derecho a la educación, su salud, su vida familiar y comunitaria.

Autogobernarse como principio de autonomía

María Luisa se mueve ágil en las clases de karate. Levanta la pierna derecha con una facilidad extrema para pegar a una tabla que su monitor asegura entre sus manos, a la altura de sus hombros. Grita un “¡Ahh!” fuerte y rotundo que rebota entre las paredes de la sala donde entrenan dos veces por semana. Su frente se mantiene fruncida y su mirada es agresiva, demostrando que lo que hace le importa y pone todo su empeño. Cuando acaba la clase sus hombros no se relajan, al contrario, permanecen en la misma postura tensa y de defensa y su mirada continúa fría. Pareciera que tuviera incrustado en su joven piel la violencia que ha vivido durante largos años, desde aquél día en que se unió a un grupo paramilitar, encandilada por la melosidad de un amigo que le gustaba y que más tarde la violó. Desde entonces, María Luisa cambió y ella sola se creó un caparazón duro y casi de hojalata para no ser dañada.

Su comportamiento es frío y distante, le cuesta hacer amigas y le gusta guerrear. Se siente a la defensiva siempre que alguien le rebate una idea, por lo que suele alzar la voz a modo de estrategia de intimidación, aunque sus argumentos no cambien ni viertan sentido alguno a la discusión. Esa es su forma de defenderse ante lo que considera “ataques”, desvelando sin querer, una muy baja autoestima y un descontrol emocional que lleva arrastrando desde hace años. Vivir en un ambiente donde la rabia, la desconfianza y la venganza son las únicas compañeras, no ayuda mucho y ahora, una vez inmersa en la tranquilidad y armonía de Benposta, lo nota demasiado. Pero no sólo ella, sino toda la comunidad con la que ha de vivir y adaptarse.

...

El arte es una herramienta transversal de esta pedagogía, pues en todas las áreas de interacción de Benposta se relaciona con el ámbito psicosocial y con la construcción de dignidad. “De alguna forma insistimos que cualquier actividad tiene que construir dignidad, tiene que ayudar a fortalecer la autoestima y la integridad de los niños y las niñas”, explica José Luis Campo, el presidente de Benposta, mientras desgrana los detalles de la propuesta pedagógica y especifica que no sólo es lo académico, sino también la vida comunitaria que les genera autonomía y responsabilidad.

Desde los inicios de Benposta hacia finales de los años cincuenta en Ourense (España)³, donde nació esta organización, el autogobierno ha sido clave para el desarrollo de esa autonomía. Es, de hecho, un principio político en el funcionar diario de la Comunidad Benpostea, ya que ellos y ellas son sujetos de los procesos y no objetos, a pesar de que muy a menudo les hayan convertido en objetos de existencias, objetos de campañas, objetos de moda... Así, a partir de esta idea, se genera un principio de

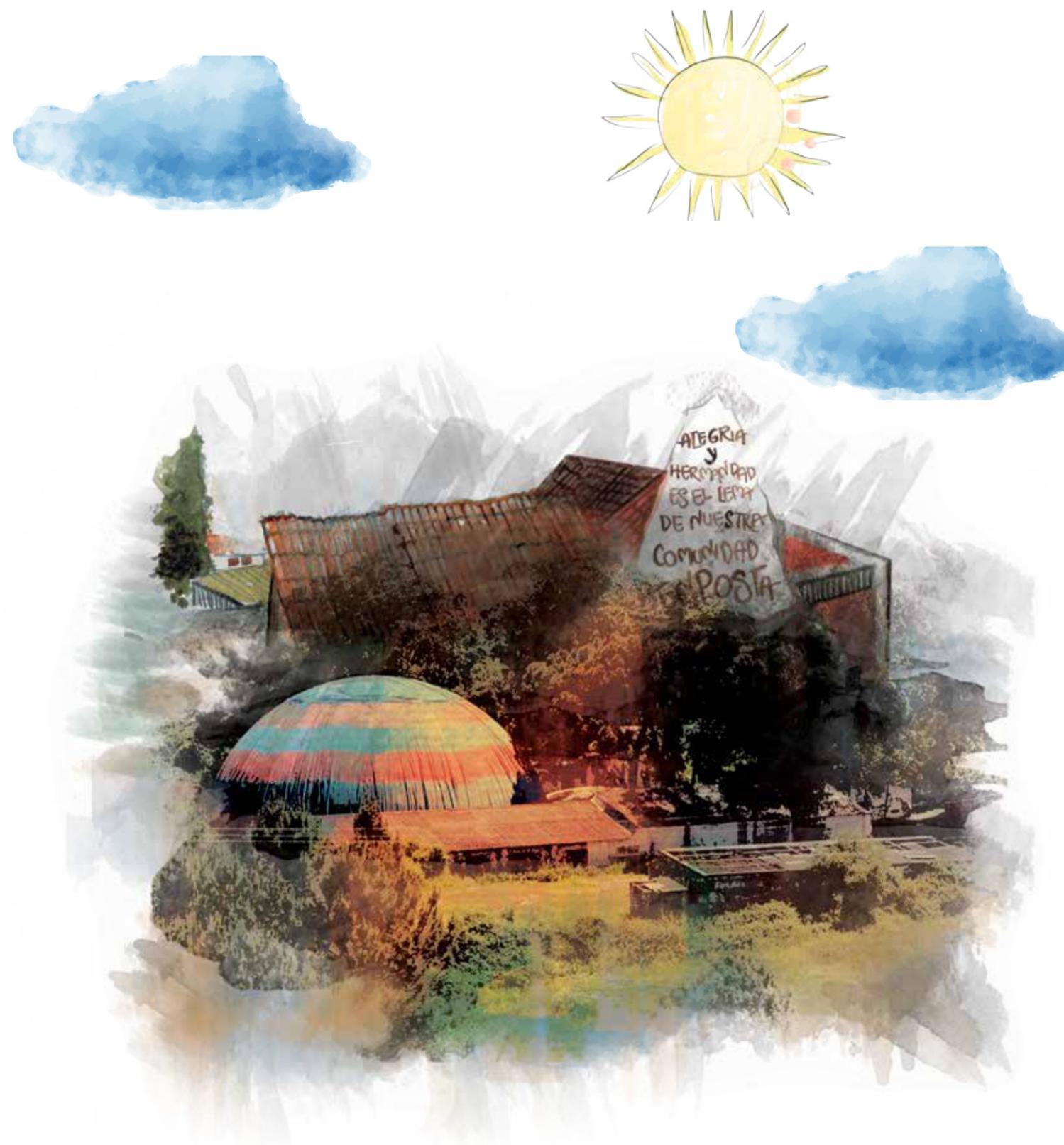
³ Véase la crónica Surcos de historia unidas por un océano en la Parte II.

restitución, especialmente el de restablecer ese derecho que les fue usurpado, lo cual rompe con la visión clásica asistencialista para convertirse en un enfoque mucho más político.

En este sentido, el autogobierno que desarrollan en Benposta no es una forma de organización sino de participación, donde el niño y la niña son sujetos activos que se implican e intervienen directamente en un proceso de toma de decisiones frente a su vida y a su comunidad. “Nos han dicho siempre que el niño se equivoca, pero no, sólo se equivoca quien toma decisiones. Eso es un principio clarísimo y los adultos nos equivocamos siempre. Aquí demostramos que los menores tienen capacidad para asumir responsabilidades. Porque el servicio ciudadano⁴ dignifica la vida. Hay niños que cuentan orgullosos que ya han pasado por todas las responsabilidades que tiene Benposta y con ello descubren dignidad y generan capacidad”, aclara orgulloso el presidente de esta organización.

Además de esto, uno de los principios claves de la *Nación de Muchach@s* es que lo que educa es el ambiente, no la persona educadora ni la relación directa entre quién sabe y quién no, es decir, entre la persona adulta que pone normas y el niño o la niña que las asume. Pero para que el ambiente sea educativo, necesita que sea mantenido, de ahí que en el centro existan mantenedores, que se aseguran de que el ambiente sea idóneo para educar bajo un sustento ideológico, político y pedagógico, que es lo que forma el entorno. Además, se dice que tiene que haber una rutina diaria como elemento educativo y en Benposta eso se cumple, pero de una forma en la que se dan toques de aventura a la vida para dar un sentido a cada una de las cosas que se hacen a diario.

⁴ El servicio ciudadano en Benposta consiste en realizar actividades para la comunidad de forma desinteresada y como método pedagógico de convivencia autónoma y auto gobernable.



Benposta y la paz negociada

Desde que el pasado mes de mayo se hiciera público el “Acuerdo sobre la salida de menores de quince años de los campamentos de las FARC-EP y compromiso con la elaboración de una hoja de ruta para la salida de todos los demás menores de edad y un programa integral especial para su atención”, José Luis se muestra satisfecho con lo logrado entre el Gobierno de Juan Manuel Santos y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia – Ejército del Pueblo (FARC-EP), en materia de los NNA que han estado están vinculados al conflicto de una forma muy directa.

Para este gallego que lleva media vida dedicado a niños y niñas, la negociación es más que necesaria, ya que son más de cincuenta años de guerra “y desde las organizaciones de Derechos Humanos siempre le hemos apostado a una salida a la paz negociada”, asegura con tesón. De todo esto le preocupa que no se estén abordando las causas estructurales del conflicto social y político colombiano puesto que, al final, eso puede afectar de una manera más directa el inicio de los post-acuerdos, debido a que no en todos los departamentos se está trabajando de manera integral el fin del conflicto armado. “Cuando se termine la guerra de alguna forma los niños y niñas, sino cuentan con garantías para una integración social y familiar positiva van a buscar alternativas ingresando a otros grupos armados”, explica José Luis mostrando preocupación.

De manera que es clave dejar claro en todas las mesas de trabajo y en las distintas organizaciones nacionales e internacionales con las que Benposta se relaciona, que los niños y las niñas son un grupo social prioritario de cara a la paz que se viene construyendo en el país. Ése es ahora el objetivo de José Luis Campo, quien asegura que las generaciones más jóvenes -como Mauro, sus tres amigos y María Luisa, entre muchos, cientos, miles de

jóvenes como ellos- no sólo son el futuro de Colombia, sino que son el presente; por lo que es en el aquí y ahora donde tenemos que dignificar sus vidas y tenerles en cuenta, si queremos una verdadera paz con justicia social en el país.



“Trabajamos para que las niñas y los niños sean considerados como sujetos de derecho en diferentes espacios”

La Coalición contra la vinculación de niños, niñas y adolescentes al conflicto armado de Colombia (COALICO), es un espacio que nació en 1999, formado por ocho organizaciones de la sociedad civil que trabajan en la promoción de defensa de los derechos de los niños, las niñas y los adolescentes afectados por el contexto violento del país; *Benposta Nación de Muchach@s* es una de las Organizaciones que forma parte de este espacio.

Todas estas instituciones están centradas en tres líneas de trabajo estratégicas, que se articulan de forma circular, respondiendo una a la otra. Está el área de *Fortalecimiento de capacidades locales* en la que se brindan diferentes herramientas de formación, relacionadas con los derechos de los niños y las niñas, especialmente en temas de participación. Para ello, desde la COALICO se trabaja con líderes de la sociedad civil en Cauca y Buenaventura, con estudiantes de la Universidad del Cauca, con jueces, funcionario público y con docentes de distintas zonas, “porque estamos convencidos que ellos también necesitan estas herramientas, ya que las niñas y niños pasan la mayor parte de su tiempo en la escuela”, explica Óscar Fernando Cobo, del departamento de proyectos de COALICO.

También está el área de *Investigación y monitoreo*, desde donde se busca rastrear todas las situaciones que afectan a los niños y a las niñas del país en el contexto de conflicto armado. “Éstas pueden ser reclutamiento, violencia sexual, ataques a escuelas y hospitales, muerte y mutilación, bloqueos de suministro, situación de niños y niñas afectadas por grupos post-desmovilización, etc.”, agrega Fernando, para concluir que todas estas investigaciones

se realizan gracias a un observatorio al que se remiten informes semestralmente.

Y, por último, está el área de *Incidencia política* con la que se busca que gobiernos locales, nacionales e internacionales cambien sus políticas públicas hacia un mejor bienestar de las niñas y los niños de Colombia. Según Fernando, se realizan reuniones con alcaldías locales, consejos municipales e instituciones gubernamentales. “A nivel internacional articulamos acciones con el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, en Nueva York, y el Comité Internacional de los Derechos del Niño, en Ginebra, por lo que todo el tiempo estamos reportando información para visibilizar ese tipo de situaciones”, explica orgulloso de los esfuerzos que hacen para investigar y denunciar situaciones donde se vulneran los derechos de los NNA.

El reciente acuerdo que se refirió líneas atrás fue firmado entre el Gobierno de Juan Manuel Santos y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia – Ejército del Pueblo (FARC-EP), en el que anunciaron la salida de menores de quince años de los campamentos de las FARC y se comprometieron a elaborar una hoja de ruta que permita la salida de adolescentes vinculados al conflicto, marca un punto importante para el trabajo de la COALICO y sus organizaciones integrantes.

Óscar Fernando Cobo hace un recuento de algunos detalles internos de la organización y del trabajo que las entidades que la integran vienen ejecutando en distintas regiones del país, en pro de proteger a niñas, niños y adolescentes, así como insistir en el papel de sujetos activos que tienen en todos los aspectos de la vida.

“Los niños, niñas y adolescentes son individuos con derecho de pleno desarrollo físico, mental y social y con derecho a expresar libremente sus opiniones”⁵ pero, ¿por qué la sociedad utiliza ciertos mensajes que los re-victimiza y cómo cambiar esta situación?

Estamos convencidos de que los niños y niñas son sujetos de derecho tal y como lo plantea la Convención de los Derechos del Niño. Basándonos en eso, lo que hemos buscado siempre es que la voz de los niños y niñas sea escuchada, porque en muchos casos son ignorados. Hemos garantizado de alguna manera que las voces lleguen a través de sus propuestas. A nivel regional hemos buscado distintos espacios de participación política para los niños y niñas, cómo ellas y ellos se involucran dentro de las políticas públicas de cada región. Por ejemplo, en Buenaventura realizamos conversatorios de niños y niñas con los candidatos locales, donde les planteaban cuestiones vinculadas a sus intereses y necesidades. También les hacían cuestionamientos sobre sus programas de gobierno.

Lo que buscamos en las instituciones educativas es que las niñas y niños sean consultados para los diferentes proyectos que se desarrollan en cada institución, porque son pensados desde los adultos para los niños, y no desde los niños para los niños. Cuando implementas un proyecto no da muchas veces resultado porque no les gusta a los niños, porque el adulto planificó lo que a él le pareció que podía ser, mientras si haces un proceso participativo, los resultados de ese proyecto van a ser muy diferentes.

En definitiva, es ver cómo niños y niñas se involucran como sujetos de derecho en los diferentes espacios. Incluso en la misma casa, cómo consultan los adultos a sus hijos sobre cuestio-

nes del hogar que también les afecta. Y así buscamos distintas estrategias.

Por ejemplo, en espacios de incidencia política internacional, buscamos que niños y niñas vayan al Comité Internacional de los Derechos del Niño para hablar directamente con los miembros de dicho comité. A La Habana no han ido porque consideramos que puede implicar un riesgo y eso lo cuidamos mucho. Tampoco permitimos tomarles fotos en regiones, ni decir sus nombres, por ejemplo.

¿Qué importancia le da COALICO y todas sus organizaciones al territorio durante los procesos de protección de niñas, niños y adolescentes?

Es complicado. Para un niño o niña indígena el tema del arraigo a su territorio es mucho más fuerte que para un niño o niña de ámbito urbano. Para ellos y ellas el tema de paz está vinculado a su tierra, a poder cultivar, a una vivienda digna, a sus ancestros... Mientras que para un niño urbano está más ligado a las relaciones sociales, a dejar de ser violento, a dejar de matarse unos y otros. La estrategia de BENPOSTA es maravillosa, pero hay que ver cómo el niño y la niña se integran en su territorio original, una vez acaba su proceso de protección, ya que muchos pueden volver y otros no.

También hay que buscar otras estrategias para que no se produzca un desarraigo. A través de la campaña Escuelas Protectoras, hacemos un concurso para la protección y prevención y lo que plantea es cuáles son las estrategias que desarrollan dentro de la institución para evitar el reclutamiento y otras formas de violencia relacionadas directamente con el conflicto armado.

5 Convención sobre los Derechos del Niño. <http://www.un.org/es/events/childrenday/pdf/derechos.pdf>

¿Cuáles son las metodologías pedagógicas que emplea COALICO en sus procesos formativos, principalmente?

Hemos construido diferentes herramientas. Lo que hacemos es un proceso de intervención en una determinada región y construir una herramienta con ayuda de niños, niñas, profesorado o padres y madres de familias. Hacemos talleres por módulos de incidencia política, de derechos, de espacios de participación... Y con todo lo que construimos creamos unos módulos de formación.

Hace dos años iniciamos un proceso con ACNUR porque querían construir una herramienta para la protección de niños y niñas en el marco del desplazamiento en el Norte de Santander y Arauca. Hicimos diferentes talleres de formación con padres, madres, docentes y niños y niñas y en ese proceso recopilábamos diferentes herramientas que ya conocíamos. Por ejemplo, en un módulo de resolución de conflictos, dinámicas de integración, negociación, diálogo...

Como resultado, esta estrategia nos dio respuesta a la implementación de la Cátedra para la Paz. Cuando hicimos un análisis sobre ésta, resulta que nuestra caja de herramientas estaba dando respuesta a todos los componentes de la Cátedra, por lo que se convirtió en algo muy interesante para todas las instituciones educativas. Luego la implementamos en lo regional con un taller de formación de dos días. Lo que buscamos es algo muy práctico y sencillo, a diferencia de otras herramientas muy técnicas y pocas prácticas.

De esa manera logramos una articulación con la Secretaría de Educación del Cauca con noventa escuelas para convertir a un lenguaje más sencillo temas complejos de entender, como el marco jurídico nacional o internacional. También, hemos

logrado desarrollar algunas estrategias en el campo de formación, como talleres mucho más prácticos que teóricos.

Por ejemplo, para introducir el tema de derechos de los niños y niñas hacemos cosas más vivenciales. Les preguntamos que nos cuenten qué hacen cuando se levantan y ellos escriben que se bañan, desayunan, su mamá les lleva al colegio, etc. De ahí lo relacionamos a los derechos del cuidado, del estudio, de la alimentación... Y eso se convierte en algo más vivencial y más entendible para todas y todos.

Lo mismo con las personas adultas. La última metodología utilizada fue pasarles una hoja con una silueta para que se dibujaran. Y eso sirvió para introducirles todo lo relacionado con los Derechos Humanos. También les planteamos ver con la mirada de los niños, para lo cual les regala-



mos unas gafas que tenían que decorar según identificaban esa mirada infantil. La idea es ponerse en el papel de las y los más pequeños, porque muchas veces, son olvidados y desconsiderados entre sus propias familiares y educadores.

¿Qué importancia tiene lo psicosocial, al autocuidado y la parte artística y creativa en todo el trabajo que vienen realizando en Colombia?

Para nosotros es sumamente importante. No trabajamos la parte psicosocial, eso lo hacen algunas organizaciones, pero sí que trabajamos el tema de la atención y del autocuidado. Cuando les preguntábamos qué es proteger, nos decían que tiene que ver con el cuidado, el respeto y la seguridad. Pero los líderes y padres de familia decían que proteger también tiene que ver con el tema de memoria histórica, porque resulta que si dejamos de lado la memoria estamos desprotegidos. El tema del autocuidado es importante porque si ellos y ellas no se cuidan, nadie lo va a hacer.

A través de la caja de herramienta abordamos también temas relacionados a la negociación de conflictos, la mediación, cómo hacerla, quiénes deben ayudar, qué roles cumplir como mediadores, a dónde se puede ir, etc. Y es que cuando un niño o niña está en una situación de riesgo y necesita ayuda, tiene que ir acompañado de un adulto si va a alguna institución a explicar o denunciar su caso, y nos preguntamos por qué no puede ir por su cuenta o por qué no se crea una situación específica donde ellos y ellas puedan ir solos de manera autónoma y libre.

¿Qué papel tienen los entornos protectores para la COALICO?

Son fundamentales para niños y niñas, sobre todo las escuelas, que son entornos protectores y protegidos, en el sentido de que sea un sitio que garantice sus derechos y no los vulnere, porque muchas veces las escuelas se han convertido en espacios de vulnerabilidad de derechos.

Pero también debe ser un entorno protegido porque alrededor está la comunidad educativa formada por los niños y niñas, el profesorado, la vecindad, las instituciones públicas... y tenemos que empezar a ver cómo se articula todo eso.

En Buenaventura, por ejemplo, se creó una actividad de fútbol en la que los pequeños tenían que ir acompañados con sus padres para jugar un partido, lo que llamó mucho la atención a todo el mundo y sirvió para que, al final del campeonato, el profesorado reflexionara sobre la actividad y lo que ésta suponía para las relaciones intrafamiliares y vecinales como entornos protectores para los y las más pequeñas.

Asimismo, la idea de que los padres, madres y profesorado desarrollen una formación política para que puedan incidir en su gobierno local es bien importante dentro de los entornos protectores, ya que de esta forma lo que se busca es mejorar el sistema y las políticas educativas que repercuten en el presente y futuro de sus hijos e hijas.

¿Por qué y cómo se vinculan los menores y jóvenes al conflicto armado colombiano?

Depende. Si hablamos de reclutamiento, hay que aclarar que antes el reclutamiento no era considerado un delito y tenía unas particulares formas de darse: como cuando los grupos

armados sacaban a los niños de sus casas o de las escuelas y hacían parte de una estructura armada como tal.

¿Por qué se daba esto? Nosotros partimos de que el reclutamiento no es de tipo voluntario, como lo han dicho muchos grupos, sino que hay diferentes circunstancias a que un niño o niña haga parte de un grupo armado. Por ejemplo, si el Estado no le garantiza comida, una vivienda digna ni estudios y llega un grupo armado y les dice que con ellos tendrán todo asegurado y que le van a pagar por lo que va a hacer, pues obviamente esta opción la va a ver mucho más atractiva. O si un niño o niña está siendo abusado por familiares o personas cercanas y no hay ningún tipo de atención, para él o ella será mucho más atractivo hacer parte de un grupo armado.

Desde hace seis años para acá, este reclutamiento empieza a cambiar. Ya el niño o niña no tiene que salir necesariamente de su casa, ni dejar su escuela para formar parte de un grupo armado. Empiezan a proliferar otro tipo de grupos armados a partir de las desmovilizaciones de los grupos paramilitares del año 2005, y en vista de que éstas fueron un total fracaso, empiezan a surgir otro tipo de grupos que se han denominado grupos de post-desmovilización o Bandas Criminales (BACRIM), como el gobierno los llama.

Este tipo de grupos ya tienen una forma diferente de operar, ya no están en las selvas sino en las zonas urbanas. Así, en muchas zonas del país, el conflicto armado se trasladó a las zonas urbanas y encontramos distintos grupos que empiezan a desarrollar distintas acciones. Los niños se convierten en quienes transportan las armas, distribuyen las drogas, los que cobran las llamadas *vacunas* en diferentes zonas del país, cobran por las extorsiones que hacen... Porque los niños y niñas ofrecen garantías, porque no son requisados por los grupos

militares y porque tienen una personalidad mayor, de alguna manera. Entonces, el niño y niña sigue yendo a la escuela y viviendo en su casa, pero cumple una serie de funciones y, de alguna manera, empieza a escalar dentro de ese grupo. Por eso encontramos que muchos líderes de estos grupos son chicos muy jóvenes, y esto lo vemos en Buenaventura, en las comunas de Medellín, en Arauca, Cali, etc., en ciudades grandes o intermedias del país. Esto ha sido un cambio que se ha venido dando en los últimos años.

¿Qué cifras maneja la COALICO actualmente sobre la vinculación de niñas, niños y adolescentes al conflicto armado y cuáles son las zonas más significativas al respecto?

Específicamente no podemos hablar de cifras porque es muy difícil establecerlo. Las últimas cifras las proporciona el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar a través de su Programa de Niños y Niñas Desvinculados de Grupos Armados. No podemos hablar de cuántos niños han sido reclutados porque la mayor parte de los casos no se reportan y nosotros no estamos preparados para dar cifras, sólo cuando tenemos unos casos reportados por administraciones públicas damos cifras.

Por ejemplo, cuando hicimos un estudio de casos de violencia sexual por parte de actores armados, de 2008 a 2012, encontramos que había alrededor de 45.000 casos de niños que habían sido abusados sexualmente. Esa cifra teníamos cómo respaldarla a través de toda la información que se recopiló por parte de instituciones que hacen esos seguimientos, si no, no nos habríamos atrevido a darla. Las cifras dadas muchas veces no se han podido sostener.

Ahora que se habla de proceso de negociaciones con las FARC, ellos no han querido decir cuántos niños y niñas tienen. Han di-

cho que tienen entre veinte y veinticinco menores de quince años, pero nunca han dado la cifra de cuántos menores de dieciocho años tienen, por lo que no es algo concreto.

Sólo en dos departamentos del país no se han reportado casos de reclutamiento: Amazonas y San Andrés, pero no porque no haya habido casos, sino porque no se han reportado, que es diferente. Las zonas donde más niños y niñas han sido reclutados son Antioquia, Cauca, Valle del Cauca y Nariño. Los reportes que hacemos están en el Boletín de los Observatorios, donde hay datos de la situación hasta 2015.

¿Cómo ha trabajado la COALICO el acuerdo firmado entre el Gobierno y las FARC para sacar a los menores de quince años del conflicto y que tengan una buena incorporación a la vida fuera del conflicto armado?

Desde que empezó la negociación en La Habana para la COALICO ha sido una preocupación el cómo trabajar el punto de los niños y niñas. Si bien es cierto que no podíamos garantizar un diálogo directo de niños y niñas con negociadores porque eso los pondría en riesgo, buscamos distintas estrategias para lograr ese diálogo. Buscamos que hubiese una mesa de niños, niñas y jóvenes en cada una de las regiones del país, pero también en el Foro Nacional sobre Víctimas.

Cuando las víctimas fueron a La Habana, quisimos que los niños y niñas tuvieran un lugar y realizamos un vídeo con diferentes organizaciones donde se planteaban sus mensajes. También hemos hecho distintos ejercicios donde han planteado cuáles son sus propuestas de paz, donde nos han mostrado lo que quieren y necesitan. Con todo esto hemos construido grandes libros que hemos entregado a los miembros de las FARC en La Habana.

Lo que hemos encontrado es que ha cambiado un poco el lenguaje de la situación desde que se firmó el primer Acuerdo de Justicia. Ya han dicho que el reclutamiento es un delito, aunque sigan diciendo que los niños allá están en condición de refugiados, no de reclutados, pero de alguna manera en ese acuerdo de justicia sí se estableció que era un delito.

Lo otro es que la COALICO ha participado activamente en el pasado acuerdo donde se determina la salida de los menores y el fin del reclutamiento y donde se construye una mesa técnica liderada por la defensoría del pueblo para hacer un protocolo de los niños y niñas de los campos de las FARC, con el fin de trabajar por una salida efectiva.

Las cifras que se manejan son de unos quinientos niños y niñas en las filas de la guerrilla, aunque hay testimonios de los propios niños y niñas de las FARC que dicen que son muchísimos más, pero que ya han cumplido la mayoría de edad estando ahí. Es decir, fueron niños reclutados, pero ya son adultos.

¿Y cómo se plantea esa salida?

Se presentan distintas estrategias. Desde la COALICO se establece un proceso de reintegración comunitaria, sino que sean recibidos por instituciones específicas para que este proceso sea menos doloroso de lo que es. Lo que se quiere es otro tipo de proceso de reintegración, de restitución de derechos, de que se mire la posibilidad de proyectos educativos, productivos, etc., dependiendo de lo que ellos quieran hacer.

Preguntarles a ellos y ellas. Buscando y consultándoles qué quieren hacer, porque partimos de que esos chicos ya tienen unas habilidades y aprendizajes desde donde están, puede que no quie-

ran estudiar, pero sí que quieran aprender un tipo de arte, por ejemplo. Y de ahí hacer un seguimiento.

¿Cómo participarían las organizaciones de la COALICO en este proceso?

Como COALICIO no nos interesa ser operadores ni implementadores de ningún programa, sino más bien ser veedores, aunque las organizaciones de la COALICO son independientes y pueden actuar de acuerdo a sus mandatos institucionales.

El trabajo de incidencia en este sentido, ¿cómo se realiza?

Aparte de los viajes a La Habana, es reportar toda la información a los gobiernos garantes del proceso de paz, así como a través de otros tipos de organizaciones de cooperación internacional. Desarrollamos desayunos de trabajo con senadores de la República, con representantes de la Cámara, se envían comunicados a la Mesa de Negociación, se reporta información a instituciones...

¿Considera que desde La Habana se han hecho bien las cosas?

Consideramos que se han dado pasos significativos, aunque han demorado mucho tiempo. Desde el principio estamos insistiendo en que hay que hablar de esto, pero hasta ahora no hemos visto avances.

Hay otros muchos inconvenientes, como, por ejemplo, el sistema judicial colombiano que plantea diferentes obstáculos y estamos esperando a ver cuáles son las estrategias para que los niños y niñas terminen lo menos afectados. Pero tenemos mucha fe en que va a ser algo interesante, aunque también que el desafío es importante.

Está demostrado que en muchos países el proceso de post-acuerdo o post-conflicto es mucho más complicado porque lleva todo un proceso de integración a la vida civil de las personas que van a salir, garantizar que tengan un debido recibimiento de las comunidades y de la sociedad en general, o que se asegure el derecho a una vivienda, a la formación, el acceso a un trabajo, etc., porque en otras ocasiones estos grupos volvieron a delinquir y eso no es lo que buscamos.

Desde la COALICO, ¿cómo se vislumbra el futuro de Colombia, especialmente el de las generaciones más jóvenes, tras los acontecimientos políticos y sociales que se avecinan encaminados hacia la paz con justicia social?

Consideramos que debe existir una garantía de derechos para niños y niñas, que se debe ver reflejada en el derecho a la educación, a la alimentación y a la vivienda digna y que el estado tiene que garantizar que ellos y ellas tengan acceso a todo esto.

En Colombia hay muchas políticas públicas establecidas pero muchas veces son inoperantes, puede que funcionen en una zona urbana pero no en una rural. Por lo tanto, hay que ver cómo establecer diferentes mecanismos de participación activa, donde la gente pueda opinar, ver cuáles son sus necesidades y particularidades y que se dé respuesta a eso.

En ese sentido vemos que se puede dar un cambio con los mecanismos de participación activa, pero falta cultivar conciencia ciudadana para que crean que eso es posible.

PARTE II

*”¿Y qué importa si la inocencia es inocente,
si con ella cruzamos fronteras
y logramos llegar más lejos de lo esperado?
Imagina y crea. Vuela y sueña.
No tengas miedo al veloz y vibrante mundo
que a veces atosiga y aprieta.
No le hagas caso a los tantos miedos
que impiden florecer todo lo que llevas dentro.”*

**Silvia Arjona Martín,
Julio 2016.**

Surcos de historias unidas por un océano

Como un despertador incrustado en sus entrañas, se desveló con un pequeño espasmo a las cuatro de la mañana, como cada día, desorientado por el sueño en el que estaba sumergido: una mezcla de viajes y gente del pasado cuyas facciones de los rostros no eran nítidas, ni los movimientos que le transmitían desde la distancia. Por la ventana se reflejaba la luz de una tímida farola que desde el otro lado de la casa anunciaba todavía la madrugada fría de los cerros orientales de Bogotá. La noche seguía en pausa.

Una suave y ligera niebla bailaba entre los árboles y el rocío ya empezaba a acariciar la hierba, salpicando el campo con gotas de agua que hacían de la madrugada un poema. José Luis Campo Rodicio, más conocido como Pequeno, se asomó por la ventana de su cuarto para respirar el silencio que emanaba a esas horas en *Benposta Nación de Muchach@s*, se puso sus zapatillas de estar en casa, una chaqueta que hacía las veces de albornoz y se dirigió, como cada mañana, a la cocina de su casa para hacerse el bendecido tinto⁶ de esas horas.

Durante muchos años, a la misma hora se produce el mismo ritual y ya nadie se desvela. Para José Luis es el mejor momento del día ya que puede disfrutar de la paz de esas horas y es cuando mejor trabaja.

Su oficina, como todas las de Benposta, está en el mismo centro donde vive, por lo que no es muy largo el viaje que ha de hacer cada mañana para empezar con sus tareas como Presidente de la organización. Con su café todavía caliente, sube con energía las escaleras hacia su lugar de trabajo, mientras los fríos vientos de esas horas le saludan acariciándole la piel y obligándole a des-

⁶ Tinto en Colombia significa café solo.

pertarse del todo. La claridad del día aún no se otea por encima del cerro oriental, por donde se perciben los primeros rayos de sol, y Bogotá se ve a lo lejos, chiquita en su inmensidad, como una postal nocturna llena de luz y aún dormida.

Es viernes y presiente que el día va a estar algo ajetreado. Aún le quedan informes pendientes que redactar, facturas que rematar, dos reuniones a las que no puede faltar y a medio día espera la llegada de una niña de Buenaventura que ingresa a Benposta.

Como en otros casos ella viene acompañada por su madre siendo necesario coordinar su recogida en el terminal de transportes. Sobre la situación de riesgo que la obliga a salir de la zona donde vive en la ciudad bonaverense, José Luis simplemente cuenta con la valoración del equipo local de Benposta en terreno, aunque, no obstante, lo más importante es que la niña expresó la necesidad de salir y buscar apoyo fuera de la zona de su ciudad.

Pero mientras, José Luis revisa los correos electrónicos y se conecta al *Skype* porque tiene pendiente hablar con Marco Fidel Vargas, conocido en la historia de Benposta como “Mafivar” y quien es Presidente y Fundador de la Asociación Ben por la Infancia (ABENIN), una ONGD⁷ que, de forma solidaria, viene apoyando el trabajo de Benposta en Colombia, aunque Marco es, sobre todo, amigo y compañero benposteo de José Luis desde hace muchos años.

La relación de ambos es histórica y arraigada a la vida de Benposta. Fue uno de los primeros niños que ingresó a su sede educativa cuando se funda en Colombia y siempre destacó por su capacidad de hacer de la vida una permanente aventura. Formó parte de la puesta en marcha del coro polifónico, participó del grupo de música y danzas y de actividades artísticas dentro de la Escuela de Circo, destacando siempre por su capacidad de liderazgo en acrobacia y por trabajar en la Alta Escuela Española de Equitación, que formaba parte del Circo.

Marco ha mostrado siempre interés por conocer el mundo y sus gentes y ha tenido un compromiso hacia los demás. Es así como, después de finalizar su etapa en Benposta y tras algunos años en Madrid (España), crea una ONGD llamada ABENIN, centrada en un trabajo a favor de la infancia, con la que va consiguiendo logros que serán fundamentales para el desarrollo y el avance de alguna población en cualquier parte del mundo.

Benposta y Abenin

La relación entre Benposta y Abenin ha sido siempre muy afectiva, trabajando juntas en distintos proyectos y procesos en Colombia. Desde el año 2015 vienen colaborando en el proyecto “*Red de entornos protectores: Oportunidades de protección y preven-*

⁷ Organización No Gubernamental para el Desarrollo.

ción de niños, niñas y adolescentes en el marco del conflicto armado en Colombia”, financiado por la Agencia Española de Cooperación Internacional al Desarrollo (AECID), con el que se apoya a mejorar las necesidades básicas de ciento veinticinco niños, niñas y adolescentes de los sectores urbanos de Buenaventura y de Bogotá, cuyos contextos sociales y familiares están ligados al conflicto social y armado que sufre Colombia. Por tanto, la relación entre ambas organizaciones es un “auténtico hermanamiento en una acción común de mantener viva la esperanza de muchos niños y niñas”, según José Luis.

A pesar de la distancia que el *Skype* permite superar, José Luis siente muy cercano a Mafivar, no sólo por la fraternidad que sienten ambos entre sí, sino por el compromiso de Marco hacia el trabajo que viene desarrollando Benposta en Colombia. José Luis le cuenta que acaba de regresar de Buenaventura, donde ha participado en las jornadas “Festival de los colores”, a modo de cierre de una primera fase de este proyecto, y ha percibido que en los barrios donde trabajan se siente una fuerza por la vida que es el reflejo de la esperanza para los niños, niñas, adolescentes, jóvenes madres y padres a quienes acompañan.

Y mientras ambos se comparten los avances del proyecto en Buenaventura y Bogotá, a través del sonido metálico que ofrecen las nuevas tecnologías, Marco Fidel pregunta por los Acuerdos de Paz entre el Gobierno de Juan Manuel Santos y las FARC-EP, ya que como colombiano nunca ha dejado de sentirse implicado por las realidades de su país. “Este proceso de paz acabará con la barbarie de la sinrazón de la violencia. Sabemos que es un granito de arena, que unido a los esfuerzos de tantas personas sumará y servirá para ver por fin un país libre y sin amenazas, lo que es un logro histórico”, le dice Marco Fidel a José Luis, sin olvidar que desde ABENIN también están contribuyendo a esos aportes de

paz desde la distancia y muy centrados en el porvenir de la infancia colombiana.

Las raíces de Benposta

Los encuentros a través de las redes sociales institucionales de Benposta son diarios para José Luis y todas las personas que forman parte de esta organización. A través de ellos, se trata de mantener presentes y cercanos a miles de niños, niñas y adolescentes (hoy adultos), que a lo largo de cuarenta y dos años han formado parte de la vida de Benposta en Colombia.

Pero el arraigo de José Luis con Benposta es anterior a Colombia, ya que ingresó a la “Ciudad de los Muchach@s”⁸ cuando era niño en Galicia (España), su departamento natal. Hace sesenta años el sacerdote Jesús César Silva Méndez⁹ fundó esta organización en la ciudad gallega de Ourense, junto a un grupo de quince niños. Su idea era crear un modelo educativo basado en el principio del reconocimiento y la participación de los niños, niñas y adolescentes como sujetos con capacidad de acción social y política, y eso que parecía un sueño al principio, pronto se hizo realidad convirtiéndose en un auténtico movimiento social y político, que consiguió encarnarse en la vida de muchos chicos, hoy ya adultos.

José Luis recuerda estos primeros años como ciudadano de Benposta con nostalgia. Él entró a esta comunidad, como muchos otros niños gallegos de su época, buscando estudiar y realizar una formación técnica, después de terminar la primaria en su pueblo natal, Parada do Sil, y de trabajar en restaurantes en Ourense durante algunos años. Una noche, de forma casual, se encontró con el Padre Silva quien le animó a ingresar a la Ciudad de los Muchachos y se inscribiese en un curso de mecánica que estaba a

⁸ Éste es el nombre que presenta la organización durante sus primeros años en España. Con el tiempo, será conocida como Benposta, Nación de Muchach@s

⁹ Al sacerdote Jesús César Silva se le conoce como Padre Silva

punto de iniciarse. Sin pensarlo demasiado, dejó su trabajo y con la timidez propia de un “niño de aldea”, llegó a las oficinas de la Ciudad de los Muchachos para integrarse como “interno”.

A José Luis le desconcertó ver que al frente de las oficinas había niños dos o tres años mayores que él, quienes le revisaron los papeles y le recibieron con una sonrisa acogedora. Ese mismo día fue presentado en la “asamblea general”, que realizaban los integrantes de esta “Ciudad”, y ahí entendió que quienes le recibieron fueron el gobernador, el alcalde y el delegado de hacienda, miembros del gobierno interno y quienes habían sido elegidos por voto popular. Corrían principio de los años sesenta.

El 6 de noviembre de 1965, cuando José Luis estaba ya más que instalado en Benposta, inició junto a otros compañeros una experiencia de formación y vivencia personal en el Monasterio de San Pedro de Rocas, situado en la ciudad orensana de Esgos. Era “La Gran Aventura”, una de las etapas finales por las que pasaban los chicos que se comprometían a respirar los aromas benposteos.

La idea era vivir una “aventura” durante un año a través de distintas experiencias, casi pruebas, siendo la primera un periodo de tres meses en un monasterio, dándose a la vida espiritual y filosófica, donde el prójimo cobraba un valor especial. José Luis y otros muchachos se pasaron primero dos largos meses reconstruyendo el Monasterio de San Pedro para convertirlo en la sede de La Gran Aventura. “El Monasterio eran tres cuevas en la tierra y una casa al lado que no tenían nada alrededor”, recuerda ahora José Luis después de tantos años. Quienes pasaban ese periodo se convertían en aventureros y adquirían un mayor peso y compromiso dentro de Benposta. Para José Luis ahí empezó, de alguna forma, una vocación sacerdotal basada en el servicio a los demás.

Los fuertes abajo, los débiles arriba y el niño en la cumbre siempre

“¡Damas y caballeros, el show va a comenzar, acomódense en sus asientos y a disfrutar!”. Las gradas estaban llenas de personas venidas de distintos puntos de Barcelona que querían ver el Circo de los Muchachos de Benposta. Era el año 1966 y La Plaza de Cataluña, en pleno centro de la ciudad, se convirtió durante tres meses en una auténtica ciudadela circense, ocupada en su totalidad por los autobuses e instalaciones de la compañía. Los niños habían aprendido de la escuela del circo que Benposta desarrolló durante años anteriores con profesores venidos de Italia y Francia, especializados en distintas ramas. Había malabaristas, trapeceistas, humoristas, bailarines, acróbatas... El circo era una explosión de vida, un país ambulante que tenía su alcalde, su junta de gobierno, su estructura, sus clases y profesores... Era toda una dinámica muy interesante y con un mensaje muy fuerte: *los fuertes abajo, los débiles arriba y el niño en la cumbre, siempre debe estar*; debido a la visión social que desde Benposta se le daba al papel que tenían los niños y las niñas en el mundo: el de soportar todo el peso de las injusticias sobre sus hombros. Por ello, el circo no sólo era una apuesta artística, creativa y lúdica, sino muy especialmente, una apuesta por el respeto de los derechos de los más pequeños.

“Nosotros queríamos cambiar el mundo, construir otro más justo y la única forma de hacerlo era dándole a los niños y a las niñas el lugar que le corresponde. Por eso, lo más simbólico que teníamos eran las torres de cinco o seis pisos de niños en las que el niño que estaba en la cúspide soltaba una paloma como símbolo de la paz... Quizás por ello, en algunos países como en la Argentina de la dictadura de Videla, el circo no fue expulsado y acusado de ser “embajador del comunis-

mo internacional”, se acuerda José Luis entre risas, mientras niega con la cabeza, rememorando cuánta ignorancia había en el momento.

Mientras la apuesta pedagógica ambulante conseguía un respaldo social entre quienes supieron verlo, a pesar de los impedimentos ideológicos de la época, José Luis empezó a adquirir todo tipo de responsabilidades: desde la parte administrativa hasta la taquilla, las compras que se necesitaban, la coordinación de la cocina e incluso en algunas ocasiones participaba de los números en mitad de la pista. Aunque se mantenía distante del día a día en Ourense, no significaba que sus funciones allá se habían terminado, puesto que su papel en Benposta ya era destacado por todo lo que hacía. Con tanto ajetreo, le era imposible seguir estudiando y ausentarse de las clases era la habitual. Ni siquiera el hecho de que el cura Silva le matriculase en el Seminario de Ourense para validar asignaturas le sirvió, porque no sacaba nunca tiempo para dedicarse a ello.

Una vez concluido el trabajo en la capital catalana, el Circo de los Muchachos siguió su rumbo de gira por Europa y José Luis asumió responsabilidades en el funcionamiento de la comunidad de Benposta, a donde cada vez llegaban más chicos y se necesitaban más manos, especialmente después de que las dinámicas hubiesen cogido buen ritmo entre formaciones, talleres y clases varias. Fue entonces cuando comenzó a ser coordinador de un poco todo, incluso en los veranos se ocupaba del campamento que Benposta tenía en la playa de Areas (Pontevedra), llenando con múltiples tareas todos los meses del año e imposibilitándole cada vez más la tediosa obligación de estudiar Bachillerato, algo que llevaba arrastrando desde que dejó la primaria en su pueblo natal Parada do Sil.

Pequeno no recuerda en qué momento se empezó a hablar de la posibilidad de proyectar Benposta fuera de España. Supone que las giras del circo, especialmente por Asia, y el contacto directo con niños y niñas que vivían en la calle en situación de extrema pobreza hicieron que el pensamiento del cura Silva se radicalizase y, en definitiva, también el de Benposta. Es así como surge la idea de fundar una *Nación de Muchach@s*, primero en Mozambique donde estaba el sacerdote Vicente Berenguer, un misionero de Burgos que conocieron durante La Gran Aventura; y después en Brasil, en alguna de sus muchas favelas de Río de Janeiro. Pero tras tantas deliberaciones y sueños proyectados, demostrando las ganas de seguir creciendo y mejorando la vida de muchos niños con inciertos futuros, se decide que es mejor que José Luis se centre en sus estudios y vaya a Salamanca a estudiar teología, no sin antes hacer frente a la piedra que ya se le acumulaba en el zapato: el Bachillerato.

Benposta se instala en Colombia

El Circo, que se había convertido en el portador del mensaje social, político y pedagógico de Benposta, llega a Colombia en Diciembre de 1973, en una de sus múltiples giras por el mundo. Su mensaje caló fuertemente en la vida de un grupo de adolescentes y jóvenes que, junto con algunos adultos vinculados al mundo académico, ven una oportunidad de desarrollar el proyecto en Colombia. Pero son los niños, en particular los “gamines”¹⁰ los que se arraigan a la idea de pertenecer a este movimiento. Estas fueron las circunstancias para que el cura Silva, quien había viajado en esta ocasión con todo el equipo del circo, saliera a saludarles cada noche para invitarles a participar de las actividades y ensayos durante el día siguiente. Entre atónitos e incrédulos, hacían caso al sacerdote y como clavos en hora punta, acudían

¹⁰ Niños y niñas en situación de calle.



a las puertas del circo por la mañana para participar de todo lo que dentro les esperaba. Nunca antes pudieron imaginar cómo un lugar ajeno, extraño y lejano -venido de Europa- podría convertirse por unas horas en un hogar.

Los medios de comunicación, impulsados por el trabajo que venía realizando un periodista valenciano de apellido Pacheco (ya fallecido), dieron un impulso a la presencia de Benposta en Colombia. El Instituto Colombiano de Bienestar Familiar hizo eco de sus objetivos y convocó a los responsables a una reunión, a la que fueron la Junta de Gobierno y el cura Silva, para ofrecerles un lugar en Sesquilé, a las afueras de Bogotá hacia el norte, donde se pudieran asentar sus bases para comenzar a rodar su proyecto pedagógico en Colombia. Fue entonces cuando una llamada de teléfono, venida desde la otra parte del océano, le sorprende una noche a José Luis, mientras estudiaba plácido en

su casa de Salamanca a la luz de una tenue lámpara; ante la invitación de ir, por fin, a América como delegado de Benposta en Colombia. Junto a él estarían Finito, uno de los muchachos del circo, y Manolo, un profesor de arte y fotógrafo que ya venía trabajando desde hacía un tiempo largo en los quehaceres circenses.

La sorpresa del momento ante tanta ilusión boyante fue que de repente Bienestar Familiar no cumplió con su palabra, dejando en el desamparo y casi en la indignación no sólo a los benposteos que habían mantenido

los acuerdos con la administración pública en aquella reunión en Bogotá, sino también con los cientos de niñas y niños que ya veían entusiasmados cómo su futuro cogía una nueva forma con aromas de dignidad.

Por suerte, en la oscuridad del momento se hizo la luz, como suele ocurrir en muchas ocasiones colombianas como ésta, y a un grupo de jóvenes que se habían vinculado con mucho ímpetu en el proyecto de Benposta, se les ocurrió asentar las bases en un terreno de Tocancipá, propiedad de unos curas amigos, por lo que fue así como empezó a concretarse el proyecto.

En Tocancipá, municipio ubicado a cuarenta kilómetros al norte de Bogotá, se gestaron los primeros siete años y José Luis combinaba su rol como miembro del equipo de coordinación con sus estudios en la Facultad de Teología de la Universidad. Mi vocación era la vida en comunidad en el marco de unos ideales que fundamentaban Benposta y no veía claro cómo eso podría vivirlo como sacerdote vinculado a una diócesis y a una parroquia, recuerda José Luis, dando a entender que en algún momento renuncia a la posibilidad de ser sacerdote, con el lógico disgusto del Cura Silva quien lamentaba que ninguno de los “aventureros” optáramos por el sacerdocio.

La primera época de Benposta en Colombia fue muy intensa y tratábamos de aplicar lo que habíamos vivido: organización interna en distritos, elecciones a la alcaldía, delegaciones, asambleas, moneda propia. Aunque la angustia económica nos limitaba, se generaban formas de autogestión con la producción de hortalizas para consumo y venta, así como la administración y el funcionamiento del peaje ubicado en la Autopista Norte, cerca de la sede de Benposta. De todos modos y a pesar de los esfuerzos, los ingresos eran mínimos y se incumplió con el pago del arriendo estipulado. Fueron momentos de crisis que se resolvie-

ron con la oferta del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar para ubicarnos en un terreno situado en los cerros orientales de Bogotá. Es ahí donde el centro empieza a echar raíces y a constituirse poco a poco, con mucho esfuerzo y tesón por quienes creían en este proyecto.

La cooperación internacional como camino para solidificarse

Cuando Elsa y José Luis contrajeron matrimonio en el año 1980, lo hicieron en la sede de Benposta, vestidos con trajes típicos de Colombia. Elsa ingresó en los primeros años de la organización, cuando apenas era una joven muchacha, empezando primero a relacionarse con el proyecto para, más tarde, hacer lo mismo con el que hoy es su Presidente. Fue un día muy especial y bonito pues les acompañaron no sólo las familias de sangre sino también la afectiva de por vida: la benposteña.

El cura Silva veía en Colombia la proyección de los ideales de Benposta ya que la realidad demandaba permanentemente respuestas. Aunque la sede de Ourense era un referente, la realidad colombiana y las condiciones socio-familiares de los niños y niñas que ingresaban exigían cambios que, aunque no afectaban a los ideales de Benposta, rompían de alguna forma con la “tradicción” institucional. Ello generó tensiones con el padre Silva que siempre que podía viajaba a Colombia. Temas como la relación con las agencias de cooperación, el trabajo con las familias y las comunidades, entre otros, generaban debates internos que ayudaron a consolidar la identidad de Benposta en Colombia. “Lo peor que nos puede pasar es confundir los medios con los fines. Por ejemplo, la finca fue un medio, el circo fue un medio, el coro también. El fin es toda la reivindicación política e ideológica, toda la apuesta pedagógica y constructiva de los NNA. Y es que a veces, lamentablemente, en las organizaciones esto se pierde y lo que es la metodología y la estrategia se convierten en un fin en

sí mismo”, dice Pequeno para sus adentros, sabiendo perfectamente cuáles han sido sus cometidos con y para Benposta.

Y ello, tener claro el camino a seguir en función de los fines y metas, ha sido una de las herramientas más válidas para que Benposta sea reconocida, no sólo entre aquellos que formaron parte de alguna de sus sedes y que hoy día se consideran “benposteñ@s” y expanden sus ideales por todas las latitudes, sino también entre personas ajenas y organizaciones simpatizantes. Las redes sociales han servido, en los actuales mundos modernos de interconectividad instantánea, para unir a personas ligadas a Benposta que están esparcidas por los cuatro puntos cardinales, quienes no dudan en comentar todo aquello que se publica sobre Benposta.

Un día José Luis recibió desde España un correo en que lo invitaban para ser incluido en una lista que seleccionaría a cien españoles que “construyen patria fuera de sus fronteras”. Aunque al principio tuvo reticencia por el tinte político que ello podría tener, aceptó la convocatoria al ver que compartiría páginas con personajes de gran calado como el director de cine Pedro Almodóvar, la Alcaldesa de París, Anne Hidalgo, Miriam González Durántez-abogada en Londres y esposa del parlamentario inglés Nick Clegg-, el tenor Plácido Domingo, así como muchos cooperantes y misioneros que trabajan en distintos lugares del mundo. Su perfil fue seleccionado por el jurado y en un acto muy emotivo, realizado en Madrid, se hizo reconocimiento público a los “100 españoles” con la entrega de una placa y un libro que incluye la foto y perfil de cada uno.

En la página 66 de este libro que se presenta en pastas duras y con fotografías en blanco y negro, aparece José Luis Campo Rodicio contando su experiencia de vida con la *Nación de Muchach@s* a ambos lados del Atlántico; ese surco de historias unidas por un

mismo océano. Aunque orgulloso por su trayectoria y porque desde España se reconozca la labor emprendida con tanto esfuerzo y compromiso, prefiere que sea homenajeada Benposta, no su persona, guardándose los méritos para sus adentros y convencido de que el reconocimiento final es para todas las personas, pequeñas y grandes, que han pasado por este proyecto.

Así lo dejó claro en la tierra que le vio crecer, ésa cuyo río Sil riega en trazados fluviales la “Ribeira Sacra” gallega, dibujando zigzagueante un surco de agua que embellece todo el valle con un sibilino paso, que embruja a quien lo observa. En un acto de conmemoración de las Letras Gallegas, el Concello le hizo un homenaje, Pequeno insistió una vez más en que todo el reconocimiento es para Benposta, no para él.

La figura del Cura Silva, quien falleció en Ourense hace cinco años, está muy presente en la vida de Pequeno y de Benposta Colombia. Un mural en el centro de la sede, con su fotografía y mensaje, es un recordatorio permanente para los niños, niñas, adolescentes, jóvenes y adultos que forman parte de la familia benposteña. “Para mí el Cura ha sido siempre un referente de vida y de compromiso. La última vez que lo vi fue en la sede orensana de Benposta, sentado en una silla de ruedas con incapacidad total para comunicarse y moverse debido a un derrame cerebral, aunque mantenía la lucidez y el espíritu luchador que siempre lo caracterizó”, explica Pequeno con cariño.

Cuando José Luis se enteró del fallecimiento del Padre Silva, a través de una llamada de teléfono, no pudo contener el llanto. En seguida reunió a la comunidad de Benposta para rendir un fraterno y caluroso homenaje al que había sido su guía espiritual y compañero de lucha. Aunque no se pudo despedir personalmente de él porque le fue imposible viajar de manera exprés hasta Ourense para estar en el funeral, el Cura siempre está presente

en la vida de Pequeno, y siempre se ofrece su imagen y voz para cualquier acto o aniversario que realice Benposta.

Y es que la vida sigue y el legado que les dejó el sacerdote ahora lo han tomado las niñas, niños y adolescentes que han ido pasando por Benposta a lo largo de estos sesenta años, donde la población más joven ha sido la protagonista en la búsqueda de que sus derechos como sujetos activos sean reconocidos, defendidos y ejercidos.



Un proyecto de vida sin punto final

No duda de que la familia sea bien importante para el proceso por el que pasan los chicos y las chicas en *Benposta Nación de Muchach@s*. Su acompañamiento es fundamental para el desarrollo de los jóvenes, la Nación de *Muchach@s* es la encargada de insistir a padres y madres sobre el acompañamiento a sus hijos residentes en el centro o, al menos, llamarles por teléfono si las distancias no permiten un contacto físico permanente. “El hecho de que la familia pueda venir, saber dónde están sus hijos, reconocer el espacio, conocer a las personas con las que ellos se relacionan, tener claridad sobre los procesos que hacen..., les da una perspectiva distinta y ayuda mucho al desarrollo de cada joven porque ven cómo su familia muestra interés y por cómo están aprendiendo. Cuando conocen el proceso y a las personas que los acompañan, las relaciones son muy diferentes”.

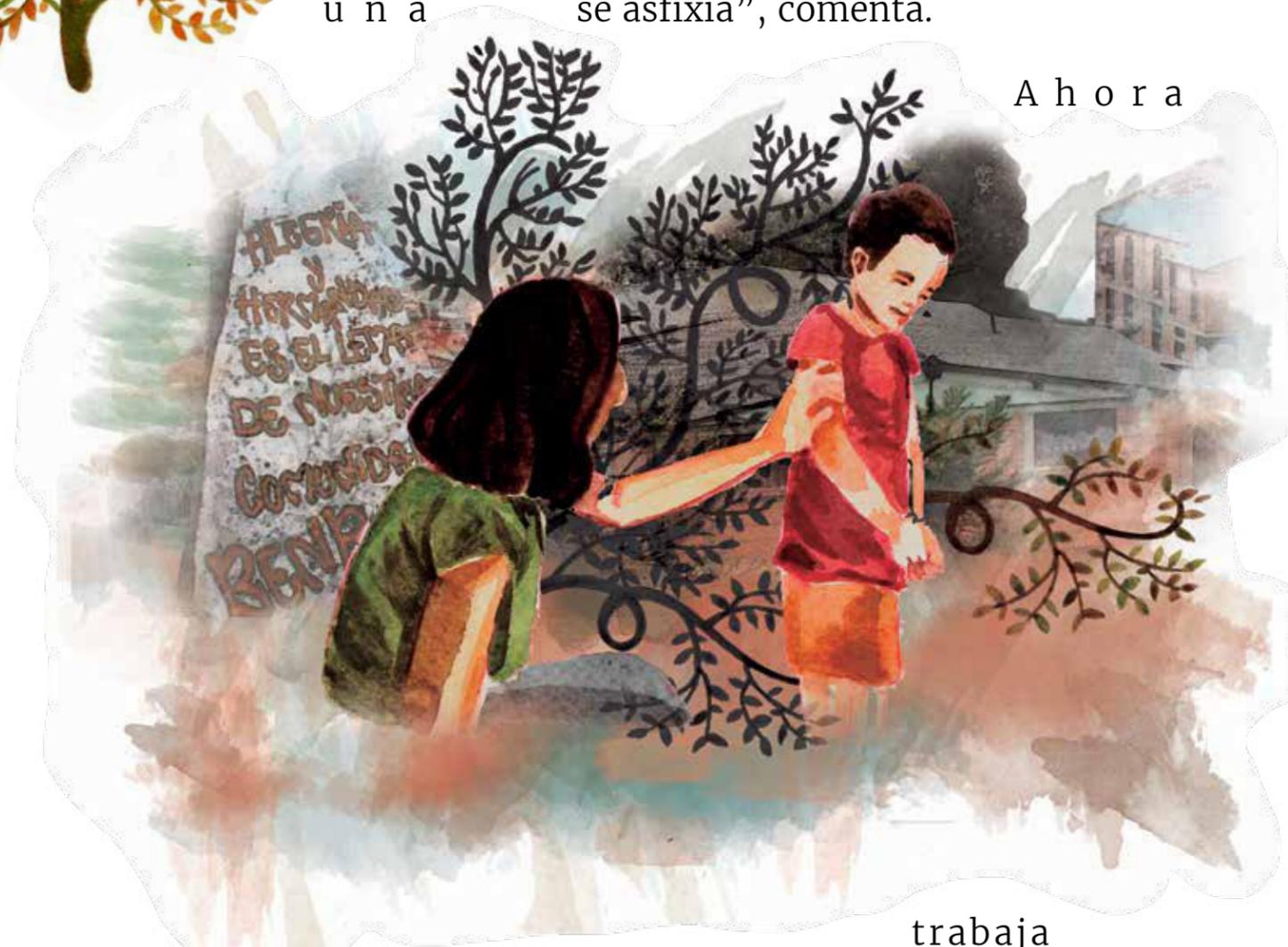
María López es la psicóloga de Benposta y habla desde su propia experiencia. Ella hizo parte de este proceso hace muchos años y por ello sabe que el acompañamiento familiar es uno de los pilares que sustenta a los chicos y a las chicas que han de separarse de sus familias por centenares de kilómetros y aprender de dinámicas nuevas, distintas a las que desarrollaban en sus casas.

María entró en Benposta con doce años de edad hace ahora unos treinta. Su mamá, cabeza de hogar y con ocho niños “a cuesta”, no podía hacer frente a la educación ni a las necesidades particulares de cada uno de sus pequeños, por lo que esta mujer de voz dulce y templada decidió formar parte de este centro sin saber que se convertiría en su proyecto de vida.

María estuvo unos quince años pasando por todos los cargos de responsabilidad que se establecen en Benposta, tuvo a sus dos



hijos ahí y decidió no salir nunca, aunque asegura haber pasado por “dos crisis” en las que tuvo que marcharse del centro durante un tiempo para cambiar de aires y respirar otros rumbos. “Pero luego siempre regresaba”, asegura riéndose, dando a entender la relación tan profunda que se establece con Benposta, pero teniendo claro que es fundamental buscarse espacios propios e individuales en un hogar tan comunitario. “Es necesario salir fuera a estudiar, tener otras relaciones distintas, moverse por otros lugares, porque si no u n a se asfixia”, comenta.



como psicóloga y su oficina se sitúa nada más entrar a Benposta, a la derecha, en una puerta roja con un letrero de colores que siempre está abierta, incluso cuando hace mucho frío. “Son políticas de Benposta”, dice mientras se frota las manos antes de sujetar una taza de té bien humeante. Se nota la diferencia de temperatura con respecto a Bogotá por las alturas del cerro oriental donde se localiza esta *Nación de Muchach@s*.

A esta colorida oficina acuden los chicos y las chicas cuando tienen algún problema que ni por sí solos ni en comunidad pueden resolver. Ella también se encarga de acompañar los procesos de integración en la comunidad para los recién llegados, así como de su bienestar psicológico ante la resolución de situaciones que les generan conflictos. Junto con la trabajadora social, velan por el cuidado emocional de los jóvenes y son quienes intermedian cuando hay situaciones que les impide avanzar.

María vive en el centro junto a sus dos hijos, sale todos los días al acabar su jornada laboral hacia Bogotá porque está estudiando un máster en psicología clínica, ya que está empeñada en seguir avanzando en su carrera con el fin de beneficiar con mejores recursos a la juventud para la que trabaja.

La pre-entrevista

Joven de doce años, alegre, dispuesto a colaborar. Se define como un chico amable, sincero y reservado con sus cosas personales. Su rendimiento académico en los últimos semestres ha sido medio, aunque muestra disposición para superar sus resultados formativos. El joven ingresó a Benposta porque alcanzó a estar vinculado en el frente 22 de las FARC.

Ésta podría ser parte de la descripción de cualquiera de los muchachos que recibe Benposta, este recuento se recibe a través de

una ficha de riesgo que les envía una organización que conoce la situación del NNA. Con este primer paso, Benposta verifica los datos familiares y se pone en contacto directamente con la familia para que den cuenta real de lo que sucede. “Para nosotros es importante que el niño o la niña quiera ingresar en la comunidad por su propia voluntad, no que esté engañado o persuadido para ello. Nuestro primer papel es que el niño o la niña quiera estar acá”, explica María con detalle.

En la primera toma de contacto o pre-entrevista les interesa saber el contexto del joven, si consume drogas, cómo es su relación con la familia, si va a la escuela, cómo son sus relaciones en la calle... “Todo ello nos ayuda a conocer las características particulares del chico para ver si desde Benposta podemos responder a la situación que se nos presenta, porque nosotros no tenemos programas especializados para abordar problemas de consumo u otra problemática, por ejemplo”, dice María dejando claro desde dónde trabajan.

Asimismo, en ese primer encuentro lo que se pretende es dar a conocer al joven qué es Benposta y cómo funciona, dónde está situado, qué responsabilidades tendría, cómo es convivir en comunidad y bajo un autogobierno, el clima que hay en el cerro donde se encuentra el centro... “Porque muchas veces hay chicos, especialmente los de mayor edad, que piensan que venir a Bogotá es un sueño, lo idealizan mucho y cuando llegan el impacto es muy fuerte. A muchos jóvenes les da duro el hecho de que tengan que hacerse ellos mismos las camas, lavarse la ropa o entrar en la dinámica comunitaria, puesto que han vivido sin normas, sin adultos que les dijeran lo que tenían que hacer o directamente desobedeciéndoles. Normalmente, sus mamás eran quienes hacían todas las labores de la casa y aquí han de aprender casi de cero algunas tareas domésticas básicas”.

Apoyo comunitario

La mayoría de jóvenes que viven en Benposta proceden de contextos difíciles. Ya sea por dificultades económicas, por vivir en lugares de conflicto, por sufrir amenazas de distintos grupos armados ilegales o por pasar demasiado tiempo en la calle, sin expectativas juveniles ni de futuro. María considera que muchas de estas situaciones están relacionadas con el ambiente familiar y con el propio conflicto social y armado de Colombia.

La mayoría de jóvenes proceden del Catatumbo, del Norte de Santander, del Cauca, del Meta y de Buenaventura, justo los puntos calientes de Colombia donde existe guerrilla y donde se ha acrecentado la presencia paramilitar. Debido a estos contextos, muchos jóvenes que entran a Benposta son tímidos, cabizbajos, sin autoestima o no reconocen sus sentimientos, lo que dificulta mucho la adaptación e integración en la comunidad. Aunque el resto de jóvenes intentan que esto no ocurra, puesto que todo el mundo ha tenido que pasar por los mismos males que los nuevos y el apoyo comunitario es algo vital para que los recién llegados se adapten rápido a la nueva situación, no es tan fácil en algunos casos.

Desde que un joven entra a Benposta queda de puertas afuera todo lo que le ha marcado socialmente, sobre todo el carácter de víctima. A través de las metodologías y la pedagogía del centro, los jóvenes van adquiriendo una serie de destrezas y habilidades que no sabían que tenían. Poco a poco se convierten en jóvenes más abiertos, más comprometidos, más participativos, más dialogantes y llegan a ser líderes del resto. “Y eso se refleja en lo académico y en la comunidad, en su proyecto de vida”, asegura con orgullo esta psicóloga de ojos castaños y voz suave. Por ello el sentido comunitario en Benposta es tan importante, porque a través de él se ayuda a fomentar la personalidad y la autoestima

los chicos, desde una visión diferente, ya no de víctimas sino de protagonistas.

María destaca el trabajo que se realiza con las niñas, algo que admira de forma particular porque ve en ellas una proyección a nivel familiar y social de todo lo que puedan aprender en Benposta. Muchas de las chicas que han pasado por esta Nación ahora son lideresas de sus comunidades, son mujeres empoderadas y autónomas que toman decisiones y eso es un ejemplo a seguir para las generaciones que la siguen y con las que se relacionan.

El trabajo con las chicas también consiste en que entre ellas se generen grupos “aunque eso es muy difícil” por las rivalidades, envidias y enfrentamientos femeninos que la sociedad ha interpuesto siempre entre las féminas para evitar su poder como grupo cohesionado. “Por lo general, las chicas han acabado estudiando o metiéndose en procesos sociales. Algunas han tenido sus hijos, pero hasta ese hecho es diferente porque adquieren mayor compromiso con la educación de sus pequeños”, cuenta María con satisfacción, sabiendo el papel importante que las mujeres juegan en la sociedad y en un país como Colombia, donde la paz sin ellas no será posible.

Cuando María rememora su pasado, cuando era una joven como a las que ahora atiende y acompaña, se alegra por las diferencias que separan al Benposta de hace treinta años y al que es hoy. En la actualidad, el centro se preocupa mucho de que todas las necesidades básicas de los jóvenes estén cubiertas: alimentación, materiales escolares, uniforme... O de que el acompañamiento familiar sea una política interna. “En mi época perdimos mucho el contacto con la familia, por ejemplo”, se lamenta, recordando la incapacidad de su mamá para atender a todos sus hijos como se merecían.

Pero esta benpostea, a la que la palabra “gracias” no le gusta mucho por las connotaciones de caridad que puede suscitar, se alegra

de que exista este centro convertido en hogar para muchas niñas y niños con dificultades distintas y problemas vinculados al contexto social y político colombiano. “Si no hubiera un Benposta habría que inventarlo”, dice, sabiendo que para ella no sólo ha sido el lugar que la ayudó a salir de una situación familiar difícil, sino que ha sido su proyecto de vida, al que por ahora no le encuentra ningún punto final.

El alcalde no quiere dejar de ser niño

Daniel es un joven muy tranquilo. El timbre de su voz no cambia demasiado ni aunque esté enojado, siempre procura mantener la calma y el temple. Su suave pero firme carácter le otorga una brillante forma de solventar las situaciones más conflictivas que acontecen en *Benposta Nación de Muchach@s*. “Para ser alcalde o alcaldesa en este centro se requiere eso: ejercer control de todo lo que acontezca y ayudar a quien lo necesite”, explica convencido de la importancia de las formas ante el importante papel que representa para el resto de chicas y chicos. Suspira cuando se le pregunta por el número de tareas a las que se dedica como alcalde porque hasta él ha perdido la cuenta de todas ellas. Pero no le importa, le gusta ocupar ese cargo y lo hace con orgullo y cariño.

Daniel llegó hace cinco años por causas del conflicto paramilitar que existía en Guapi, en el departamento del Cauca, su localidad natal. Desde bien pequeño tuvo que hacer favores y recados a grupos armados (paramilitares), porque no le quedaba más remedio, hasta que consiguió salir primero hacia Cali y luego a Bogotá. No se arrepiente de haber dejado su territorio porque ha logrado que Benposta sea su otra casa y familia. Al Cauca regresa en vacaciones, tiempo suficiente para saborear y sentir los aromas y los colores del Pacífico que tanto le caracterizan en su forma de ser. Pero quiere seguir estudiando en Bogotá, a pesar de añorar la cultura de su tierra.

Amante de los deportes, le gustaría entrar en una escuela de fútbol o enseñar en un futuro educación física a jóvenes como él, pero mientras eso queda aún lejos Daniel lidera una reunión de la Junta de Gobierno de Benposta, cuando acabe organizará la cena para que a nadie le falte comida, después resolverá las demandas de algunos de los muchachos que le han pedido ayuda durante la tarde... Y así pasan los días, a los que le parece que le faltan horas para rematarlos, acorde a todas las necesidades que se presentan en la *Nación de Muchach@s*.

Sentado en el mismo banco en el que se despidió de su mamá cuando entró a Benposta, Daniel recuerda cómo ha evolucionado y crecido durante todo este tiempo, gracias a los aprendizajes de la comunidad benpostea; ahora se siente fuerte y sabe perfectamente lo que quiere.

¿En qué consiste una Junta de Gobierno en Benposta?

La Junta de Gobierno se encarga de hacer cumplir las normas del centro, de organizar las actividades, de dirigir, de formar y transformar para que todas las personas cumplan con el autogobierno estipulado. Dentro de la Junta hay seis delegaciones: higiene y salud, cultura, recreación y deporte, estudios, mantenimiento, alimentación, espíritu ciudadano y armonía y convivencia.

¿Cómo te resultó al principio adaptarte a estas dinámicas y formas de organizarse al principio?

Al principio fue algo muy duro porque uno no estaba acostumbrado a que un niño tres o cuatro años menor que yo me mandase lo que tenía que hacer. Pero en eso consiste el autogobierno, en que no importa la edad para tomar decisiones y en que éstas se toman en grupo. Estamos acostumbrados a que socialmente nos dirijan la vida, pero aquí no, tienes que participar y ser activo.

¿Qué es lo que más te gusta y lo que menos de ser alcalde en Benposta?

Lo que más es que tengo una responsabilidad importante aquí. Me he ido formando desde que llegué y todo el mundo aspira a ser alcalde de la comunidad. Soy como un líder.

Lo que menos es que todas las responsabilidades caen en mí. Y Benposta tiene muchas responsabilidades. Por ejemplo, que hay reuniones y todos tienen que participar, que para los nuevos hay que paciente y ayudarles, encargarte de que en cada distrito las cosas funcionen bien...

¿Qué importancia tiene para esta Nación de Muchach@s el trabajo comunitario?

Es lo que le identifica prácticamente. La sociedad trabaja sola, nosotros aquí trabajamos unidos, todos vivimos y convivimos a diario en el colegio, en los distritos... Todos opinamos, participamos, nadie es cuestionado si habla. A veces hay debates sobre las formas de pensar de los jóvenes.

¿Antes de venir a Benposta tenías el sentido de comunidad?

No. Y yo le agradezco mucho a Benposta porque he aprendido mucho y me he educado, he tenido la formación que siempre quise tener. Aquí tengo una educación más digna, más humana, de que soy persona y que me van a tratar como lo que soy.

¿Cómo era tu vida antes?

Mi vida era muy complicada, era muy pobre. Los 25 de diciembre, los días en que las mamás compran ropa a sus pelaos, yo no tenía eso. Siempre andaba con una pantaloneta y unas chanclas. Luego fui creciendo y empecé a ganarme la vida por mí mismo, trabajaba pero no me estaba formando. Y aquí aprendí muchas cosas, incluso algunas que no sabía que existían. Cuando llegué aquí no sabía cómo coger un computador, cómo prenderlo, cómo

manejar un celular, cómo hablar, cómo interactuar con otras personas, cómo dirigir a un grupo...

¿Por qué viniste a Benposta?

Mi familia ha sido muy pobre pero ese no fue el motivo de que yo esté aquí, sino por los problemas que teníamos con los “paracos” en Guapi. Cuando nos desplazamos de Guapi a Cali en el año 2011, el gobierno nos ayudó durante tres meses, pero luego nos dejó solos. En ese momento mi familia, formada por tíos, primos, sobrinos, hermanos y mi abuela, se pensó volver porque en Cali no podíamos subsistir, pero yo no podía regresar a mi tierra porque tenía problemas con los paracos; mis hermanos y mi mamá sí podían, y, además, en ese tiempo estaban matando a mucha gente vinculada con los paracos.

Yo no fui miembro de ellos, pero participaba con ellos, les hacía mandados, les compraba vicio, les llevaba cilindros, que son como pipas de gas para explotarlas como morteros... Me utilizaban para eso y no podía decir que no.

Una noche fueron a mi casa a buscarme, pero como no estaba y la casa era de madera la desbarataron. A veces, también llevaban armas para guardarlas en mi casa. Estuve como tres años en esta situación.

Lo que hacen estos grupos es que empiezan a captar a los pelaos jovencitos para que les hagan recados porque un niño podía entrar con una bomba en un morral y nadie sospechaba nada. A varios amigos les estallaron bombas y murieron por eso. Ahora los pelaos son una amenaza porque son atrapados por los paramilitares y la gente lo sabe. Incluso requisan a los menores.

En mi barrio había mucho peligro, se escuchaba cómo la gente gritaba cuando entraban a sus casas, cuando les desplazaban... Y uno no podía hablar nunca.

¿En qué momento decides venir a Benposta?

Una amiga de la familia, Adriana, que trabajaba con la iglesia y nos ayudaba, se enteró de que existía Benposta y fue por ella que vine.

¿Cómo recuerdas tu primer día aquí?

Uy, nunca me voy a olvidar de eso. Llegué con mi mamá, estuvimos en la cafetería y luego yo me fui a danzas y mi mamá se fue. Yo me eché a llorar y siempre me sentaba en esta silla que estamos ahora a llorar. Ahí venía la trabajadora social a hablar conmigo...

Tenía muchos problemas cuando llegué, especialmente de desaseo, mi cama olía fea. Uno allá (de donde venía), no le importaba eso. Y las niñas me odiaban, pero poco a poco fui cambiando y logré hacerme con el corazón de todos hasta que me votaron de alcalde. He progresado mucho.

¿Te imaginas volviendo a Guapi?

Yo puedo ir a Guapi pero no a vivir. En Guapi hubo una revolución contra los paracos hace años, entre personas cansadas de ellos, incluso hicieron una lista en la que mi nombre salió, y algunas de las personas acusadas fueron a la cárcel.

¿Cómo te ves en unos años?

Bueno, yo estoy ya en once y al año que viene voy a la Universidad. Pero antes me gustaría probar a entrar en una escuela de fútbol, porque me gusta mucho el deporte; si no lo consigo, entraría a estudiar Educación Física, para ser profesor. Me gustaría quedarme en Benposta e ir a la universidad en Bogotá.

Y es que eso brinda Benposta, que prosperemos, que tengamos metas en la vida, que no todo se resuelve mediante golpes, sino que existe el diálogo, la escucha, la comunicación...

Imagina que tienes a otros chicos delante que no conocen Benposta pero que sería su salida de escape a una situación complicada parecida a la tuya, ¿qué les dirías sobre lo que es y significa este centro?

Les diría que empiecen a vivir la vida y que Benposta es un buen lugar para empezar a ver eso y a formarse como personas. También, que nunca dejen de ser niños, así tengan cuarenta años.



Antonio, político como su padre

- A: “Para el martes, cocina, Che Guevara”.
- B: “José Manuel”.
- A: “Ah, no, qué pena, para el martes Juventud”.
- C: “Entonces, Ana”.

Esta es una conversación usual los domingos por la noche, cuando los diputados y diputadas de Benposta se reúnen en el Club, una sala en la parte más alta del centro, junto con la sala de recreo, la de informática y algunas oficinas, para hacer el reparto de tareas semanales. Aunque pareciera un diálogo incomprensible para quien no está dentro de esta *Nación de Muchach@s*, ellos se entienden perfectamente e incluso las miradas sirven para comunicarse.

Cada distrito (actualmente hay cinco), dos de chicas y tres de chicos, tiene su diputado o diputada responsable, quien se encarga de tener todo controlado y en orden: las camas hechas, el cuarto limpio, que se cumplan los horarios establecidos, que no haya conflictos... Suelen ser los mayores quienes ocupan este cargo dentro del sistema de autogobierno de Benposta y quienes deben ser ejemplo para los más pequeños y los nuevos que entran.

La reunión de diputados y diputadas sirve para organizar las tareas para la semana que entra: la cocina, las aduanas (las puertas de entrada que hay en el centro), la panadería (en Benposta los muchachos se hacen su propio pan), pelar papas y yuca, limpiar del centro... Cada quien tiene siempre una responsabilidad que se va rotando en función de los días, las tareas y los distritos. Cada diputada o diputado tiene escrito el nombre de las personas que forman sus distritos, van hacia adelante y hacia atrás buscando

en sus cuadernos los listados de quién tiene el turno para ese día y para esa tarea, mientras el responsable de la reunión va nombrando el distrito, el día de la semana y la tarea correspondiente. El fin es que nadie duplique deberes ni responsabilidades.

Antonio es quien dirige esta reunión. Tiene una pose seria porque sabe que representa un cargo importante en la comunidad, es la mano derecha del Alcalde, y como tal, ha de ser ejemplo para el resto de niños y niñas. Es quien, en un cuadrante, va organizando las responsabilidades de cada distrito según los días de la semana, mientras el resto de diputados y diputadas le van diciendo qué persona es la encargada de hacer tal cosa, en función de las actividades que tenga para esa jornada.

Antonio lleva ya cuatro años en *Benposta Nación de Muchach@s* y uno ocupando este cargo político. Dice sentirse muy a gusto y contento por su trabajo y considera “ser una persona de respeto”. Entre la repentina oscuridad en la que se queda el Club donde se reúnen y que anuncia el fin de la tarde de un domingo tranquilo, asegura sonriente, que coger un micrófono en asambleas y dialogar por asuntos de la comunidad le apasiona. Cuando era más pequeño le gustaba ver los canales de televisión del congreso y del Senado, nada de dibujos animados ni películas de entretenimiento a primera hora de la mañana. A él le atraían las discusiones políticas sobre leyes, reglamentos y mandatos en pro de la mejor convivencia en Colombia, especialmente aquella que vincula a los pueblos indígenas, porque él forma parte de uno. “Incluso, en algunas ocasiones, era muy fan de algunos políticos,” dice fascinado por un mundo que le atrajo desde bien joven.

Cree que este talante público y político lo ha heredado de su papá, un hombre a quien mató la guerrilla cuando se estaba posicionando para alcalde. Su liderazgo era una amenaza para el grupo guerrillero que ocupaba la zona porque tenía talante y un

gran número de personas detrás que apoyaban su lucha como indígena. Por ello, Antonio no duda en querer estudiar Ciencias Políticas cuando acabe el colegio y poder llegar a ser aquello que a su papá le negaron hace ahora unos tres años.

La pronta muerte de su padre fue el motivo por el que tuvo que salir de su departamento, el Cauca, y venirse a Benposta. Su familia sufrió amenazas y decidió que era mejor que el chico estuviera en la *Nación de Muchach@s* de Bogotá, donde pudiera recibir una educación tranquilamente, sin miedo a ser agredido por ningún actor armado ni a acabar como su padre.

Sus inicios aquí no los recuerda con temor ni vergüenza, sino con entusiasmo, a diferencia de otros jóvenes a quienes “les da duro” al principio –dice–; Le sorprendió la forma de autogobierno por la que es característico Benposta, pero en seguida “se amañó”¹¹ porque la política y la toma de decisiones siempre le habían apasionado. Asegura que le gusta todo de Benposta: lo mejor, las nuevas miradas que le aportan para poder cambiar el rumbo con el que vienen cuando llegan al centro, como esta reunión, donde son sujetos activos, responsables de decidir quién hace qué a lo largo de la semana y donde se les valora como jóvenes que están aprendiendo y creciendo en comunidad.

Sabe perfectamente que su punto de vista y visión, –de caucaño y con raíces indígenas–, no es el único enfoque que hay que tener en cuenta, a la hora de tomar una decisión o de cuestionar un comportamiento. “En Benposta aprendemos a apreciar las diferencias porque somos muchos chicos de distintos lugares del país y procedemos de muchas culturas”, asegura con una madurez muy clara en una conversación muy adulta. Es por ello que en la reunión escucha a todo el grupo, e incluso, se pone serio para llamar la atención a alguien que no está atendiendo o

que se ríe por cualquier cosa. Antonio asume su cargo con mucha responsabilidad.

Y a la vez que cada diputado y diputada toma decisiones, mañana les tocará pelar papas, o estar pendientes para que en la cocina no falte nada, o pasarse casi todo un día en la aduana para recibir o despedir a quien entre y salga por las puertas de Benposta, como hacen el resto de jóvenes que no ocupan cargos de responsabilidad. Es decir, representan puestos dentro de las dinámicas del autogobierno del centro, pero, de igual modo, tienen una serie de responsabilidades diarias con las que seguir dando ejemplo a los chiquitos que, con sus decisiones y formas de hacer, construyen cada día esta *Nación de Muchach@s*.



11 Sinónimo de adaptarse a un ambiente o a una situación nueva.

La vuelta al mundo de Ana

El banco donde Ana descansa mientras vigila la aduana de la puerta principal de Benposta tiene mucho simbolismo para ella. Hace ahora tres años, estaba acomodada en él junto a su papá y su abuelita, mientras trataban de convencerla que se quedara en el centro. Su vida, ligada a las malas compañías y al maltrato familiar, era motivo suficiente para visitar la *Nación de Muchach@s*, a la que sus progenitores le habían llevado sin ella saber nada. Pero Ana no se sentía segura de querer quedarse y regresó a su casa confusa y pensativa. Duró así cinco días, hasta que, al final, decidió unirse a la comunidad benposteña.

Hoy, sentada en ese mismo banco de madera donde le hablaron de Benposta la primera vez, situado frente a la puerta principal que da a la Avenida Circunvalar que cruza los cerros Orientales de la capital colombiana, y dando la espalda de la monumental Bogotá, es otra chica distinta a la que, en su día, entró por esas grandes puertas y se alegra mucho de haber tomado aquella importante decisión.

Ana cuida hoy la aduana principal del centro. Pasa el día entero vigilando la puerta y atendiendo a quien entra o sale si necesitan ayuda. Es una política más de Benposta: “servir a quien atraviesa sus puertas”, explica con una voz tímida y una mirada profunda de iris azul cielo. Ataviada de unos *jeans* y una cazadora de tela que la aísla del inoportuno frío que hoy desprende el cerro, la joven parece levitar en el pequeño banco mientras se atusa un mechón de su cabello con las dos manos, esperando a que su jornada tranquila de aduanera se vea interrumpida por alguien que la aclame en algún momento, aunque “hoy no ha entrado nadie”, dice con cara de aburrida. Le acompaña la novela “La vuelta al mundo en ochenta días”, de Julio Verne, que han de leerse para la clase de Literatura del colegio, pero hasta ahora permanece

cerrado junto a ella, en el banco, y paciente de que Ana la abra para viajar con ella.

Se la siente joven e inocente aunque ha vivido muchas cosas. Su pasado está marcado por la violencia y la desobediencia juvenil y su voz de niña engaña cuando empieza a describirte su pasado y sus *desórdenes sociales*. Su familia tampoco la ha ayudado mucho, según explica, sufriendo abandono y palizas por nada, que la han convertido en una mujer solitaria a la par que independiente. Ella se muestra convencida de que su historia la ha hecho más fuerte. “Agradezco ser una niña sola durante toda la vida porque siempre he dicho que las personas mimadas, las que tienen a su papá y mamá todo el tiempo, no prosperan mucho porque lo han tenido todo. Pero una persona sola aprende a madurar más rápido, es más independiente”, explica convencida de que su situación personal le ha servido para algo. Quizás por ello, Ana ha aprendido a no mantenerse callada como lo hacía antes, lo que le ha ayudado para que su papá no vuelva a ponerla una mano encima. Supone que él también ha cambiado y que la distancia y el no verse todos los días, han hecho que la situación sea diferente para ambos.

Habla de su padre sin rencor. Procura no pensar mucho en las palizas que le dio, en las veces que la ridiculizó delante de sus amigas o en las señales que aún conserva en sus piernas, tatuadas para siempre. Explica algunas de estas situaciones violentas con detalle porque su mente y su cuerpo no olvidan el dolor, aunque su tono de voz no varía, no se exalta, no aclama justicia. Es como si por todo lo que antes pasó se quedase justo a las puertas que hoy vigila como aduanera, se asomara por algún hueco de la entrada pero nunca la atravesara. Y ella en Benposta se siente bien, contenta y mucho más empoderada.

“Aunque, bueno, aquí la vida tampoco es fácil”, cuenta mientras se levanta de vez en cuando a abrir o cerrar la puerta que

custodia dándole a un botón. La convivencia con las otras chicas no siempre es la deseada. Las envidias y los rencores salen a la luz en forma de bromas malintencionadas, chismorreos o bulos que provocan daño. Normal entre jóvenes que se ven sujetas a un mismo espacio y cuyas hormonas adolescentes influyen para establecer las relaciones de poder y de control en los distintos ambientes, aunque el autogobierno y el trabajo en comunidad intenta contrarrestarlas. “Yo confío más en un hombre que en una mujer”, dice Ana, afectada por lo sufrido con sus compañeras durante los tres años en Benposta y cerciorando cómo la sociedad enseña e inculca una lucha ficticia entre mujeres con la intención de romper el poderoso tejido femenino.

A Ana le gusta liderar y ha pasado de ser diputada, responsable de distrito, miembro de la Junta de Gobierno para ser ahora acompañante de las niñas. Le gustaría ser en un futuro mantenedora, que es quien se encarga de casi todas las responsabilidades de cada distrito –los espacios compartidos por las niñas y los niños en función de su edad y del tiempo que llevan en el centro– “y es como si fuera la mamá de todas”, comenta, pero duda de poder compaginar bien tales responsabilidades con el estudio que espera comenzar algún día. Quiere dedicarse al trabajo social y “poder ayudar a otras personas”, exclama, no sin antes dejar claro el bagaje que durante estos tres años Benposta le está aportando.

...

Ana, con sus ojos claros y voz canela, ha estado en Suiza, Suecia y Alemania representando a Benposta y los derechos de los niños y niñas en Colombia. Su entusiasmo por los derechos humanos la ha llevado en numerosos talleres y encuentros donde aprende y descubre lo que significa la justicia social. Con ésas viajó a Europa, junto con otro chico de Cartagena quince días en enero

de 2014, dando su particular vuelta al mundo como *Phileas Fogg*, el protagonista de la novela que la acompaña. Allí compartió por distintos escenarios, lo que el Gobierno estaba haciendo en materia de nuestros derechos, lo que supuso contar con una agenda muy apretada que no les permitió “ni un rato para pasear por las lindas ciudades europeas”, se sonríe al decirlo, aunque siente orgullo al recordar esta etapa de su vida como joven empoderada.

“Fuimos a colegios, a reuniones, a embajadas... y recuerdo que el aeropuerto de Madrid me gustó muchísimo, es enorme”, agrega como anécdota mientras hace un paréntesis entre las cuestiones más formales de ese viaje y justo antes de levantarse para abrir de nuevo la puerta.

...

Sin apenas darnos cuenta llega la hora del almuerzo, momento esperado para dejar la aduana e ir al comedor. Marisa, otra de las niñas de Benposta que está en la misma clase de Ana, la visita y la cuenta lo que han hecho hoy en la hora de Literatura. Con ojos gigantes y azotando la mano derecha de arriba abajo del puro asombro, le dice que Luis, otro de sus compañeros, ha sacado un diez en la evaluación del libro “La vuelta al mundo en ochenta días”, el mismo que Ana guarda en el banco de madera y que hoy no ha degustado. Pero Marisa, recordando las preguntas trabajadas durante la mañana, le dice que no se preocupe, que no es una prueba difícil y que ella también podrá sacar una buena nota si se lo propone.

Las dos amigas ríen y con rugidos que desprenden sus barrigas se dirigen a llenar sus estómagos al comedor. Unos retazos de sol por fin saludan en lo alto del cielo, avisando que ya es la una de la tarde y que, sin quererlo, los días pasan fugaces en esta Nación, mientras la vida de est@s muchach@s va girando hacia una intencionada transformación.

El aparato digestivo en plastilina

La pequeña Rosa tiene nueve años y va vestida hoy del color de su nombre. Lleva ropa cómoda adornada de dibujos de Disney para corretear por Benposta. A pesar del frío del cerro, ella no parece sentirlo porque no lleva calcetines, las zapatillas son finas como para tierra caliente y, de vez en cuando, se le ve un trozo de barriguita que se asoma por debajo de la camiseta blanca, saludando a los vientos que van y vienen por el cerro.

Rosa saluda con una sonrisa enorme a Laura, la nueva voluntaria alemana que acoge Benposta durante seis meses para que aporte su bagaje a la comunidad como cualquier otra persona y, además, le sirve para interactuar con las muchas realidades de Colombia. Las dos se abrazan como si hiciera mucho que no se vieran y se acomodan en una de las mesas de madera que hay frente a la pista de fútbol, en mitad de la Nación de Muchach@s, desde donde observan cómo esquivar la pelota con la que juegan unos muchachos en la pista, si acaso es lanzada hacia ellas. Rosa está contenta, gesticula todo el rato y no para de charlar. Aprovecha la confidencialidad de la joven muchacha alemana quien aún lleva poco tiempo en el centro y también anda adaptándose a la comunidad benpostea, para decirle que va mal en clase.

- “¿Pero cómo así?”, le pregunta con intriga la joven extranjera.
 - “¡Me da pereza hacer las tareas y empiezo a ir retrasada!”, explica Rosa agarrándose la camiseta blanca que lleva puesta y retorciéndola de abajo arriba en un gesto entre vergüenza y desgana.

Le han pedido hacer el sistema digestivo en plastilina para una asignatura y no sabe cómo hacerlo. Laura, que aún se dedica a observar, decide orientar a Rosa con un pequeño guiño, dicién-

dola que deje que su imaginación viaje sin que el resultado de lo que haga sea idéntico a la realidad. No sabe exactamente cómo es el aparato digestivo de las personas, aunque le suena que hay muchos intestinos juntos y apelotonados por nuestras tripas y cree que son rojos, pero no para de repetir que ella no sabe.

- “Sí que sabes, Rosa, ¿cómo te imaginas que pueda ser esa parte que tenemos?”, le pregunta Laura.

- “¡Ay, no sé!”, y de nuevo se ríe avergonzada, mientras mueve sus manos por la barriga con la intención de meterse en sus adentros e indagar por dónde pasa su digestión.

- “Bueno, deja que viaje tu imaginación y usa la plastilina para aflorar lo que creas que es el aparato digestivo, no tienes por qué hacer algo idéntico a la realidad”, le sugiere Laura con la intención de quitarle el agobio que tiene encima pero, sobre todo, explicándole que lo mejor es que use su creatividad para aprender.

...

Rosa es de Cajicá, una ciudad cercana al norte de Bogotá, situada en la sabana centro del departamento de Cundinamarca. Añora estar en su casa pero sobre todo a su mamá que, según cuenta con rapidez como si le faltara el aire, no la presta mucha atención y cuando va a visitarla a Benposta sólo se queda unos minutos, “siempre va con prisas”, se lamenta. Su mamá ha sufrido violencia machista por parte de su papá, quien la pegaba duro en la casa. Ahora ella dice muy convencida que “cuando mi madre me pegue, es porque quiere enseñarme bien”.

Laura se queda estupefacta por tal afirmación en boca de una niña tan chiquita quien aún tiene que descubrir la vida. Se le ensanchan los ojos de asombro y un escalofrío le recorre el cuerpo, dejándola paralizada durante unos segundos, traga saliva con esfuerzo y cuando logra volver en sí, le dice con mucha delicadeza que no, que es justo al revés, que pegar y hacer daño físico y

psicológico es lo contrario a enseñar nada, que el cariño y el amor son los caminos para educar y aprender. Ahora es Rosa la que se queda estupefacta, mientras Laura se pregunta en silencio de qué manera habrá aprendido la pequeña Rosa tal confusión.

De repente, la niña cambia de tema con otra de sus sonrisas, como para olvidar este paréntesis que ha querido compartir y que le ha servido para aprender algo nuevo en el día, y empieza a preguntar a la exótica Laura que con su acento, sus aires europeos y su forma de vestir causa sensación en la comunidad.

- “¿Cuántos años tienes?”.
- “¿Tienes hijos?”.
- “¿Dónde vives?”.
- “¿Cuánto tiempo llevas en Colombia? ¿Te gusta?”.
- “¿Cuánto se tarda en ir a Alemania?”.

Es todo lo que quiere saber por ahora...

Laura le aclara todas sus dudas en una conversación que bien podría parecer la de dos personas adultas para, enseguida, volver a escucharla a ella. Ya no indaga más en lo personal sino que prefiere deleitar a Laura cantándole algunas canciones que dice haber escrito. La pequeña Rosa asegura que escribir letras de canciones y hacer ejercicios de matemáticas son dos cosas que le gustan mucho, así que Laura la invita a que le tararee alguna para ver su arte espontáneo y de niña.

Pero las letras cuentan historias de mayores, en concreto canta una que habla del amor de un hombre hacia una mujer que no se corresponde con una edad de nueve años pero que, en realidad, dice mucho más de lo que sabe porque seguro -se confirma Laura para sí- lo ha aprendido en su casa.

- “¡Rosa, tienes que ir a la cocina, te toca servir!”, le grita otra niña que se acerca a donde está para avisarle que ha llegado el momento de zanzar la conversación y de despertarla del deleite musical en el que se habían sumergido.

Ella, sin pensárselo, se levanta de un salto y se despide de su amiga Laura con un “hasta luego”, convencida de que se verán de nuevo a lo largo del día y de que seguirán esta charla en la que se han permitido conocerse un poco más.

- “¡Mucho ánimo con el aparato digestivo, Rosa, seguro que harás un trabajo muy chévere, tan sólo déjate guiar por lo que creas, haz caso a tu imaginación!”, le susurra Laura antes de que se marche corriendo a sus quehaceres benposteos, mientras la niña le responde con una gran sonrisa, que ya es como un signo de identidad en su jovencísimo rostro.

Rosa no ha perdido la inocencia ni la niñez como los dibujos Disney que hoy lleva en su ropa. Se la ve disfrutar en Benposta y se la siente feliz con las otras niñas de su edad y tamaño con quien suele jugar y corretear por el centro, aunque le dé pereza hacer las tareas del colegio, aunque no sepa muy bien cómo ilustrar en plastilina el aparato digestivo y a pesar de que a su corta edad, ya haya aprendido cosas de mayores que no le corresponden.

“¡Qué bueno que viva en Benposta!”, exclama Laura para sus adentros, comprendiendo cada vez más, la importancia de este centro para quienes han sufrido, por razones varias, la violencia intrafamiliar y social en un país en el que la paz es aún una palabra lejana y un concepto difícil de digerir, ni aun teniendo intestinos hechos a base de plastilina.

El conflicto como oportunidad de transformación

El día en que el Gobierno de Juan Manuel Santos y las FARC-EP lucían impecables camisas blancas por televisión, al estilo cubano, y se rodeaban de altas personalidades venidas de otras latitudes para dar cuenta de la firma del fin del conflicto armado en Colombia, las chicas y los chicos de Benposta andaban distraídos y revoltosos. Para ell@s era un día más en la *Nación de Muchach@s*, donde llega poco el ruido de la monumental ciudad de Bogotá que se observa a los pies del cerro oriental donde se sitúa este centro. A pesar del momento histórico que estaba viviendo el país ese jueves 23 de junio, retransmitido desde La Habana, y la alegría que inundaba las calles del centro de Bogotá y de otras ciudades que celebraban tan importante acontecimiento con silueta de paz, los chicos parecían distraídos en sus quehaceres cotidianos de limpieza y organización.

Para cada uno de los Benpostañ@s, las vacaciones marcaban el ritmo de sus vidas. Era un día más, grisáceo y fresco entre los veintiuno que tenían de descanso para aquellos que, por distancia y otros inconvenientes, no habían podido ir a sus casas de origen a pasar las tres semanas libres, a diferencia de quienes sí pudieron hacerlo por ser de lugares cercanos a Bogotá.

Así que, como en cada jornada, Antonio, David, Elena, Juan Luis, Jairo, Anna, Leticia y otros tantos jóvenes benposteos se ocupaban de las responsabilidades que les tocaban hasta llegar la hora del taller que tenían programado para ese día. Nadie sabía muy bien de qué ni para qué era la actividad, pero igualmente tod@s se plantaron a la hora citada después de cumplir con sus tareas de limpieza que cada dos días realizan en los periodos de vacaciones. Las chicas ultimaban los arreglos en sus habitaciones

y baños, enjabonando suelos y ventanas. Los chicos, terminaban de adecuar la cocina y las zonas verdes del centro para que su aspecto conservara la limpieza y el orden que caracterizan a Benposta incluso en periodo estival y de descanso.

El goteo de jóvenes iba haciendo su entrada en el teatro de Benposta, donde iba a tener lugar la actividad que duraría hasta la hora del almuerzo. Dos chicas se adelantan para ayudar a la facilitadora que iba a impartir el taller y entre las tres adecuaron la parte baja del enorme teatro con un círculo de treinta y dos sillas blancas para los jóvenes que se disponían pasar una mañana de juego y distensión.

Las paredes hormigonadas y el eco del salón, hacían del lugar un espacio frío y distante para lo que la facilitadora pretendía durante esa mañana, el grupo era muy amplio y afuera empezaba a lloviznar, por lo que se hizo lo posible para convertirlo en una sala cómoda y familiar. Una música africana de tambores suaves alegraba el ambiente, dándole ritmo y armonía mientras las caras de los que



iban llegando y que daban forma al círculo de sillas, insinuaban sorpresa al no entender muy bien qué iba a pasar.

Ni siquiera la facilitadora sabía con certeza lo que podía acontecer, a pesar de haber preparado con ilusión y voluntad una serie de juegos y dinámicas creativas para, no sólo pasar un buen rato, sino para hacer reflexionar a las chicas y los chicos sobre la importancia del trabajo en equipo, el afecto entre las personas más cercanas y el peligro de la individualidad y la competencia.

Durante esta mañana no había normas, aunque sí se requería un cierto orden. Tampoco había Junta de Gobierno y cada quien dejaba sus responsabilidades tras la puerta por donde entraron, en la calle, con el fin de que todos fuéramos iguales, sin distinción de cargos ni mandos. La idea era crear un ambiente relajado, distendido, amable, sin tensiones, aunque la teoría fue mucho más fácil que la práctica.

Cuando la ristra de juegos comenzó a dar rienda suelta por el espacio, el grupo parecía descontrolado y nervioso a la vez. Un griterío inundó el teatro, que con el eco del imponente edificio lo convertían en algo más grande y grave, dificultando el diálogo de la facilitadora, quien se había propuesto, precisamente, todo lo contrario: generar un ambiente tranquilo, silencioso, de respiración interna y casi meditación. Al menos ésa era la idea.

Pero no, imposible, los adolescentes tienen demasiada energía para gastar y ni la voz de la joven, que se vio obligada a subirla en unos cuantos decibelios, fue suficiente para calmar al grupo. Algo normal, por otro lado, teniendo en cuenta el espacio, el momento y el colectivo que era. Además de que trabajar la parte interna, emocional y afectiva entre los adolescentes es un reto casi imposible marcado por la atolondrada edad que les caracteriza.

...

“Me siento aburrido, sin ganas de hacer nada”, decía uno de los jóvenes al principio de este encuentro, cuando la facilitadora dispuso el corro de sillas blancas antes de empezar a jugar. La idea era indagar en sus sentires, en cómo se encontraban justo en ese momento, qué esperaban del taller y qué creían que harían. Al principio cuesta soltar lo que cada quien tiene dentro, pero una vez se lanza alguien, es mucho más fácil para quienes acostumbran a practicar la timidez en los espacios colectivos. La confianza es esencial para que esto ocurra y este grupo la tenía.

En Benposta no sólo viven para alejarse de sus realidades y contextos, la mayoría vinculados al conflicto armado y social colombiano, sino que conviven y aprenden valores como el respeto, la igualdad, la fraternidad, el aprecio... Así sea que cada quien vea la realidad a su manera y guarde para sus adentros historias feas, oscuras y crueles, en este centro todo el mundo aprende a convivir mirando en el otro y la otra, valorando el trabajo en equipo y la importancia de la construcción colectiva.

Para ello es esencial la creatividad y la libertad para que cada quien la explote a su manera. Es importante que haya espacios sin tiempo estructurado, sin reglas, para darles la oportunidad de experimentar su mundo interno y externo; de esa manera aprenden a comprometerse con ell@s mism@s y con el entorno, a imaginar, inventar y crear. Y este taller era, precisamente para eso.

...

“¡Aquí, aquí!”, gritaban dos compañeros entre un griterío ensordecedor a una de las niñas que buscaba desorientada una “casa” para habitarla. Era el juego del “inquilino” donde por tríos tenían que formar casas: dos personas hacían de la estructura y otra

más era quien la habitaba. El nerviosismo siempre se apodera de quienes participan de este juego. La única clave es poner atención a cuáles de las tres palabras mágicas se dicen: “casa”, “inquinno” o “terremoto”, porque cada una significa una cosa diferente a la hora de deshacer y rehacer las estructuras hogareñas de esta dinámica y que cada quien vaya cambiando de rol. Lo más importante de este juego es que nadie pierde ni gana, tan sólo se busca la diversión, la alegría y la amistad. Y se consigue. Tanto que nadie quería dejar de jugar a pesar de que ya llevaban veinte minutos sin parar de revolotear por el amplio espacio del teatro de Benposta. “¡No, juguemos otra!”, decían cuando se les avisaba de que sería la última ronda mientras ponían cara de lástima para camelar a la facilitadora.

Lo mismo pasó cuando se ambientó el espacio como si fuera un programa de televisión donde cinco grupos formaban distintos equipos que se bautizaron con nombres extraños, con el fin de competir en un juego de formar familias de palabras. Cada grupo supo ponerse en el papel de competidor frente al resto de los equipos, aunque hubo quien no sabía aceptar muy bien el que perdieran o el que no consiguieran hacer la familia de palabras acorde a los tiempos y normas del concurso.

Uno de los grupos supo coordinarse perfectamente y fomentar el trabajo en equipo entre los seis integrantes que lo formaban, aunque sus palabras no eran las más idóneas para cada ristra de familias. Ello hizo que finalmente ganaran el juego porque en cada partida se animaban, gritaban, se abrazaban y cuando se les concedía el punto merecido si ganaban, armaban una algarabía fruto de la felicidad colectiva. Pero esto no ocurrió en todos los equipos, e incluso, en alguno se fomentó lo contrario: sus integrantes se mostraban desinteresados y sin voluntad de cooperar por lo que poco a poco, fueron perdiendo la empatía con el juego,

la desilusión y la impotencia se apoderó del grupo, de manera que perdieron.

Cuando te comprometes y asumes ciertas situaciones, la comprensión de las cosas parece mucho mayor y de ahí que la práctica es, casi siempre, mejor que la teoría, más si ésta se realiza a través del juego y las dinámicas colectivas donde la imaginación y la creatividad son las protagonistas.

...

Tras el bullicio y las tensiones provocadas en la primera parte del taller, se quiso trabajar de una forma mucho más calmada las reflexiones que cada quien se llevaba de esta jornada distendida y dinámica. El espacio cambió, las sillas blancas que habían estado durante toda la mañana arrinconadas en los extremos de la sala, volvían a formar el círculo del principio, la música sonaba de nuevo más calmada y los silencios procuraron inundar el teatro. “Respirar, expirar” era la técnica para calmar el ambiente tras los momentos de movimiento y jolgorio colectivo. “Cierren los ojos”, decía ahora la facilitadora para crear un ambiente interno e íntimo mientras les hablaba despacio y con voz suave para ambientar el momento. “Exploren cómo se sienten, cómo se han sentido haciendo cada juego y dinámica, por qué se han sentido así, qué se han quedado sin decir o hacer y por qué...”, iba relatando la facilitadora mientras repetía que cerrasen los ojos a quienes les costaba hacerlo.

Se dice que después de la tormenta siempre llega la calma y esta última parte del día pretendía conseguir ese efecto tras una mañana llena de mucha energía y movimiento: reflexionar despacio y en silencio sobre lo realizado y aprendido a través del juego.

Aunque al principio nadie sabía muy bien para qué ni por qué se iba a realizar este taller, los resultados finales fueron muchos más

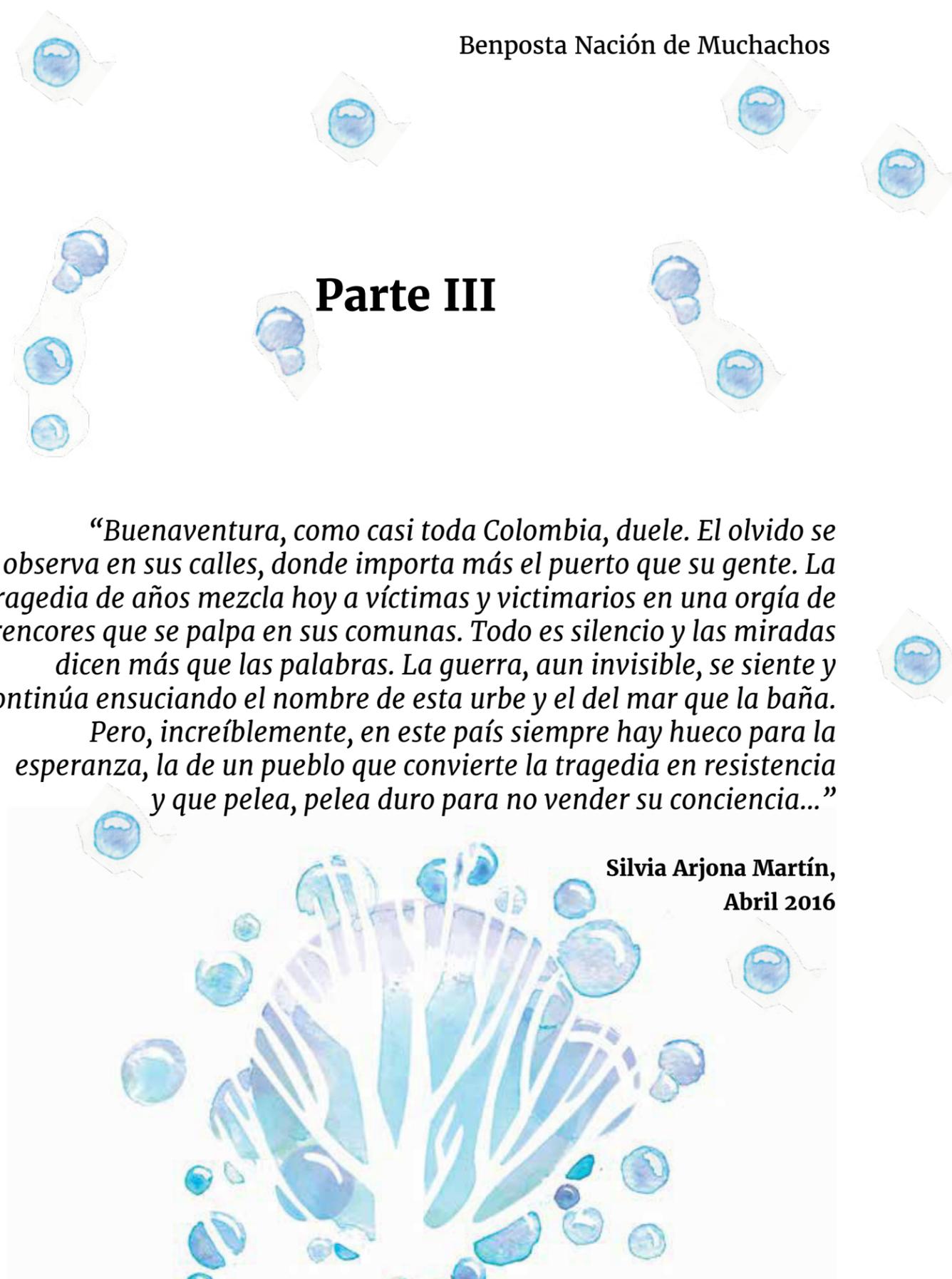
de los esperados. Incluso en los chicos más jóvenes del centro, a los que les cuesta pararse en silencio y recapacitar por lo hecho o experimentado, fue valioso todo lo que aportaron y aprendieron.

Cuidar y cuidarse. Comprender. Empatizar. Apoyar. Cooperar. Respetar. Amar. Todos estos verbos tuvieron cabida en las conclusiones de este encuentro aunque cada joven tenga un valor distinto a la hora de aplicarlas, cada una hizo mella en sus adentros y sirvieron para reflexionar sobre las formas de relacionarse con el resto de compañeros y compañeras de Benposta. Y sus maneras de resolver los conflictos, ya sean visibles o invisibles, es decir, aquellos que tienen que ver con la personalidad y la forma de ser de cada quien.

Y es que un conflicto no debe ser algo negativo, sino más bien “la oportunidad para la transformación, el aprendizaje, la creatividad y el fortalecimiento de las relaciones con los demás”¹². Tan sólo depende de qué formas tengamos para abordarlos para que se conviertan en una experiencia positiva o negativa para las personas que los afrontan. Y es ahí donde, sin ser totalmente explícito, este encuentro aparentemente sin sentido ahondaba y quería indagar en las pedagogías de paz que sirven para convertir las relaciones humanas en algo mucho más sano y pacificador.

A pesar de que las chicas y chicos de Benposta no se percatasen en ese momento de que se estaba firmando un acuerdo en La Habana entre el Gobierno de Santos y las FARC, estas pedagogías son el inicio de un trabajo más que necesario, si se pretende que Colombia se convierta, al fin, en un país bajo la estela de la paz con justicia social definitiva.

12 COALICO (2015), Encauzando ríos hacia la protección, p. 19.



Parte III

“Buenaventura, como casi toda Colombia, duele. El olvido se observa en sus calles, donde importa más el puerto que su gente. La tragedia de años mezcla hoy a víctimas y victimarios en una orgía de rencores que se palpa en sus comunas. Todo es silencio y las miradas dicen más que las palabras. La guerra, aun invisible, se siente y continúa ensuciando el nombre de esta urbe y el del mar que la baña. Pero, increíblemente, en este país siempre hay hueco para la esperanza, la de un pueblo que convierte la tragedia en resistencia y que pelea, pelea duro para no vender su conciencia...”

Silvia Arjona Martín,
Abril 2016

El oasis de la Buena Aventura

Los ancestros de John, Fernando y Elizabeth fueron esclavos. Llegaron a Buenaventura traídos por los colonos españoles, quienes tardaron en sentir esta zona portuaria como un pueblo, ya que para ellos era más bien un simple muelle adonde sólo llegaban barcos y salía mercancía. Corría finales del siglo XV y principios del XVI y el territorio colombiano estaba siendo explorado y explotado por *los forasteros* que, impresionados ante la diversidad de la naturaleza y la civilización que aquí habitaban, quisieron hacerse con todo lo que veían a su paso para apropiárselo.

Con el tiempo, esas primeras generaciones de población afrodescendientes que llegaron sometidos para servir y satisfacer a las élites de la época, se empezaron a instalar en la zona, encontrando en este lugar del Pacífico la posibilidad de reinventar su historia y de apropiarse del territorio.

Los esclavizados que fueron llevados a esa región por la fuerza para poder acceder al oro, tuvieron que hacer de la gran mina del Pacífico su casa y hallaron en ella mucho más que metales preciosos. Los esclavizados y sus descendientes crearon nuevas formas de apropiarse de la región y entenderla. Aprendieron no sólo métodos de minería sino también de agricultura, pesca y cacería. Conocieron todos sus rincones y los llenaron de significados.¹³

Estos nuevos pobladores se dedicaban a la agricultura, la pesca, la caza y la minería familiar y durante años tuvieron un sistema de compartimento y uso territorial que fue pasando de colonos a familias de ancestros esclavos. Hasta que llegó la Ley 70 de 1993, la cual reconocía la apropiación territorial de las comuni-

¹³ Leal, Claudia y Restrepo, Eduardo, 2003, página 18.

dades afrodescendientes que de manera colectiva habían ocupado la zona desde muchas generaciones atrás. Ya para entonces, el puerto de Buenaventura había adquirido movimiento de comerciantes y extranjeros venidos de todos los rincones del mundo, así como de campesinos que, atraídos por la ciudad, dejaron sus veredas y sus campos en las zonas rurales para empezar una nueva vida en lo urbano.

Ante esta situación, la isla del Cascajal, donde se sitúa Buenaventura, fue ampliándose debido a la llegada de la nueva gente y la presión para ganarle terreno al mar, por lo que muchos de los barrios que hoy hacen parte de la isla fueron levantados sobre relleno de basura, tierra y conchas, logrando que la baja mar se convierta en tierra firme¹⁴. Fue en estas zonas donde, a partir del año 2000, el conflicto armado azotó mucho más, convirtiendo estas barriadas costeras en campos de batalla, como ahora recuerdan John, Elizabeth y Fernando.

Hoy es día de hacer memoria

Han pasado dieciséis años de esa etapa violenta y estos tres miembros de la Casa Cultural del Pacífico Ilakir¹⁵ rememoran pequeños detalles de la vida cotidiana en el barrio San Francisco de Asís, en la Comuna 7 de Buenaventura. Afuera, el sol calienta a primera hora de la mañana de este día de abril y la brisa se mantiene perezosa desde bien temprano. Por la ventana por donde se ve la cancha de fútbol del barrio, separada por la reja grisácea que desde dentro de la casa de Elizabeth proporciona aparente seguridad, no pasa una pizca de aire que calme la humedad penetran-

¹⁴ Centro Nacional de Memoria Histórica (2015). Buenaventura: un puerto sin comunidad

¹⁵ La Casa Cultural del Pacífico Ilakir fue fundada en el barrio San Francisco de Asís, de la Comuna 7, por el sacerdote Ricardo Londoño hacia el año 2004. Ilakir es una palabra de origen africano que significa estrellas y su principal función era servir como entorno protector a niños, niñas y adolescentes que sufrían el conflicto armado en primera persona. A través de talleres educativos, lúdicos y formativos la casa Ilakir, constituida como asociación, ha formado a centenares de jóvenes de las distintas comunas de la ciudad en materias de Derechos Humanos, bailes y danzas tradicionales, apoyo escolar, manualidades y deporte, entre otras.

te del lugar. Un trapo hace las veces de abanico para ella mientras entra y sale de la cocina, pendiente de la comida que está en el fogón. Para Fernando, cualquier papel le sirve para mover el aire frente a su rostro; John, por el contrario, no manifiesta signos de agonía climática típicas de la costa y asegura con una sonrisa de suerte que nunca suda, mientras mira por encima de sus pequeñas gafas.

Jhon, Fernando y Elizabeth forman parte del “Equipo Técnico Local” contratado por Benposta para la coordinación y desarrollo del proyecto *Red de Entornos Protectores. Oportunidades de prevención y protección de niños, niñas y adolescentes en el marco del conflicto armado en Colombia*. Hoy es día de compras y van con algunas familias para adquirir aquellos artículos que necesitan de cara a mejorar las condiciones educativas y familiares de los niños y niñas que forman parte del proyecto. Pero antes charlan, con las palabras vistas al pasado, sobre las transformaciones en el barrio y en todo Buenaventura.

...

“Buenaventura antes era una ciudad próspera y de éxito, pero todo eso ha cambiado mucho. La gente vivía mucho mejor cuando el puerto no era privado, cuando era del Estado”. El año 1991 es una fecha clave en el contexto de Colombia y, por ende, en Buenaventura. Fue el tiempo de la Constitución llamada “de los Derechos Humanos”, durante el gobierno del liberal César Gaviria que implementó un ordenamiento que consideraba a Colombia una nación pluriétnica y pluricultural.

También era el periodo de la “apertura económica” y con ésas el puerto de Buenaventura, que era público, pasó a manos privadas (al igual que ocurrió con el resto de operaciones portuarias del país). La empresa Puertos de Colombia o Colpuertos, que había



traído gran desarrollo y bienestar a la zona, muy especialmente a las familias que trabajaban en esta empresa, se vio desmoronada por el afán desarrollista y de modernidad de la época. Se acercaba la globalización y con ello la privatización era casi natural.

Según la periodista María Elvira Bonilla, “la gran inversión de capital” en el puerto “contrasta con la aberrante miseria en que vive más del 90% de los 300.000 pobladores de Buenaventura. La modernización del negocio portuario que compite con los grandes puertos del mundo no se detiene, sin que aparezca la manera de drenarle algo de toda esta riqueza que genera el puerto al entorno social que lo rodea. Solo invierten en los muelles, de puertas para afuera no se ve un solo peso”¹⁶.

“A partir de este momento es cuando Buenaventura empieza a decaer”, explican los tres compañeros para contextualizar la llegada de la crisis, lo que se puede corroborar por el historial de

¹⁶ Portal Las2Orillas.co, 2014, 21 de abril, Los Verdaderos dueños de Buenaventura.

acontecimientos que hoy día, siguen marcando la vida de la ciudad, más volcada a su puerto que a su gente, sin que las autoridades locales ni el empresariado se comprometieran a transformar la grisácea realidad de esta urbe llamada de forma contradictoria: Buenaventura.

“Las entidades portuarias supuestamente tienen responsabilidades sociales, pero no se llevan a cabo”, dice John con indignación. “Por dicho puerto entra el 75% de las mercancías nacionales y hay proyectados otros cuatro más. La mano de obra en el puerto es casi regalada, hay contratos de tres a seis meses, con sueldos muy baratos a pesar de que son empleos cualificados. La mayoría de personas que trabajan ahí son de fuera. Ahora hay un gerente de aquí, pero todas las empresas y personal cualificado en el puerto vienen de fuera, no son de Buenaventura”, continúa John para darle paso a Elizabeth, quien se ha sentado un momento en el salón, mientras el fogón sigue haciendo su función en la cocina. “Aquí hay personal pero está formado por la señora que reparte el tinto, la que hace el aseo, el que reparte los bultos, el que abre y cierra la puerta, el de seguridad y algunos mandos medios; pero las personas cualificadas que ganan plata y están bien colocadas no son de aquí, y no porque no haya gente con las capacidades, las competencias y la formación, sino porque simplemente no quieren”.

Esta situación ocasionó que las relaciones que había antes entre el puerto y las personas de Buenaventura se rompieran de cajo, además de que ningún producto era transformado ya en la ciudad, ni ninguna empresa local se involucraba en las muchas y variadas actividades comerciales y económicas del muelle¹⁷. Asimismo, las diferencias entre trabajo cualificado, que venía de fuera, y no cualificado, ejercido por la población local, contrastaban de forma brutal, generando un racismo del que nadie que-

¹⁷ Salazar, Boris, 2007, pág. 20.

ría hablar. El programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), aseguraba en el año 2008, que Buenaventura generaba mucha más riqueza que la ciudad de Cali pero que la primera era dos veces más pobre que la segunda debido, en parte, a que el dinero que circula en Buenaventura se concentra en pocas manos y se gasta en círculos distintos al local¹⁸.

Y este contexto de desigualdad y discriminación fue el que generó el surgimiento, de bandas delincuenciales que después se convertirían en grupos armados ilegales y de narcotraficantes.

...

En aquella época Fernando, Elizabeth y John, eran jóvenes que vivían libres y sin mayores preocupaciones que las de disfrutar de su adolescencia. Recuerdan aquellos días felices y de jolgorio (adjetivos característicos de las tradiciones y la cultura afro), donde la calle forma parte del discurrir de la vida y el contacto con la comunidad, así como el comadreo frente a los escaparates de cada esquina, a cualquier hora del día y de la noche.

Durante los años de privatización del puerto y de creación de proyectos de expansión y modernización, los barrios de bajamar situados alrededor de la isla del Cascajal y en la zona continental empezaron a sufrir las consecuencias de la violencia. Primero, por las presiones de los empresarios e inversionistas que querían desalojar esos barrios para construir sus proyectos empresariales y turísticos; y segundo, por la llegada de los grupos armados ilegales que también deseaban adueñarse del territorio, para lo cual empezaron a amenazar, a cobrar impuestos, a extorsionar y a asesinar a quien no estaba de acuerdo con sus estrictas normas.

Todo ello hizo que muchos barrios quedasen deshabitados debido a los desplazamientos forzosos generados por la zozobra. “La

¹⁸ Centro Nacional de Memoria Histórica (2015). Buenaventura: un puerto sin comunidad. Pág. 58.

gente no comprendía por qué tanta violencia venida por todos lados, a pesar de que esos territorios eran ancestrales de las comunidades”, explica John con resignación, al recordar aquellos tenaces años mientras se deshace la coleta que le recoge el cabello largo y rizado que evidencia sus raíces afro. El contacto con el mar y con las tradiciones sociales, económicas y culturales se fue perdiendo, así como la movilidad que estas comunidades siempre habían tenido a raíz de que “el Terminal de Contenedores de Buenaventura, TCBUEN, empezó a controlar la costa donde antes la gente iba a pescar, instalando vigilantes de fuera para evitar el compadreo con la gente que quería pasar”, aclara Fernando.

Esta situación obligó a que miles de afrodescendientes se desplazaran desde la isla el Cascajal hacia las zonas más rurales de Buenaventura, lo que les impedía visitar diariamente el mar como antes. Y es que esta ciudad es tan alargada que se hace complicado acceder al océano si te sitúas en la parte más continental, debido a los trancones diarios que genera la actividad portuaria pero también al coste que se ha de pagar en transporte público de ida y vuelta.

“La pregunta es por qué encima de ser sectores pobres tenían que salir corriendo por ser expulsados”, se cuestiona ahora Fernando, mientras la conversación va adquiriendo un tono de irritación. “Primero pasaba el ejército, que no hacía nada, sólo tenía un papel de identificar el terreno y a la gente; y luego venían los paras o quien fuese para expulsarnos de la zona. Había muchos intereses económicos en la expansión portuaria”, dice en seguida Elizabeth. Y así, “en cosa de cinco años hubo calles enteras desocupadas y muertes sistemáticas, afectando a sectores donde la pobreza estaba muy marcada”.

“Así era la situación antes del año 2000”, relata Elizabeth, mientras la imaginación divaga por secuencias a modo de pelí-

cula. “Después del 2000 pasar por el barrio Lleras u otras zonas era un terror. A una le daba miedo montarse en un taxi porque a ver por dónde iba a pasar. Ya nadie se quedaba a charlar en las esquinas como antes, a pesar de que eso era una costumbre muy afro”, exclama esta joven que hoy ejerce como trabajadora social en el marco del proyecto.

Un entorno protector como oasis

La Casa Cultural del Pacífico – ILAKIR fue fundada por el sacerdote Ricardo Londoño hace ahora doce años. Algunos años antes y tras conocer el contexto de los barrios bonaverenses, decidió comprar un pequeño terreno, hacer una escuela comunitaria hacia el año 1998 y empezar a ofrecer talleres de danza y música gracias a pequeñas ayudas desinteresadas. Con el tiempo, el centro se convirtió en un lugar de reunión y aprendizaje para la gente joven del barrio donde no sólo abordar temas sobre Derechos Humanos y civismo comunitario, sino también, ser un lugar familiar de encuentro y cuidados para quienes sufrieran situaciones de violencia y discriminación vinculadas por el conflicto latente colombiano.

Ilakir pasó a ser así un entorno protector donde los jóvenes podían sentirse con seguridad y alejarse de los peligros que acechaban las calles, además de educarse y adquirir formación y distintas destrezas con las que sentirse útiles en la vida. Muchos de las y los chicos que pasaron por esta casa, se convertirían con los años en monitores de talleres y facilitadores de enseñanzas.

“La casa Ilakir es un espacio donde llegamos y estamos protegidos, donde no hay miedo, donde se generan relaciones que nos fortalecen y desde ahí lo hacemos colectivo. Permite desarrollarnos libremente sin la presión de lo que hay fuera”, explica John

sobre lo que para él es un espacio protector del que hoy forma parte.

Para Fernando, por su parte, “es un espacio de resistencia donde se hacen frente a las diferentes situaciones que ocasionan peligro y atentan a la vida. Es un espacio de autonomía, de autogestión, de autocuidado que permite potencializar capacidades, soñar, crear, construir...”, dice con entusiasmo para reafirmar su admiración por cómo un espacio protector está dentro de un lugar de conflicto y de vulnerabilidad como es la Comuna 7 de Buenaventura y cómo a partir de ahí, se puede crear y construir la idea de la autoprotección. “Eso es muy importante -dice- porque ayuda a que las niñas, niños y adolescentes se empoderen de sus procesos”.

...

El teléfono de Fernando suena por tercera vez en lo que llevan de mañana. Es la mamá de Aitana, una de las jóvenes de la Comuna 6 que está participando del proyecto con la que habían quedado para acompañarla a hacer las compras mensuales que forman parte del proyecto. Anda agitada porque la cita se retrasa y llama para confirmar si ha pasado algo.

- “¡No, ya vamos, casi estamos saliendo!” , le contesta Fernando algo nervioso. No le gusta hacer esperar.

Fernando es un joven psicólogo que se vinculó al proyecto desde el pasado mes de enero. Se le ve activo, jovial y siempre risueño. Es natural de Buenaventura y conoce el territorio casi como la palma de su mano, debido a que ha vivido en primera persona todo su contexto. Su papel a la hora de identificar a las chicas y chicos para formar parte del proyecto que Benposta implementa en las Comunas 6, 7 y 12, es fundamental. Junto con Elizabeth es quien habla con las familias, casa por casa, con paciencia, pues-



to que no todas quieren hablar, y es quien tras esas extensas charlas, establece quién puede o no ajustarse a las necesidades del programa, de cara a mejorar la calidad de vida de las y los jóvenes de cada casa.

Una vez identificados los NNA que se integran al proyecto se hace mucho énfasis en el aspecto nutricional y escolar. “Con la familia vamos mirando y negociando las otras necesidades que tienen los niños y niñas. Para los apoyos se habla con el padre o la madre de familia para ver las necesidades que tienen los NNA durante un mes y de acuerdo a eso, se procede a la compra de lo que necesiten”, aclara Fernando mientras enciende cada dos por tres su teléfono móvil para mirar la hora ya que no quiere retrasarse en la cita acordada con la mamá de Aitana.

...

A Aitana hoy le duele la cabeza. Revolotea con la mirada perdida entre el umbral de la casa, acompañada de otras jóvenes vecinas de su edad, mientras su madre la llama para que se acerque a donde está sentada, la toca suavemente la frente y



nota que está caliente. “¡Mija, descansa un poco antes de que te suba la fiebre!” le dice.

En la casa no tienen medicamentos para apaciguar el malestar de la muchacha que, aunque se queja poco, sería mejor quitarle los males cuanto antes. No quiere tumbarse en la cama que suele compartir con sus dos hermanos chiquitos porque le resulta incómoda. El lecho lo forma un fino colchón de esponja roído por una de las esquinas que se sobrepone en un somier que cojea por una de sus patas. La habitación no tiene ventanas y por el techo se le cuela la humedad del ambiente. Hay ropa sucia tirada en el piso, varios pares de zapatillas y algunos peluches viejos que aclaman con una mirada triste ser abrazados. En una de las paredes, la que hace de cabecera de la cama, hay pegado un poster de un muchacho joven, blanco y muy guapo, que a saber de dónde es, qué hace y qué pinta en esta casa. Parece haber sido arrancado de alguna revista de moda y adornado con corazones de colores brillantes a su alrededor que Aitana ha ido poniendo con mucho mimo, como si fuera un santo bendecido por la inocente imaginación juvenil.

La mamá de Aitana, María, agradece a Benposta y a Ilakir los apoyos recibidos durante estos tres primeros meses. Gracias a la ayuda económica que aporta el proyecto, la familia de esta mujer costeña, de carácter fuerte y arriesgado, sobrevive mucho mejor. Aitana y sus dos hermanos de cuatro y seis años van ahora al colegio con cuadernos, lápices de colores y una mochila elegida por ellos mismos. Se levantan con ímpetu cada mañana para ir juntos a la escuela, estudian con más entusiasmo y se divierten con sus amigos y amigas recorriendo los patios del centro durante las horas del recreo.

Aitana es una niña adulta. A sus recién cumplidos doce años, sabe atender la casa y a sus hermanos cuando su mamá ha de

salir desde bien temprano a vender pescado en alguna lonja improvisada con palos de madera que ella misma se fabricó, cerca del malecón de Buenaventura. Atender a dos pelaos chiquitos no es fácil cuando la comida escasea, aunque Aitana ha desarrollado mucho su imaginación para entretener a sus *dos juguetes* y hacerles olvidar el insoportable apetito que comienza a roerles el estómago a eso de las once de la mañana. Se nota que los ama.

Fernando y Elizabeth llegan apurados a la casa de María; el uno se seca el sudor de la frente con un pañuelo blanco mientras toma aire, tras el agitado camino hasta llegar, y la otra saluda a los chiquitos de la casa que saltan de alegría por la visita. María ya está preparada para salir con ambos a comprar lo que necesita para sus *chinos*, hoy se puso la camisa azul con la palabra “Fredoom” estampada en su pecho y que su difunto marido, víctima del conflicto bonaverense, le regaló el día de su 32 cumpleaños, el pantalón de hilo marrón claro que es fresco y los zapatos de tiras negras con hebillas doradas que la donó hace mucho una tía y que la hacen subir un poquito su estatura, estilizando su despampanante figura de mujer negra. “Somos pobres pero elegantes”, dice con una sonrisa de oreja a oreja, mientras va saliendo del umbral de su casa para encaminarse junto a Fernando y Elizabeth, hacia el centro de la ciudad en busca de las compras que necesitan sus hijos cual acontecimiento importante.

A Aitana parece que se le ha pasado el dolor de cabeza mientras observa, sentada en el umbral de su casa, cómo se aleja su madre con sus dos profes por el camino de tierra que va hasta la calle principal del barrio. Y mientras aúpa a sus dos hermanos chicos que revolotean a su vera, sus labios dibujan una sonrisilla de alegría que le ilumina la cara de medio enferma y piensa que hoy, después de mucho tiempo, sus hermanos y ella podrán comer algo rico y proteínico. “¡Mañana podré estudiar con ganas

y bailar con fuerzas en el grupo de danzas de la Casa de Ilakir!” , exclama feliz para sus adentros.

...

Los ancestros de John, Fernando y Elizabeth hoy estarían orgullosos de ellos. Han pasado muchos siglos y, aunque la situación en Buenaventura sigue padeciendo el lastre que dejó la colonización, sumado a otras circunstancias que la han convertido en la ciudad que hoy es, en pequeños rincones sobrevive la esperanza y la resistencia de quien está convencido en los cambios estructurales y de raíz. Aunque los tres miembros de Ilakir, le ponen toda su energía y voluntad, saben que mudar la realidad es algo lento, debido al daño profundo incrustado en las comunidades bonaverenses.

Confían en las generaciones venideras para que sigan cambiando el rumbo de las cosas, por lo que no se cansan en persistirles y guiarles por el buen camino de la vida. Esquivar las cosas *feas* que se mezclan en esta ciudad, no siempre es fácil y más, cuando la pobreza y las necesidades parecen perennes y sin voluntad de marcharse, pero “la esperanza es lo último que se pierde y hay que seguir motivándoles y motivándonos de que se puede conseguir un mundo diferente”, remata Elizabeth con mucha confianza, mientras John y Fernando la siguen en sus palabras con un movimiento afirmativo de cabeza.

Afuera, el calor sofocante del día empieza a ceder y la cancha de fútbol, que sigue intacta frente a la ventana, comienza a recibir a jóvenes que disparan pelotazos con sus piernas flacas hacia las improvisadas porterías de palos de madera sin red. Elizabeth, Fernando y John, impávidos ante los movimientos juveniles permanecen callados, miran entre las rejas y como sincronizados en

el pensamiento, susurran: “mejor disparar balones que armas de muerte, sangre y terror”.



Una ciudad abierta para la mercancía y cerrada para la gente

Ayer subí un pequeño vídeo a Facebook de “unos pelaos” bailando en la calle y en lugar de recibir “me gusta” y comentarios en mi muro, lo que conseguí fueron amenazas de un familiar de los chicos que se presentó en mi casa armado para indagar sobre el porqué de tal acto mientras conseguía meterme miedo. Su rostro parecía el de un bulldog a punto de atacar y su cuerpo, rígido como una tabla, mostraba aires de superioridad y poder, mucho poder.

La hija de María Elena es adolescente y como tal, usa las redes sociales para comunicarse con sus amigos y contar lo que ve y lo que siente. Jamás pensaría que provocaría tal revuelo con el simple hecho de subir un vídeo que ella misma grabó con su teléfono móvil y que le pareció gracioso de compartir: dos *peladitos*¹⁹ bailando amigablemente y abrazados en la puerta de su casa, en algún punto de la Comuna 12 de Buenaventura.

Este simple hecho, que podría parecer normal y cotidiano a cualquiera de los mortales, puede generar un conflicto profundo en el interior de una comuna bonaverense, tal y como cuenta María Elena, mientras retrata la ciudad donde vive y las situaciones incómodas de convivencia por las que muchas personas, incluida su familia, se han visto obligadas a desplazarse a otras zonas.

En lugar del diálogo y la comunicación, en Buenaventura lo que funcionan son la violencia, las amenazas, el miedo y las armas por hacer esto o aquello. Cualquier cosa es válida si molesta a los miembros de los grupos armados ilegales (paramilitares), que pululan por los barrios de las comunas: jóvenes casi preadolescen-

tes que por distintos motivos se unen a estos grupos haciéndose con el control de las calles y de la gente que intenta vivir en ellas. Por ello a Buenaventura no se le conoce tanto por sus afluentes acuíferos, por su biodiversidad costera o por sus zonas rurales, sino más bien, por los altos índices de criminalización y violencia que afectan, en su mayoría, a la población afrodescendiente.

De los ojos de María Elena corren lágrimas en cuanto se le pregunta por su vida. Pareciera que es mucho el sufrimiento guardado durante años y poco los espacios para soltarlo. Basta con un minuto de conversación para observar el dolor incrustado en esa piel tostada de mujer grande que ha parido a un buen puñado de jóvenes, de los cuales algunos comparten actividades lúdicas promovidas por el proyecto para promover el reconocimiento de los niños, niñas y jóvenes bonaverenses como sujetos sociales en una dinámica de restitución y vigencia de sus derechos fundamentales.

A María Elena no le cuesta mucho coger confianza para contar partes privadas de su vida. Los escasos momentos que tiene para ahogar sus penas en su día a día, hacen que se suelte nada más empezar esta conversación con la intención de *echar lo feo*, pero también de contextualizar su vida que, por fortuna, ya no se parece a los de años anteriores (allá por 2012), cuando la violencia y las amenazas eran constantes.

En esa época existían las fronteras invisibles, ésas que reducían a metros los kilómetros de las comunas y vertían miedo por todo el ambiente; funcionaban a merced de las normas no escritas de cada grupo armado ilegal que imponían su control y poder en un enfrentamiento de la ley del más fuerte y del “o estás conmigo o estás contra mí”. Las fronteras invisibles dividían los barrios y, con ello, la vida de los vecinos que se asomaban a las puertas de

¹⁹ En Colombia se usa el término “pelado” para referirse a niños pequeños que normalmente proceden de los sectores vulnerables.

sus casas a charlar durante el día. O familias que no podían verse con normalidad a pesar de vivir a dos cuadras²⁰.

A las seis de la tarde había toque de queda y todo el mundo se atrincheraba en su casa porque las amenazas de que “se iban a liar” eran alarmantes. Los grupos armados ilegales circulaban a sus anchas por los barrios, amedrentaban a quien se cruzase en su camino e intentaban sacar tajada: dos mil pesos, una cajetilla de tabaco, el kilo de arroz que alguien acababa de comprar para hacer la cena en su casa... Cualquiera cosa era buena para meter miedo y saber quién mandaba ahí. Incluso la policía pocas veces se acercaba en los momentos de las previsibles reyertas a pesar de conocer que esos enfrentamientos se iban a producir tal día y a tal hora. Su función era la de avisar antes de tiempo que la ciudadanía se recogiera en sus casas una vez cayese el sol, demostrando así, quién controlaba y mandaba en Buenaventura.

Pero “por suerte”, como dice María Elena, esto ya no existe y ahora los barrios se cruzan sin problema, aunque al hacerlo te sientas observado por miradas ocultas detrás de alguna cortina.

...

Mientras se seca las lágrimas que van disminuyendo con el relato, María reconoce el papel tan importante que viene desarrollando Ilakir en los barrios, una asociación que trabaja en actividades lúdicas y de entretenimiento, dirigidas a la juventud bonaverense, con el fin de que cuenten con otros espacios alejados del conflicto diario en el que están sumergidos, y con la que Benposta colabora a través del proyecto.

“Con Ilakir nuestros niños están ocupados en otras cosas más educativas y entretenidas que les aportan compañerismo, que les protegen de lo que hay en la calle y que les ayuda a reflexionar”, explica. Le gusta que su hija comparta espacio y actividades con

otros niños y niñas de otros barrios porque eso le da seguridad. “Ilakir les ayuda a conocerse más. Los jóvenes se vuelven amigos y ya pueden entrar a otras comunas gracias a esas amistades”, relata, notando la importancia que tiene esto para los padres y madres que saben que el ambiente juvenil no es el más óptimo en Buenaventura.

“Quien se mete en eso no tiene futuro”, se lamenta María Elena, refiriéndose con “eso” a los grupos vinculados con el paramilitarismo que se dedican al narcotráfico, la delincuencia y la violencia sistemática para conseguir sus fines. Pero la pregunta es, si ese futuro existe en Buenaventura, teniendo en cuenta que todos sus índices sobre precariedad social y violencia política van al alza, a pesar de ser una ciudad con uno de los principales puertos del mundo y de contemplar proyectos de “desarrollo” comerciales y empresariales muy importantes en torno a dicho puerto. Y es que “la zona insular está proyectada para ser un megaproyecto turístico y logístico portuario que requiere, para ser ejecutado, de la reubicación, desalojo y/o desplazamiento de toda la población afrodescendiente”²¹, lo cual se suma a los desplazamientos que ya vienen sufriendo debido al conflicto armado interno.

En este sentido, el futuro de Buenaventura para María Elena y su familia podría otearse incierto y gris, mientras que para los empresarios que controlan las mercancías del puerto o las obras de toda su ampliación lo sentirán próspero y exitoso, especialmente, para sus bolsillos. Son dos caras de una misma moneda que está acuñando en Buenaventura desde hace décadas, cuando la ciudad fue vendida a la lógica mercantilista sin el consentimiento de sus pobladores.

20 Se denomina “cuadra” al espacio lineal que abarca desde las dos esquinas formadas por la intersección de una calle con otra hasta las dos esquinas formadas por el próximo cruce.

21 Comisión Intereclesial Justicia y Paz y Mundubat (2015). Buenaventura, el despojo para la competitividad. Recuperado de: http://justiciaporcolombia.org/sites/justiciaporcolombia.org/files/informe_Buenaventura.pdf

Y mientras estaciudad costera se abre mucho más fácilmente a las mercancías y al capital financiero y se cierra a las personas y sus formas tradicionales de vida, María Elena seguirá apostando porque sus hijos vivan en una ciudad limpia de violencia en la que poder pasear con normalidad, cruzar comunas sin miedo y observar el futuro con esperanza y nuevos aires, como los que Ilakir, junto con los apoyos de Benposta, están implantando entre la juventud bonaverense.



La música como entorno protector en Buenaventura

Don Pacho sabe que la vida es corta y que *ese camino* no era el correcto. Lo que ha vivido en su barrio Juan XXIII, en la Comuna 7 de Buenaventura, le impactó tanto cuando era pequeño que desde entonces supo que ése no era el rumbo que quería tomar. “En mi barrio hubo muchos muertos y a los niños y niñas se les recluta para cuidar mercancías y drogas, convirtiéndoles así en uno de ellos”, dice mientras desgrana sin tapujos su historia de vida, en uno de los espacios de la Biblioteca de San Francisco de Asís, a donde acude diariamente a impartir talleres para todos los menores y jóvenes que quieran aprender de sus artes.

Se considera un joven (a pesar de su apodo: “Don”), es observador, reservado y ha preferido siempre ver, oír y callar. Quizás eso le “ha salvado” de no formar parte ahora de ningún grupo armado o delincuente de la ciudad. Aunque por vivir donde vivía, “de los barrios que salen del fondo, de la baja mar, de lo negativo que hubo en Buenaventura, de donde surgió la violencia en la ciudad”-como él lo describe-, ha sido discriminado por los compañeros del colegio al que iba, acusándole de ser el jefe porque “conocía a los malos y me decían que era de El Caguán”, otro barrio de la Comuna 7 en donde la gente que lo controla muestra rivalidades con quienes viven en San Francisco de Asís.

El Caguán era conocido por su violencia extrema. Don Pacho cuenta que cuando metían a la marea el chayo²² durante las salidas a buscar camarones con sus amigos sacaban huesos, ropa de policía, cabezas, manos... “Uno veía toda esa realidad porque en

²² Instrumento artesanal consistente en una varilla en forma de aro recubierta de una red para pescar jaiwas, camarones o cangrejos de mar.

el Caguán (que es prácticamente una entrada al manglar), mataban y descuartizaban a la gente y los tiraban al agua, metidos en bolsas de plástico con piedras para hundirlos para que no encontraran los cadáveres”, explica este muchacho fornido con cierta tranquilidad y normalidad a pesar de que la escena valdría para una película sanguinaria y de terror.

Y cierto, Don Pacho ha conocido desde bien pequeño a “los malos”, es decir, a las personas vinculadas con la parte cruel de Buenaventura: drogas, asesinatos, amenazas, casas de pique²³... Bien porque nació en medio del conflicto, aunque nunca formó parte del mismo, o bien porque tuvo amistades que sí estaban dentro. Para colmo, su hermana se enamoró de uno de los delincuentes más sangrientos que ha tenido la ciudad y con él y todo su entorno, la familia de Don Pacho tuvo que convivir durante años, a pesar de detestar esa situación.

De esa relación nació su sobrino, que ahora tiene seis años, y por ello la familia hizo todo lo posible para que la hermana de Don Pacho y el padre del niño no se fueran a vivir juntos. El precio que tuvieron que pagar fue que a la casa de los papás de Don Pacho llegaban todos los compañeros del Soldado (el apodo que recibía este hombre), armados hasta los dientes para enfrentarse con guerrilleros, policía, rateros, marihuaneros... “Mi casa era el epicentro de ellos porque mi cuñado llegaba ahí con todos sus amigos aunque nosotros no queríamos ni estábamos de acuerdo con eso. Pero teníamos que aceptarlo para que mi hermana no fuera a vivir con él”, explica Don Pacho sin orgullo ninguno.

Incluso un día, el Soldado metió una bomba en la casa de su pareja y madre de su hijo, “así tan cruel y malo era porque pensaba que íbamos en contra de él y decía que nos iba a matar a todos”,

explica para reafirmar que su cuñado consiguió meter el terror más grande que hubo en el barrio San Francisco.

La muerte del Soldado por parte de los mismos miembros de su grupo trajo alivio al barrio, como cuando el sol reluce tras una terrible tormenta y, aunque Don Pacho no lo celebre, se sintió mucho más seguro cuando su cuñado desapareció de su vida para siempre. Quizás por ello, ahora es él quien vela por el cuidado y la educación de su sobrino, quien le acompaña siempre en sus clases de danza y de música afrocolombiana. “Tiene la misma cara y el carácter de su padre, pero intento que no sea como él: cruel y salvaje para las personas que estuvimos cerca”, argumenta el tío orgulloso de que su sobrino siga sus pasos por el *camino del bien*. Y es que Don Pacho, como su padre, es profesor de artes musicales y enseña a los jóvenes de la asociación Ilakir desde hace unos ocho años.

...

Este arte vino por la educación recibida en casa y como alternativa al estudio tradicional en la escuela, algo que detestaba. Por el contrario, la participación y el activismo siempre le gustaron, y eso fue despertándole tanto, que ahora se ha convertido en una figura muy importante no sólo para la juventud de la Comuna 7 sino para los habitantes en general. Los papás y familiares de los NNA que acuden a sus talleres saben que Don Pacho les está aportando aprendizaje y sabiduría tradicional, que está contribuyendo al bienestar de todos.

Un griterío estridente y mucho jolgorio es lo que forman los pequeños a las puertas de la Biblioteca Municipal del barrio cada día que hay clase, donde aguardan impacientes a que dé comienzo la fiesta. Una fiesta dirigida por Don Pacho, que se suma a seguir los pasos que él dirige al ritmo de los tambores de madera y piel de vaca. Muchos de esos niños y niñas son hijos, sobrinos o

²³ Casas en donde se especulaba que se mutilaba a la gente, se torturaba y se asesinaba.

hermanos de paramilitares, quienes están agradecidos por lo que Don Pacho y el resto de personas que forman Ilakir realizan en la zona. “Estamos educándoles y formándoles para que no sean como ellos y ellas”, explica valorando su trabajo diario. Un trabajo que no queda solamente de puertas para adentro los días de clases de danza y música afrocolombiana, sino que continúa una vez sale a la calle.

Don Pacho y el resto de integrantes de Ilakir forman parte de los barrios donde trabajan, es por ello que sienten en la piel la problemática que les acarrea y quieren aportar mejoras desde su papel como facilitadores y educadores. A veces, Don Pacho acompaña a los niños hasta sus casas cuando acaban el taller para que los jóvenes no caminen solos por las calles de San Francisco, “aunque cada vez son más seguras”, dice, así aprovecha para ir a saludar a sus familiares y ver qué están haciendo. Es una forma de analizar también las realidades diarias de cada joven que forma parte de Ilakir, su entorno y entender su comportamiento y actitudes.

“También de hacer sentir al joven que estoy ahí para él, que le escucho y entiendo lo que me cuenta”, explica el profesor de danza con ternura y mucho aprecio por la juventud de su entorno. Y es que desde Ilakir se trabaja para “rescatar y proteger” a esos niños y niñas que están en riesgo de que se unan a los grupos armados ilegales, a la prostitución, a que sean violados o que se conviertan en violadores.



La Puerta Roja

El profesor de danzas y músicas tradicionales de Ilakir siempre ha estado acompañado de niños y niñas porque eso también le ha mantenido seguro en el barrio, especialmente en la época en la que las balaceras eran el pan de cada día. Era peligroso hacer el recorrido entre los barrios San Francisco de Asís y Juan XXIII, separados por una sola calle. Había que pasar por la famosa Puerta Roja, un lugar utilizado como casa de pique y que justamente hacía las veces de límite entre uno y otro barrio: a la derecha, según miras de frente la Puerta Roja, se sitúa San Francisco y a la izquierda Juan XXIII. Ahora este tramo está mucho más tranquilo, se puede cruzar con relativa normalidad aunque las famosas fronteras invisibles siguen incrustadas en el imaginario colectivo. “Pero si pasas con niños es diferente porque son los pequeños del barrio y ahí se respeta para no entrar en conflicto”, asegura Don Pacho, mientras paseamos por el lugar y va saludando a todo el mundo que se cruza por el camino.

Su papá fue una persona querida y respetada en la Comuna 7. Él se dedicaba también a la música y quizás por ello era amigo de los rateros, marihuaneros, periqueros y todos los drogadictos. “Mi papá era respetado como profesor porque él andaba con ‘los malos’, es un poco lo que hago yo en estos momentos, que no les rehúyo sino que me uno y les invito a que participen de las artes como una lucha buena”. Les habla como iguales y no les tiene miedo, incluso les invita a que cojan los palos y toquen los tambores cuando se acercan a la casa Ilakir, situada al lado de la Puerta Roja, asomándose con intriga y curiosidad. “Sé que esos jóvenes necesitan atención, apoyo, cambiar de mentalidad y de ambiente un momentico”, explica Don Pacho, conociendo perfectamente el terreno y sabiendo manejar las situaciones porque a veces es él quien saca los tambores a la calle para acercárselos a quienes les cuesta entrar a sus clases.



Pero Ilakir y sus facilitadores no pueden estar en todos los entornos sociales del barrio, aunque les gustaría, por falta de recursos y porque su función es acompañarles en determinadas facetas de la vida lúdica de la juventud bonaverense. Es por ello que este muchacho de piel color café cuenta con tristeza que en la actualidad existen unos quince niños que están vinculándose a grupos armados que los tienen haciendo mandados. “Llámense Urabeños, paramilitar o Empresa, da igual, van cambiando de nombre para despistar a la ciudadanía y mantener el terror en la comunidad”, explica con delicadeza.

Son niños entre diez y quince años que, incluso, quieren entrar en esos grupos que generan el conflicto en la ciudad “porque hay plata, mujeres y trago”. También hay seis niñas menores de edad embarazadas, incluso una de ellas estaba formándose en la casa de Ilakir. “Cuando salió fue cuando se quedó en estado y luego abortó”.

Don Pacho se frustra ante la activa vida nocturna de los jóvenes de la comuna. A esas horas no les falta la creatividad a base de alcohol, marihuana, cigarrillos y perico²⁴. Lo último es hacer una sustancia casera con *sprite*, vino, gaseosa, menta y pastillas de farmacia que tiene efectos alucinógenos y con los que aguantan toda la noche de fiesta. “No sabemos quiénes forman esos grupos pero en la red social Facebook, se ve cómo comparten fotos y quiénes están en esas farras²⁵”, dice con un poco de indignación ante sus ganas de transformar esta realidad de su ciudad y ante la falta de oportunidades que analiza en su discurso.

Don Pacho siente abandono por la institucionalidad, por el Estado y por el Gobierno. Considera que su ciudad está más volcada al puerto y a las mercancías que abastecen el país que a su gente y la siente “podrida”, un adjetivo que usa para definir no

sólo la falta de apoyo externa sino también la escasa implicación, unión y participación de la ciudadanía bonaverense para resolver sus propios problemas. Es cierto que el miedo es tan grande que se ha perdido el sentido de identidad comunitaria y colectiva, incluso como afrodescendientes, una cultura muy ligada a lo familiar, a la vecindad y al apoyo grupal.

Hace unos días hubo un intento policial para llevarse a un joven vinculado a los paramilitares, pero la comunidad salió a la calle a defenderlo hasta conseguir que no fuera encarcelado, algo que sorprende a este muchacho de fuertes rasgos faciales. “Si acaso me llevan a mí, que hago parte de la comunidad y participo formando los jóvenes, nadie hace nada por impedirlo y encima se preguntan: “qué será lo que habré hecho para que me lleven”, explica con resignación, dando a entender de qué lado está la gente en el barrio. Y es que “aquél que habla se muere, así de fácil”, por lo que apoyar a un paramilitar en el contexto de Buenaventura es una estrategia de supervivencia que ha conseguido borrar la unidad de toda una comunidad en favor del bien común.

Por suerte, este joven cuenta con herramientas con las que evadirse de estas situaciones que no consiente. Para él la música y la danza es su *espacio protector* donde encontrarse seguro y libre y con el que proteger a los niños y las niñas del ruido que les rodea en la zona. A través de estas artes Don Pacho se emociona, consigue exteriorizar sus sentimientos y goza, sabiendo que todo aprendizaje es fundamental pasarlo por el cuerpo.

“La música me sacó de un proceso negativo a otro positivo y por ello siento que estoy haciendo un buen papel a través del arte. Dicen que los afro tenemos la música en la sangre, yo no sé, lo único que intento plasmar es nuestra historia a través de la danza y la música y contarles a los muchachos la realidad de Buenaventura”.

24 El perico es el nombre que recibe la cocaína en algunas regiones de Colombia.

25 La palabra “farra” se utiliza en Colombia para hablar de “fiesta” de manera popular.

Para Don Pacho el sentido de pertenencia a su ciudad y a su territorio es bien importante, está orgulloso de ser bonaverense y de trabajar para su comunidad. Es optimista si piensa en el futuro aunque su sentir está ligado al presente, al ahora, con el fin de que los niños y niñas consigan ver otros horizontes distintos a los que hoy día les presenta su ciudad, como lo hizo él a través de la música y el baile. Porque, si él lo logró con el apoyo de Ilakir y ahora de Benposta, ¿por qué no lo hará el resto de su joven comunidad?



Ilakir es el corazón del barrio

Simón Gómez es un joven de cuerpo flaco y ágil pero de espíritu grande y vitalista. Es delgado, veloz y de estatura mediana, lo que le ha permitido siempre moverse como pez en el agua por cualquier destreza que se le pusiera por delante. Baila, juega al fútbol, conduce barcas por las aguas turbulentas del contradictorio océano Pacífico, tiene habilidades para hacer manualidades... Su carácter es abierto, extrovertido, simpático y comprometido con su gente, por lo que todo él es una mezcla óptima para ganarse a la gente e involucrarse con todo aquello que desee.

Simón tiene apenas 27 años pero pareciera que ha vivido por encima de su edad. Ya a los catorce empezó a ser líder en el barrio de San Francisco de Asís, de Buenaventura, y pronto se convertiría en coordinador de los talleres de bailes tradicionales que empezó a proporcionar la asociación Ilakir en la comuna. Además de mostrar maña con los muchachos, Simón siempre ha vivido en el barrio y conoce los códigos y normas no escritas para saber dirigirse a cualquier grupo de jóvenes.

Pronto empezó a participar también en talleres que se impartían los sábados, especialmente sobre temas vinculados a Derechos Humanos, lo que le permitió viajar por algunas zonas del país para hacer intercambios con otros muchachos y muchachas e interactuar, debatir y analizar sobre las situaciones de violencia y contexto de conflicto armado que vivían en cada lugar. En 2007 viajó hasta la Zona Humanitaria de Cacarica, en el Chocó, para formar parte del Tribunal Permanente de los Pueblos²⁶, donde

²⁶ “El TPP es un instrumento en la búsqueda de la verdad, la justicia y la reparación integral de las víctimas que se ha reunido en 31 ocasiones para juzgar situaciones de muchos países y pueblos sometidos a genocidios. Por ello, diversas organizaciones sociales y populares solicitaron al TPP que a partir de octubre de 2005 hasta julio de 2008, sometiera a instrucción y juicio los Crímenes de Lesa Humanidad cometidos contra el pueblo Colombiano por los grupos económicos nacionales y por las Empresas Transnacionales que operan en nuestro país”. Prensa-Colectivo (2006). Colectivodeabogados.org: <http://www.colectivodeabogados.org/Tribunal-Permanente-de-los-Pueblos,810>

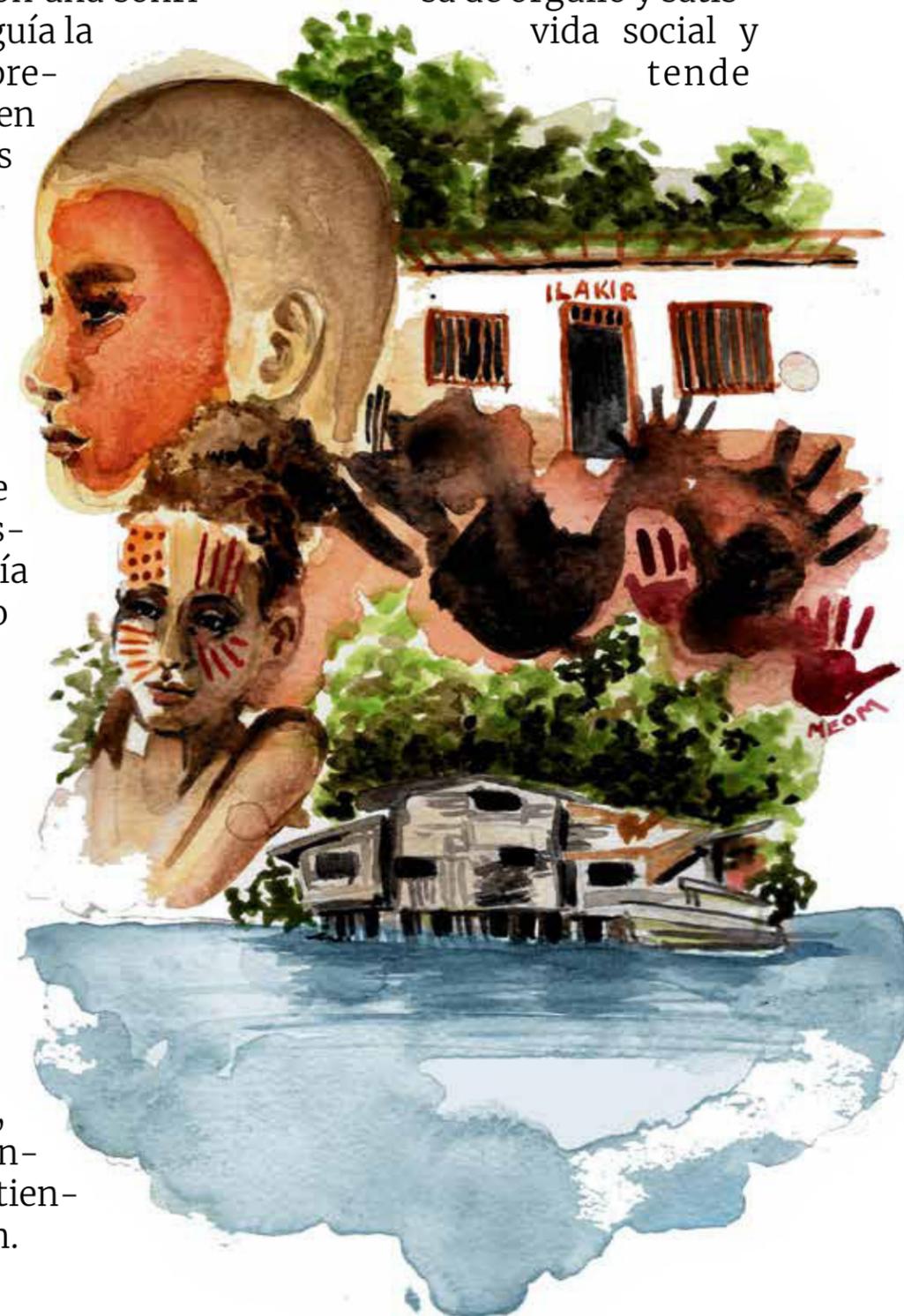
se juzgó la Operación Génesis²⁷ y participó en el debate sobre las consecuencias que esa operación militar supuso para la población: desplazamiento forzoso, pérdida de derechos, destitución de tierras comunitarias, hacinamiento, etc.

Durante los años de la violencia extrema en Buenaventura, la casa de Ilakir siguió funcionando, aunque con menos niños y niñas debido a que la mayoría de las familias se desplazaron. Una de las normas principales durante esta época era respetar la casa de Ilakir, pasara lo que pasara. “Allí no entraba nadie, era un entorno familiar muy respetado donde niños, niñas, padres, madres o cualquier persona que quisiera podía entrar de forma pacífica. Las puertas de Ilakir estaban siempre abiertas para todo el mundo”, comenta Simón con entusiasmo, por la oportunidad de remanso de paz que fue este lugar para la gente del barrio.

Esta organización, que nace de la mano del padre Ricardo Londoño por su afán de construir desde la paz y el positivismo y mirando siempre por las generaciones más jóvenes, se ha centrado mucho en la etapa de adolescencia puesto que el entorno ha sido siempre muy complejo para los muchachos y muchachas de las comunas bonaverenses. “Muchos venían cuando eran chiquitos pero cuando iban creciendo, iban dejando los talleres, lo que generaba muchos problemas”, explica Simón, dando a entender la facilidad que tenía la juventud para evadirse de las actividades que venían haciendo desde pequeños por las “atracciones” que se les presentaban en el barrio, la mayoría de ellas vinculadas al conflicto armado y social.

27 La operación militar Génesis, producida el 28 de febrero de 1997, fue una acción coordinada entre paramilitares y Ejército que produjo el desplazamiento forzado de unas tres mil quinientas personas de las comunidades afrodescendientes del Cacarica, en el departamento del Chocó, y el asesinato del campesino Marino López, como mecanismo de terror para quedarse con las tierras. Arjona M., Silvia (2014). Aecosex-tremadura.wordpress.com: <https://aecosex-tremadura.wordpress.com/2014/06/30/el-estado-colombiano-culpable-por-del-desplazamiento-forzado-de-comunidades-afrodescendientes-del-choco/>

La casa de Ilakir siempre ha pretendido ser la luz al final del túnel para quienes lo necesitaban y “hoy es el corazón del barrio”, asegura con una sonrisa de orgullo y satisfacción. Facilita y guía la vida social y comunitaria, no pretende ser un progenitor en aquellas familias donde padres y madres no dedican tiempo a sus pequeños, sino más bien convertirse en un auténtico entorno protector donde el cuidado, el respeto y la armonía vayan de la mano para generar un ambiente agradable en mitad de tanta desolación. “Nuestra intervención es sólo para ayudarles, no para hacernos responsables de esos muchachos, ese nunca ha sido nuestro objetivo”, aclara Simón con interés en que se entienda esta apreciación.



Durante los años 2007-2008, los de más dureza en Buenaventura, las famosas “casas de pique” estaban a la orden del día, fomentando el terror entre las comunas, así como el odio y las revanchas entre los grupos armados enfrentados, envenenados por el afán de controlar el territorio y las vidas de quienes lo habitaban. Cuentan los vecinos que durante muchas noches se oía las voces de las víctimas que, torturadas hasta morir, gritaban durante horas por el dolor físico y psicológico provocado, hasta que sus cuerpos eran descuartizados para no dejar rastros ni huellas del crimen, sacados en bolsas negras y tirados en cualquier punto recóndito del mar, convirtiendo las aguas saladas que los rodean en el camposanto de la violencia. Las almas eran limpiadas con brujería, mezclando así las tradiciones ancestrales de las comunidades negras con las prácticas modernas del terror de los habitantes en los barrios de bajamar.

Entre este horrendo escenario, la casa Ilakir hacía las veces de salvavidas o casa para la paz, a pesar de que durante estos meses había muy pocos niños y niñas en el barrio debido a la tensión del momento. “En ese entonces había seis o siete niños, de entre ochenta o noventa que era lo habitual, pero seguíamos funcionando de tres a cinco de la tarde, seguíamos presentes a pesar de la tensión en el barrio”, narra Simón con la indignación de aquél entonces por tal situación.

Ilakir se sitúa justo al lado de la Puerta Roja, un lugar que hacía de frontera invisible en la Comuna 6 para que nadie de los dos barrios que separaba pudiera cruzarla. Su afán por convertirse en un espacio al margen de la violencia hizo que cuando cruzaras sus puertas, sintieras la armonía que trataba de transmitir a través de las múltiples actividades y talleres impartidos para todo tipo de vecinos y vecinas.

“El ambiente creado era muy bueno y muy saludable. Las actividades que más afluencia generaron fueron el fútbol, con los diferentes campeonatos que hemos ido realizando en la cancha del barrio, y los talleres de danzas tradicionales”, cuenta Simón, demostrando el interés de la ciudadanía por convivir en armonía y preservar sus tradicionales ligadas a la fiesta y la alegría.

De hecho, cuando convocan una actividad para cien personas, llegan doscientas, demostrando que el aforo se queda siempre pequeño ante las ganas y voluntad que muestra la multitud para sumarse a cualquier tarea, muy especialmente con aquellas que se hacen en el espacio público del barrio San Francisco.

Simón es un chico al que le gusta *molestar* y pretende seguir haciéndolo. Molesta para insistir en la educación de las chicas y los chicos que se quieren sumar a la vida activa de Ilakir porque ésa es la única regla que tienen como asociación, que todos sus integrantes tienen que estudiar. Su cometido ahora es potenciar la comunicación corporal, muy especialmente, con la que poder expresar sus emociones, inquietudes y necesidades. Puesto que la gente joven, desde muy temprana edad, son olvidados e ignorados por su núcleo familiar más cercano, considerando que no tienen voz ni voto en los asuntos de la casa o de la familia. Y esta necesidad interesa a las personas que forman parte de Ilakir, quienes trabajan para cambiar esta percepción desde el empoderamiento de las chicas y los chicos como sujetos activos de derechos. Los jóvenes pueden tomar decisiones propias y orientar su camino en función de lo que quieran y sientan. Así, Simón se dedica a dialogar sobre temas que sabe que le interesa a la población más joven para que los expresen desde su corporalidad, con el fin de que vayan ganando confianza en sí mismos, pero también que aprendan a exteriorizar y significar lo que llevan dentro y que, por motivos sociales y culturales, no pueden hacerlo nunca.

El miedo a hablar, a exteriorizar e incluso, a ser detenido en el tiempo a través del objetivo de una cámara fotográfica siempre ha generado pánico en el barrio. “Cuando alguien iba a hacer una foto, la gente se escondía, por el miedo que se había creado en el entorno. Era la mentalidad de no aparecer en ningún sitio para que nadie delatara a nadie. Pero este enfoque ya lo estamos cambiando”, detalla este muchacho que trabaja intuyendo cuáles son las mayores necesidades de las personas que habitan su barrio con el fin de orientarlas y facilitarles el camino.

El fútbol como herramienta de hermanamiento

Desde Ilakir se ha trabajado siempre el fútbol como el deporte que sirve para unificar, tanto a personas a veces contrarias, como temas que aparentemente no están relacionados. A través de este juego deportivo, se ha ido inculcando a los jóvenes valores como la amistad, el compañerismo, el trabajo en equipo, la cooperación, el papel del adversario, los tipos de contrincantes... Cualquier asunto que sirviera para educar era bienvenido, adquiriendo así cada vez más adeptos en cada uno de los rincones de Buenaventura.

El equipo de fútbol de Ilakir fue adquiriendo experiencia con el paso del tiempo y con ésas, ha habido jóvenes que se han marchado a jugar a equipos profesionales como los de Ibagué, Cali, Bogotá o Barrancabermeja, u otras ciudades importantes de Colombia. Incluso se han generado campeonatos de fútbol entre padres de familia o entre madres e hijas, lo cual resultó acabando siendo una fiesta. *Millonarios Buenaventura* es el nombre adquirido para el equipo del barrio, siguiendo la estela del equipo local de la ciudad, aunque “nosotros somos Ilakir y todo el mundo es consciente de ello”, aclara para diferenciar la naturaleza del grupo que él entrena.

Pero lo más importante es que este deporte ha servido para apaciguar el ambiente de tensión vivido durante años, así como que ha aminorado el consumo de drogas entre la población más joven, debido a que si juegas has de tener unas condiciones físicas determinadas, porque si no, te echan. “Esto ha generado algo muy beneficioso para el barrio”, anota Simón con orgullo.

La fuerza que se aprecia de las historias que han ido formando a Ilakir y a todas las personas que han pasado por esta casa es de admirar, teniendo en cuenta los pocos apoyos administrativos e institucionales recibidos desde su creación. A Simón le preocupa el legado que puedan dejar en la asociación y en el barrio y que sean otros muchachos y muchachas quienes se animen a coger la batuta de mando para seguir apostándole al compromiso social en San Francisco de Asís.

Agradece el trabajo que Benposta está haciendo al proyecto de Ilakir, dirigiendo esfuerzos y recursos a las niñas y niños que lo forman y cuyas necesidades familiares, económicas y sociales requieren de cierto apoyo. Una de las reglas no escritas que esta asociación tiene más presente es la de enriquecerse con otras organizaciones amigas, fortalecerse juntas y construir desde lo común, pero “sin que nadie venga y nos organice, sino que apoye nuestros procesos”, explica con detalle, sabiendo del potencial local que existe en las comunas de Buenaventura y que los jóvenes no son sólo el futuro de la ciudad, sino que son también el presente.

“El barrio tiene las condiciones y la gente para salir adelante. Ya hay más personas buenas que malas. Además, tenemos la caseta comunitaria, la casa Ilakir y la cancha de fútbol, tres herramientas muy potentes para el barrio con las que conseguir una verdadera transformación”, concluye este muchacho vitalista y optimista que sabe y reconoce del potencial que tiene su gente

para construir desde abajo, para proteger a las generaciones más jóvenes de la violencia y los vicios y para seguir creyendo, de forma positiva y esperanzadora, que los cambios, aunque a veces son difíciles de alcanzarlos, no son imposibles de lograr.

De profesión, inculcadora de valores

Carlos era alumno de cuarto de primaria en un colegio cualquiera de la costa Pacífica de Colombia. Era bajito, flaco, y muy ágil. Su pelo liso relucía siempre un negro intenso, brillante. Los dedos de sus manos eran largos, “como de pianista”, le decía siempre su abuela, aunque sus pulgares no habían alcanzado la longitud proporcional al resto de sus compañeros, creando una figura extraña cuando juntaba todos sus dedos y mostraba sus manos en modo de exhibición. Esto provocaba ciertas carcajadas entre sus amigos de colegio, cosa que a Carlos nunca le importaba. Le gustaba el humor y la risa, aunque poco a poco esto fue desapareciendo de su carácter y de su rostro.

Un día empezó a llegar a clase desaliñado, despeinado, sin los deberes hechos, sin voluntad de aprender ni de relacionarse con el resto de niñas y niños. Su profesora, una joven de interior que llevaba unos años trabajando en la zona costera a la que todo el mundo la llamaba por su apellido, Tauson, sin que nadie supiera a ciencia cierta cuál era su nombre de pila, decidió echar un vistazo a su expediente académico para conocer el proceso del chico desde su primer año de colegio.

En el documento, un informe algo amarillo por ser guardado en un armario de madera vieja que acumulaba humedad, la típica de las zonas costeras, explicaba que durante el primer curso escolar Carlos era un niño excelente, llegaba muy pulcro al colegio y hacía todas las tareas, sacando buenos resultados en cada una de las asignaturas y destrezas académicas. En el segundo año, el niño a veces no cumplía con los deberes y el documento narraba que podría ser debido a que

su mamá estaba delicada de salud y en su familia había cierta preocupación. En el tercer año, Carlos se mostraba muy deprimido, sin relacionarse con sus compañeros, cabizbajo siempre y triste, sin poder avanzar en las clases ni las materias escolares. El informe añadía que su mamá había fallecido.

Cuando la profesora Tauson terminó de leer todo el expediente, entendió las razones de por qué Carlos llega desaliñado a sus clases y no había podido superar ninguna de las asignaturas destinadas para ese curso escolar. Juiciosa ella y preocupada por la situación del chico, decidió cambiar su metodología formativa y afectiva y empezó a estar más pendiente de él, a acompañarlo más de cerca, a preocuparse directamente por lo que sentía y a llamarlo por su nombre, para demostrarle que le importaba.

En el día de los maestros y las maestras, cada niño y niña les llevaban regalitos: fruta, alguna torta, una manualidad personalizada... Carlos decidió llevarle a su profesora lo único que tenía: una pulserita algo vieja envuelta en papel de colores y atada con una bonita cinta que era de su mamá. En otra ocasión, Carlos decidió regalarle un frasco de perfume que ya estaba a punto de acabarse, también de su mamá. La profesora, agradecida, decidió ponerse la pulsera vieja y echarse gotitas de ese refrescante perfume de vez en cuando para no agotarlo del todo. “Ha sido la mejor profesora del mundo que he tenido nunca”, le dijo Carlos el día que se marchaba del colegio para cursar Bachillerato a modo de agradecimiento fraterno por todo lo que hizo por él.

Con los años, la relación entre ambos siguió y siguió por carta, contándose los avances de sus caminos y los éxitos que la vida les estaba otorgando, como la graduación de Carlos en medicina.

Un día cualquiera, la profesora recibió una correspondencia de Carlos invitándola a su matrimonio. Ella no dudó en acompañarlo, y se preocupó de buscar y buscar el perfumen que le regaló cuando era chiquito

para oler como su mamá, y de arreglar la pulsera viejita que le acompañó desde el día que se la dio en la festividad de las y los maestros.

Cuando Carlos vio a su profesora el día de su matrimonio, se emocionó y le dijo: “Ha sido la mejor maestra del mundo y hoy se parece mucho a mi mamá”.

Esta breve historia de años muestra cómo las buenas relaciones entre profesorado y alumnado dan lugar a grandes frutos, no sólo académicos, sino también afectivos y humanos. Lo cuenta Aideé Pretel, una señora de Buenaventura que lleva media vida dedicada a los demás. No le falta la alegría ni el humor, a pesar de que su pasado también está marcado por la desgracia, ésa que caracteriza a esta ciudad vallecaucana a orillas del Pacífico colombiano.

Aideé, de piel tostada, nariz chata, pelo corto y rizado y con ojos grandes siempre detrás de unas amplias gafas, es una mujer risueña y muy bondadosa que riega armonía allá por donde va. Desde hace unos años está trabajando con Ilakir en distintos procesos de acompañamiento y facilitación de talleres, especialmente dirigidos a mujeres de algunas comunas de Buenaventura con el fin de empoderarlas y asesorarlas en temas de Derechos Humanos.

A raíz del inesperado asesinato de uno de sus hijos en el año 1995, a la edad de treinta y tres años, y por una confusión de quien apretó el gatillo que, al parecer, estaba drogado y desvió las balas que tenían nombre y apellidos hacia otra persona inocente, Aideé decide involucrarse en acciones humanitarias y solidarias en su ciudad con el fin de ayudar y guiar a quienes lo necesitaran. Quiso perdonar al hombre que mató a su hijo y con ésas se adentró en un camino que hoy marca parte de la historia de su vida y con el que intenta aportar a otras personas que sufren y cargan con penas y dolores, independientemente de dónde procedan éstas. Así, con ayuda de unas monjas amigas, empezó a prestar servicios en

la cárcel de Buenaventura, y de manera desinteresada se vinculó primero con las mujeres y luego con los hombres para escucharles y ser un apoyo moral y existencial en un momento tan difícil y de soledad como es vivir entre rejas.

Su carácter religioso y su creencia absoluta en Dios le hacen convertirse en una guía espiritual, más ligada a la obra que al rezo, que utiliza el humor y la simple humanidad para regalar su amor. Así es como llegó también al barrio San Francisco de Asís de Buenaventura, donde nace y se desarrolla todo el trabajo de Ilakir. “Allá es donde están la mayoría de los familiares de las personas internas en la cárcel”, explica Aideé durante una templada tarde de abril en su casa, en el centro de la isla El Cascajal, mientras degustamos un té de menta, sentadas en una amplia mesa camilla y mientras un ventilador, situado a nuestras espaldas, intenta llamarnos la atención con un ligero chirrío cuando nos dirige el aire que remueve entre sus aspas.

“Queríamos llegar a las mujeres, madres, hermanas, abuelas de las personas encarceladas, pero llegar sin ofender para ofrecerles talleres de costura, de jarrones, de papel, de diademas... así que fuimos casa por casa invitándolas a participar. Y mientras cosían o bordaban, les hablábamos de los derechos que tienen ellas para no dejarse manipular de los hombres, de los derechos que cada una tiene para tener un hijo cuando quieran, de los derechos que tiene el niño y la niña a tener un papá y una mamá... Y mientras bordaban, ellas también hablaban de sus casos, se desahogaba, se sentían acompañadas”, comenta Aideé recordando aquellas tardes de mujeres realizadas tan sólo con las ganas y la voluntad de ayudar y empoderar.

“Fue tal avance que muy pocas se dejaban pegar ya de sus maridos y ahora tenemos a muchas en San Francisco que están muy bien posicionadas en su rol de mujeres para representar al ba-

rrio o a Buenaventura”, explica con orgullo mientras sorbe su té para refrescar su garganta.

En su afán de ayudar al prójimo, esta mujer de voz calmada y sonrisa perenne, buscaba trabajo para quienes salían de prisión. Desorientados y con rumbo perdido, sin poder acudir a la administración pública en busca de orientación laboral porque no la hay, Aideé se las apañaba para que estas personas tuvieran un nuevo lugar en la ciudad. Ése fue el caso de Leticia, que empezó a trabajar en casa de una señora vecina de Aideé para hacerle las labores del hogar, sin que esta mujer supiera de dónde salía esta muchacha de ojos claros, como las aguas de esta zona

costera. Pasados cuatro meses, cuando la señora quiso saber de dónde venía su nueva, ordenada y responsable asistente, Aideé le contó toda su historia, a lo que la señora no supo más que alucinar y despotricar sobre la chica, a pesar de que ésta respondió a su trabajo de manera honrada, honesta, servicial y comprometida.

“Así es la humanidad -comenta Aideé bajando ahora

el tono de voz-, mientras no saben la verdad son felices, pero cuando la conocen cambian y juzgan”.

“¿Y no te interesa los motivos de por qué entran en la cárcel?”, le pregunto con curiosidad, poniéndome en el papel de esa señora que desconfía después de saber que Leticia ha estado a saber por qué motivos condenada en prisión.

“No, no. Mucha gente comete delitos porque se ven obligados a hacerlo”, responde con rotundidad y convencida de la bondad de las personas.

...

Para Aideé es fácil explicar el contexto de su ciudad, que en parte representa el ambiente social y político que padece durante siglos Colombia. “Por ejemplo, un hombre sale de su casa en busca de plata porque no tiene ni para aguapanela²⁸. En la casa le esperan hijos chiquitos, una mamá enferma y una esposa embarazada. Y se monta en un carro coincidiendo con una señora que va mostrando collares o grandes anillos y a éste se le daña la cabeza porque va a llegar a la casa y no lleva nada. Así que decide quitarle el collar a la señora porque eso significa almuerzo. Cuando llega a la casa, con esa joya puede comprar pollo, que hace mucho que no comen, y zapatos, y ríen y toda la familia se muestra contenta. Y entonces creen que robar, aunque no es del todo bueno, genera ropa, colegio, comida.... Y así los pelaos siguen los pasos de su papá”.

Puede que esta historia a modo de ejemplo sea demasiado simple y estereotipada, pero es la realidad a la que Aideé está acostumbrada a vivir en su ciudad natal. La dureza de la pobreza y de un contexto sumido en la violencia más brutal y sangrienta, hacen del ser humano algo horrible y las acciones menos favorables

²⁸ Bebida típica de Colombia hecha a base de agua caliente y panela.

para la comunidad se convierten en las mejores para el beneficio personal e individual.

Para esta mujer de gran experiencia y potencial –quien a pesar de no haber pisado nunca una universidad– la llegada de la violencia a Buenaventura es clara. Antes, la ciudad era armoniosa, tranquila, pacífica, nadie se mataba entre sí y mucho menos por dinero, pero las necesidades vinieron a corromper la sociedad. “En Buenaventura nunca se veía que un negro matara a otro negro, ni entre blancos o indios, pero hace muchos años, cuando empezó la violencia en el interior en el país, muchos señores de fincas o de negocios, con cuentas pendientes con amigos o compadres, venían a Buenaventura, que era una tierra sana, a empezar nuevos negocios. Nadie tenía que saber de dónde salía el dinero, daban trabajo a otras personas que generalmente eran de su familia o región. Pero quien quedó ofendido allá en el interior, empezaba a investigar hasta que daba con este primer hombre y entonces traía una foto a un negro hambriento y necesitado y le pedía que le matara a ese tipo por tanto dinero. Fue entonces cuando les enseñaban a matar, empezando con niños chiquitos, que aprendían a matar animales para quitarles el miedo de las armas y de la muerte”, explica Aideé con expresión de horror entre palabra y palabra pero confirmando de que así ha sido la realidad de Buenaventura.

Y con éstas vuelve a recordar la importancia de la educación y de dar amor desde chiquitos para que estas escenas no se den. Pero la violencia parece ya algo estructural y de la vida cotidiana de esta ciudad afrocolombiana, donde las tradiciones y la cultura de este pueblo venido en su día desde África, intentan no perderse ni olvidarse entre la modernidad salvaje que viene de fuera sin que nadie lo quiera. Dejarse llevar por el dinero es muy fácil en un pueblo donde las posibilidades de ser alguien son casi nulas. La administración pública y autoridades poco o nada están ha-

ciendo para transformar el número de víctimas que dejó el cruel conflicto en Buenaventura por oportunidades de cambio hacia el bienestar de la ciudadanía, su seguridad y su justa forma de vida.

Muchos son los proyectos industriales que caracterizan al mayor puerto del pacífico colombiano, por donde entra la mayor parte de enseres al país. Las grúas de las zonas portuarias se ven desde cualquier punto de la ciudad, dejando las casas de cinc sobre palafitos que intentan aislarse del agua salada que las rodean, chiquitas e insignificantes, a modo de metáfora de la vida de quienes las habitan. El trajín de camiones que entran y salen con contenedores gigantes azules cargados y descargados de distintas materias primas y productos es palpable a toda hora; incluso, a partir de la caída del sol, la vía principal de Buenaventura, que la une con Cali, se corta en dirección salida a los vehículos particulares y transporte público para dejar entrar a los remolques y camiones pesados que vienen desde el interior del país y que buscan descargar sus mercancías, lo que genera un *trancón*²⁹ impaciente para quienes, sin tener conocimiento de esta eterna espera, desean salir de Buenaventura por la noche.

Pero lo que de verdad caracteriza a la ciudad bonaverense y lo que ha sido su historia que, inevitablemente, marca su presente es la violencia generada por los grupos armados legales e ilegales, así como por el narcotráfico. “En el periodo comprendido entre 2005 y 2013, posterior al acuerdo de desmovilización establecido entre el Bloque Calima y el gobierno nacional en diciembre de 2004, la espiral de la disputa armada que se desarrolla en el territorio escaló, aumentando el número de grupos armados ilegales (GAI), en disputa, la mutación y ambigüedad de sus identidades y la degradación en la ejecución de los repertorios de violencia. En este periodo la sevicia y la tortura se consolidaron como prácticas regulares de la confrontación, dando lugar a la

²⁹ Atasco y cola de vehículos en la carretera.

perpetuación de desmembramientos humanos y al surgimiento de lugares de terror, como las denominadas “casas de pique”.³⁰

La droga ha tenido mucha relación en todo este contexto. Al principio, esto sólo era un negocio más que pasaba por Colombia en dirección a Estados Unidos y Europa, la cosa empezó a cambiar cuando el polvo blanco que se fabricaba en el interior de algunas regiones empezó a ser probado por las mismas personas que lo transportaban, intrigadas en conocer los efectos de ese producto y, sobre todo, en por qué generaba tanta plata. Así, “empiezan a robar una parte para consumo propio o para venderla acá. Y el dueño de la mercancía se da cuenta de esos pequeños robos y es cuando empieza a matar. Porque nadie quiere perder, todos quieren ganar. Y así se origina ese otro flagelo que es la muerte, la droga y el vicio”, explica Aideé a grandes rasgos y sin querer entrar en muchos detalles para luego añadir, tras una breve pauta y un suspiro, “quien mató a mi hijo estaba drogado, por ejemplo”.

Aprender a dar amor

Es miércoles. El cielo está grisáceo, como casi siempre en esta ciudad, y la intensa claridad de la mañana achina los ojos sin gafas de sol. Aideé pasea por uno de los patios de la cárcel de Buenaventura. Hoy es el día de las semanas que acude con otras mujeres de la Pastoral Penitenciaria Católica a impartir talleres o realizar la evangelización. Confiesa que no es buena rezando, que es más de obrar, de dialogar, de acompañar y ayudar en lo que puede. Sabe que una persona con hambre no quiere que le lean la biblia o que a alguien que le acaban de caer doce o quince años de cárcel no quiere que le hablen de Dios; sólo quieren oír de la libertad, de una rebaja de pena o de cómo protegerles durante el tiempo que pasen entre rejas.

Aideé se acerca a alguno de los presos que parece cabizbajo y triste y le habla con mimo y respeto:

- *Te traje una bananita*
- *No quiero nada, déjeme en paz.*

Aideé se aleja, da una vuelta por el patio y al rato vuelve y le habla de nuevo:

- *¿Qué te pasa, te duele la cabeza?*
- *Nada, déjeme, que a mí no me está doliendo nada.*

La mujer, con todas sus buenas intenciones y sabiendo perfectamente lo que está haciendo y cómo, se vuelve a retirar, da otra vuelta por el patio y regresa:

- *Te noto preocupado, sé que te pasó algo, ¿qué ocurre?*
- *¡Ay, que me condenaron!*
- *¿Te condenaron, pero ¿cómo así? ¿Y a cuánto te condenaron?*
- *A quince años.*
- *Ay, ¿a quince años? ¿Y tú abogado ya sabe?*
- *No, acaba de irse el visitador.*
- *Y tu abogado dónde lo consigo, porque dice la ley que hay un tiempo para apelar esa condena.*
- *¿Y eso se puede?*
- *¡Claro, mi niño, y entonces para qué estoy yo aquí si no te puedo servir! Dame el número de teléfono de tu abogado y que venga y hablen y aprovechen el tiempo.*
- *Aideé, ¿de verdad?*
- *Sí, hombre, no te preocupes que te estoy diciendo la verdad, se puede apelar y hay un tiempo para ello.*
- *¡Ay, pues espere que se lo consigo!*
- *Pero antes de que me vaya a hablar con tu abogado tenés que hablarle a Dios, pedirle con mucha fe para que te saque, y pedirle al abo-*

30 Centro Nacional de Memoria Histórica (2015). Buenaventura: un puerto sin comunidad. Bogotá.

gado con qué palabras escribir y solicitar tu apelación, para que todo salga bien, ya verás.

- Ay, ¿será Aideé?

- ¡No, no, no, ya empezó usted con la duda y así no es, tiene que estar usted seguro, si no las cosas no se dan!

La delicadeza y la sutileza son características de esta mujer para acercarse a personas con situación compleja, difíciles para el diálogo y con el corazón, en la mayoría de las veces, roto. Su forma de contar las historias que le atraviesan en su día a día da muestras del cariño que le pone para que las personas con las que se rodea no sufran más de lo debido. Genera esperanzas porque cree que es lo último que puede perderse y ella se asegura de cumplir su palabra. “Es de mucha satisfacción que me crean y con eso yo tendré un poder especial, no sólo que le hable del abogado, sino también de Dios, de humanidad, de derechos, de solidaridad, se hacer el bien... Hay que saber llegar”, explica esta mujer que derrocha experiencia aprendida de la vida misma y que no espera nada a cambio por su labor humana. “Yo les doy amor, ya verán si lo cogen. No pido nada a cambio. Sólo que se quieran, porque cuando uno se quiere, se cuida”, explica sonriente y clarificadora para concluir que “si alguien, de tanto recibir amor, aprende a dar amor, estará satisfecha”.

El té se ha enfriado tras casi dos horas de conversación. Afuera ya es casi de noche a las seis y media de la tarde y el salón de la casa de Aideé, que ocupa la planta baja, ha empezado a quedarse en la oscuridad sin apenas darnos cuenta. Su manera de mirar y observar el lado bueno de las cosas emboba a quien escucha sus historias, siempre en primera persona y regadas con refranes y cuentos que le sirven para convencer aún más de lo que cree y siente. Si su papel en la sociedad tuviera un título sería el de *inculcadora de valores* porque sabe perfectamente tocar el pedacito bueno de todas las personas.

“No hay nadie totalmente bueno ni totalmente malo, la cuestión es saber cómo llegar al lado positivo que cada quien tenemos y mostrar siempre a la gente que existen las segundas oportunidades”, concluye esta mujer que radia vida y esperanza y que debe ser un ejemplo para la construcción de la paz que necesita hoy la sociedad colombiana.

...

Nada más acabar la conversación, llaman a la puerta. Es Ricardo, uno de los jóvenes de Ilakir que viene a visitar a Aideé porque pasaba cerca de su casa. La mujer, sin dejar de ocultar su alegría, le lanza un abrazo como si hiciera semanas que no lo viera, cuando en realidad se ven a menudo. Ricardo le devuelve el cariñoso saludo e interactúan en un sinfín de preguntas sobre qué tal están las familias y cómo van los quehaceres cotidianos. Y, de pronto, sumergida en este inesperado momento de fraternidad, amor y cuidados, pareciera que la historia entre Carlos y la profesora Tauson cobrara realidad.



La vida es como un almuerzo con sabor a marisco

Habla muy rápido, como si los pensamientos se le agolparan y no consiguiera expulsarlos tranquilamente con las palabras. Tiene una voz muy costeña, muy afrocolombiana, muy bonaverense. Se la siente con energía y está feliz. Es mayor de edad y parece una orientadora clara para los más jóvenes a los que hoy acompaña en el acto de convivencia que Benposta e Ilakir han organizado para los chicos y las chicas que forman parte del proyecto. El evento se realiza a las afueras de Buenaventura, en un centro deportivo y de ocio donde los jóvenes se sienten relajados y en un ambiente armonioso. A través de juegos y dinámicas están analizando qué son los espacios protectores que ambas organizaciones representan.

Isabela pasó cinco años de su vida en la organización Benposta, con sede en Bogotá, y se siente agradecida. Ahora reside en su ciudad natal, Buenaventura, desde donde añora el cerro oriental bogotano donde se sitúa la *Nación de Muchach@s* y todo lo que ahí aprendió. Pero sobre todo a la familia que cultivó en el centro, como María, la psicóloga, con quien se sumerge en un fraterno abrazo cuando se ven después de algunos meses.

Se la siente nerviosa, como cuando se tiene muchas ganas de volver a casa y reencontrarse con los suyos después de un largo tiempo en la distancia. Isabela sabe que su vida está a orillas del Pacífico colombiano pero fue tanto lo que Benposta la aportó que no puede olvidar aquella escuela de vida. Durante esos cinco años Isabela estudió cocina, lo que le abrió las puertas no sólo para deleitar a quien quiera con trucos culinarios, sino también para seguir formándose como profesional.

Sus padres fueron los motores para que Isabela fuese a Bogotá a centrarse en sus estudios y conseguir, en el futuro, más posibilidades.

También para alejarse de las distracciones feas que se mezclan en Buenaventura, puesto que la familia vive en uno de los barrios más peligrosos de la ciudad donde hay delincuentes, sicarios, violadores...

El vicio -palabrea Isabela- acampaba a sus anchas hace unos años y las probabilidades de que la muchacha quedase embarazada antes de tiempo eran muy altas, riesgo que sus progenitores no querían correr. Por lo que decidieron armarse de valor para llevar a

su hija a este centro-escuela-casa-familia con el fin de brindarle esas opciones de vida que tanto anhelaban en su barrio bonaverense. Y un día marcharon los tres hacia la capital bogotana sin contarle explícitamente a Isabela hacia dónde se dirigían ni porqué.

Esta joven de carácter suave, como la brisa que la vio crecer, es escueta para relatar los duros momentos del inicio: la lejanía de los suyos, el clima de la capital, los nuevos amigos, las normas de Benposta... Pero nada de ello le supuso un esfuerzo ya que supo adaptarse a los cambios rápidamente, lo que le supuso una comodidad admirable a pesar de la salida tan inesperada de su territorio y de todo lo que eso conlleva. Enseguida el muchacho que



estaba de alcalde le dijo que tenía muchas habilidades y pronto empezó a formar parte de la Junta de Gobierno de Benposta, que es quien organiza y dirige el centro, se responsabiliza para que todo funcione y logra resolver de manera asamblearia los problemas que van surgiendo.

“Al principio tenía la función de servir a Dios y darle consejos a los demás” dice Isabela y prosigue: “También les hacía los desayunos a quienes cumplían años para que tuvieran un buen día. El segundo cargo que tuve fue de recreación y deportes, era la encargada de que los jóvenes se recrearan, tuvieran buena actividad lúdica al día, jugaran, vieran televisión... Luego fui la encargada de la cocina, de la alimentación, yo me encargaba de que ninguno se quedara sin comida, de que la cocina estuviera limpia. Y en la última etapa fui acompañante de las chicas de quince a dieciocho años con el fin de solucionar los problemas que ellas no pudieran resolver”.

Isabela no entra en explicaciones, salvo en la parte del “manual del noviazgo” donde se detiene en los detalles, quizás por vivirlo en primera persona. Sin cambiar su gesto ni la velocidad de sus palabras, cuenta que en Benposta existen unas normas de convivencia claras, así como de relaciones de noviazgo que toda pareja ha de asumir y cumplir dentro del centro. Primero hay que leer un “manual de noviazgo” que recomienda encontrarse en lugares donde todo el mundo te localice, sin esconderse, ni ir a “sitios prohibidos”, como son los montes o detrás de las casas. No estar todo el tiempo con el novio o la novia sin faltar a las responsabilidades y deberes de cada quien. Cada padre y madre han de firmar una autorización velando por la relación de sus hijos; y la psicóloga del centro, María, también ha de dar el visto bueno a esa nueva pareja oficial. Para rematar el protocolo, viene la parte

más importante que es anunciar el noviazgo en una Asamblea General.

Rememora con gusto la convivencia en el centro, los quehaceres diarios y la forma de organizarse a través del autogobierno. Cuando ya era más grande, le gustaba acompañar hasta la ciudad a otras muchachas los sábados por la mañana a comprar ropa o materiales que necesitaran para la escuela. O cuando bajaba bien temprano todas las mañanas desde el cerro oriental hacia el centro de Bogotá donde decidió estudiar cocina.

Por un instante breve se queda en silencio, recupera saliva y memoria, y aprovecha para agradecer a su familia lo que hizo por ella. Sabe que su pasado está marcando inevitablemente su presente y hará lo mismo con su futuro, espacios temporales en los que ahora está más centrada. No como antes de ir a Benposta, donde se recuerda como una niña rebelde a la que poco le importaba nada y cuya relación con sus padres consistía en faltarles el respeto.

Tras su título de Formación Profesional como cocinera, Isabela quiere continuar aprendiendo los innovadores trucos del mundo culinario. También ha empezado a estudiar logística portuaria en la Universidad del Valle porque cree que eso le puede dar más salidas en su ciudad natal, Buenaventura, ésa que vela más por las mercancías que entran por su mar que por la gente que la habita. “Estoy estudiando sobre embarque y exportación, yo seré encargada de los contenedores para que lleguen bien, verificar la mercancía que traigan, saber qué llega y cuánto llega”, explica con entusiasmo.

Un menú recién pescado para degustarlo en Bogotá

Isabela ahonda en su imaginación para proyectar su futuro. Durante sus estudios de gastronomía, tuvo la idea de crear un restaurante en Bogotá dedicado en exclusividad a comidas del Pacífico, con el fin de que quien fuese a almorzar, pudiese degustar del mejor marisco y tener la sensación de haberse comido un producto recién pescado. Quiso contar con proveedores que le ayudaran a montar el negocio: pescadores, transportistas, empleados en el restaurante, personal de cocina... Se entrevistó con diversos pescadores de su zona, ya que su plan era comprarles el pescado a varios de ellos y así diversificar los beneficios, además de fomentar la economía local. Investigó en qué camiones refrigeradores eran los mejores para transportar los productos recién cogidos cada semana, y tenía claro que debía contar con personal cualificado, sin miedo a experimentar con los alimentos y demostrar la variedad de sabores, texturas, olores y presentaciones que se pueden crear en el mundo gastronómico.

Luego ese proyecto quedó varado por regresar a Buenaventura y por no contar ya con el apoyo del profesorado para ahondar en la puesta en marcha de su proyecto. Seguro que algún día lo pone en marcha, ya sea en Bogotá, en Buenaventura o en cualquier otro lugar donde se instale, porque esta chica de conversación veloz y sin descanso, derrocha inquietud e ilusión y ansía comerse el mundo por todos lados.

...

Recién llegada a su ciudad natal, Isabela ha empezado a planificar con un amigo un esquema de trabajo para impartir conferencias sobre la situación del conflicto armado en Colombia. “Queremos viajar por todos lados, estamos hablando con organizaciones y estamos buscando los recursos. Nos gustaría que los

propios chicos y chicas, que han sufrido mucho, especialmente del barrio Lleras, den la versión de sus historias, de cómo han vivido en las comunas durante el conflicto armado. Que lo hagan en proyectos audiovisuales y de fotografía y que éstos vayan rotando por distintos lugares porque aunque ahorita estamos calmados, en Buenaventura el clima ha sido tenaz y la población más joven hemos sufrido por ello. Ya tenemos casi todo pero nos faltan los recursos”, insiste con algo de esperanza a que alguien le escuche y su proyecto se materialice.

De lo que de ahí salga, les gustaría crear una Fundación. Ya cuentan con grupos de danzas y teatro, incluso con un lugar donde ensayar, pero les falta constituir el trabajo porque de esa manera adquiere un valor distinto, al menos a la hora de conseguir fondos para poder desarrollarse y crecer.

Y mientras Isabela sigue compartiendo sus ilusionantes y sueños con proyecciones en la construcción de un mejor Buenaventura, sabe que sin el apoyo de la administración pública y de un cambio de modelo social en Colombia las transformaciones serán mucho más difíciles y lentas. Ha oído que en Alemania la educación es gratuita, la paga el Estado y eso facilita a todo el mundo a que pueda tener un futuro asegurado. “Acá podían hacer lo mismo para ayudar a las familias”, exclama sabiendo los problemas que existen en cada casa y las dificultades que “los pelados” tienen para poder estudiar.

Es por ello que no duda en crear pronto un *Benposta Nación de Muchach@s* en Buenaventura, con el objetivo de que ningún chico o chica tenga que salir de su territorio y con ello alejarse de su identidad cultural, familiar y social. No sabe muy bien cómo conseguir esto y si podrá hacerlo algún día, quizás con la ayuda de José Luis, su amable y fraterno presidente y demás benposteos que han seguido la senda de esta comunidad, pero mientras

tanto, quiere acompañar a quienes estén pasando por la misma situación por la que ella pasó, enseñar todo lo que ha aprendido y asesorarles en su camino.



Y como si de un faro en la oscuridad se tratase, como el que alumbra a los barcos que se acercan a esta ciudad portuaria en las noches de penumbra, facilitándoles el camino a tierra y ofreciéndoles, fraternalmente, un saludo de bienvenida, Isabela se queda en silencio, fija su mirada en el horizonte y se convence de que la vida, después de Benposta, ha merecido la pena y quiere comerse para gozarla.

¡Buen provecho, Isabela!

Una ventana desde donde observar un futuro esperanzador

Mueve la mano izquierda con cuidado debido a la quemadura que le acompaña desde que tenía siete años. Una lámpara y un despiste fueron las causas de semejante cicatriz en toda la parte izquierda del cuerpo de Ana Laura desde la cara hasta la pierna. Fue un accidente doméstico el que le marcó para siempre la vida y la libertad de movimientos de esta joven bonaverense que parece no importarle demasiado las heridas -ya cerradas- que le acompañan. “Ella usa su mano izquierda para escribir y cuando le dictan muy rápido en el colegio no puede seguir el ritmo, e incluso un día llegó con la mano hinchada porque su profesora no tuvo en cuenta sus necesidades, ella no puede escribir tan rápido”, explica su madre Mireia para dar a entender que desde ese accidente su hija necesita de otros cuidados.

Ana Laura parece inquieta. Tiene doce años y no para de moverse de un lado a otro de su casa, a orillas de la bahía de Buenaventura. Las arrugas de su mano izquierda se estiran y se contraen cuando coge en brazos a su agitada sobrina para apaciguar el llanto desconsolado que tiene por falta de sueño o cuando pela el mango, recién cogido del árbol que tiene frente a su casa y que les da sombra del ardiente sol bonaverense.

Junto a este árbol nos sentamos para hablar con Mireia y Ana Laura acerca del proyecto *Red de Entornos Protectores* que Benposta está desarrollando con ochenta niñas y niños de Buenaventura para mejorar su calidad de vida.

Mireia tiene siete hijos para los que siempre ha trabajado con el fin de que no les falte el almuerzo. Ya sea limpiando casas, lavando ropa o vendiendo fruta y pescado por las calles de la ciudad, esta mujer tímida, que habla con la mirada perdida y que se le

nota en su piel el esfuerzo y la valentía de ser cabeza de hogar, siempre ha sabido buscarse la vida para ayudar a su familia numerosa. Su esposo les abandonó hace años y, aunque de vez en cuando envía algo de plata, no parece preocuparse mucho por el bienestar de sus hijas e hijos, especialmente las más pequeñas, como Ana Laura.

A su vera revolotean su hija más pequeña y su nieto, casi de la misma edad, que se consuelan cuando Mireia les pela un pedazo de las frutas que hoy no ha conseguido vender en la calle. Andan descalzos, desaliñados y se les siente muy seguros en brazos de esta mujer que hace de madre y abuela al mismo tiempo.

Como su progenitora, Ana Laura es tímida, su tono de voz es casi imperceptible en la conversación, ni aun preguntándole cosas para respuestas monosilábicas. Hace dibujos con su mano derecha, “la buena”, en el tablón de madera donde estamos sentadas, una al lado de la otra, mientras observa con la cabeza muy baja el dibujo invisible que simula hacer. Muestra mucha vergüenza, no le gusta hablar, así que no la presiono más y zanjo mi monólogo de interrogantes.

Ana Laura es una de las niñas beneficiarias de las oportunidades de protección y prevención a las que se sujeta el proyecto *Red de Entornos Protectores* que desarrolla Benposta en el marco del proyecto financiado con recursos de la AECID con apoyo de ABENIN y que pretende ayudar a menores y adolescentes sin posibilidades de recursos económicos para tener una mínima calidad de vida, y con ello unas posibilidades de estudio. Y es que la pobreza es también uno de los problemas del conflicto armado, quizás el más visible, y una de las causas que convierte a un joven en víctima o victimario del contexto, según sea cada caso.

...

Mireia y sus hijos tuvieron que salir de su lugar de origen, en San José de Achicaya, -a unas dos horas de Buenaventura- debido al conflicto sufrido entre los años 2006 y 2007. Esta mujer menuda, tímida y con mirada perdida cuenta con tristeza que son muy pocas las familias que han regresado y que debido a eso la zona está completamente olvidada y sin apenas servicios mínimos. Quizás por ello nunca pensó en volver, a pesar de que hoy no se siente del todo feliz donde vive.

Su barrio está en la Comuna 6, situada en la parte derecha de la vía principal que divide Buenaventura y donde el proyecto se viene implementando. La zona está anclada entre el mar, donde chapotean felices los más pequeños cuando la marea está alta, y una carretera atestada de tráfico, especialmente de camiones que entran y salen al puerto, y sin espacio ni seguridad para cruzarla. El ruido y la contaminación rodean las pequeñas casas de madera del barrio, las cuales están más bajas que la carretera y a las que se accede por pequeñas pendientes de tierra hechas casi caminos. Desde la parte más alta se observan los tejados de cinc salpicados entre el verde preponderante de la naturaleza colombiana, exuberante en todas sus formas y lugares, y unidos por cables de luz que parecen telarañas gigantes.

A pesar de lo exótico del lugar visto desde lejos, cuando te adentras, las familias cuentan que existen tensiones y riñas vecinales. “No botes ahí la basura”, “no pases por acá”, “no tiendas allá la ropa” son algunas de las normas no escritas que unos y otros se imponen ante la necesidad de controlar el territorio y ejercer poder sobre los demás.

Mireia baja exageradamente su voz y mira aún más abajo cuando se le pregunta por el ambiente en el barrio. Responde evasivamente, no quiere hablar de este asunto y menos a las puertas de su casa, por donde pasan muchos vecinos y vecinas y hacia donde

fijo están ahora observando muchos desde la distancia sin que podamos verles. No parece contenta ni a gusto con los comentarios y miradas que hacen de la convivencia una supervivencia diaria: la desconfianza parece la dueña de las calles sin asfaltar y de las miradas que se esconden tras las puertas entreabiertas preguntándose en silencio quién es y qué hace una blanca desconocida en este lugar.

Espacios que protegen

El día anterior, en una actividad programada con todos los niños y niñas que participan de este proyecto, se vio a una Ana Laura diferente, participativa y sonriente. El ambiente lo requería: un lugar con piscina donde pudieron bañarse tras realizar una serie de juegos y dinámicas sobre la importancia de los entornos protectores a los que este proyecto hace referencia. Ahí Ana Laura se sentía con confianza, libertad y alegría demostrando así que este proyecto está generando buenos efectos a nivel individual pero también comunitario.

Protección, estudio, tolerancia, organización, espacio, cooperación, solidaridad o respeto fueron algunos de los conceptos que salieron de las iniciales de las palabras “entornos protectores” durante uno de los juegos que se realizó en este encuentro en Buenaventura. Separado en cuatro grupos, cada uno de los ochenta jóvenes integrantes del proyecto, iba nombrando palabras -las cuales tenían sentido dentro de los conceptos que este proyecto contempla- mientras iban apuntándolas en unas cartulinas blancas grandes. “La idea es que seamos conscientes de que existen espacios para protegernos de lo malo que ocurre en la calle y donde podemos sentirnos seguros, así como de qué podemos encontrar en ellos”, explicaba el educador Fernando, mientras animaba a los jóvenes a nombrar conceptos vinculados con cada una de las letras impresas en las cartulinas.

Cada chico sabe perfectamente los objetivos del proyecto donde está inmerso, cuáles son sus situaciones reales y qué caminos existen para caminar *a buen ritmo y compás*, y el objetivo de cada uno de los juegos planteados en este día lúdico pretendía mostrarles las vías alternativas al actual conflicto y situaciones de violencia y vulnerabilidad que muchos de estos jóvenes sufren o han sufrido.

Benposta e Ilakir no son sólo organizaciones que traen recursos para aquellas familias con mayores necesidades, sino que son colectivos que están generando y construyendo otros espacios donde la diversión, la confianza y la colectividad tengan sentido. En una ciudad como Buenaventura, donde el conflicto armado ha causado tantas muertes innecesarias y donde aún hoy la violencia es estructural y se palpa en sus calles, es fundamental que estos espacios sean la ventana para que los jóvenes vean la luz de todo un futuro por delante.

Y por la ventana de una de las busetas que devuelve a cada niño y niña a sus barrios (de la comuna 6, 7 y 12), después de un día intenso de juegos y piscina, me despido de Ana Laura. Abre el cristal, asoma su cabeza y su mano izquierda mientras el viento le acaricia sus cicatrices y los rizos más chiquitos que, indomables, no consiguen ser amarrados a la coleta que sujeta su cabello. Su rostro parece feliz y satisfecho por lo aprendido durante el día de hoy en el que se ha contribuido a que tomen distancia de las realidades que presenta en sus casas, pero sobre todo, a que crezcan como personas y se empoderen como colectividad. Y de esta forma, Ana Laura se asoma por la ventana del presente desde donde pareciera alcanzar a observar su futuro, todavía incierto pero muy esperanzador.

Cada granito de arena
cuenta.

MEOM.

